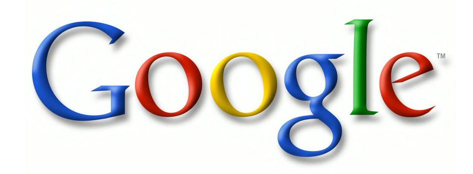
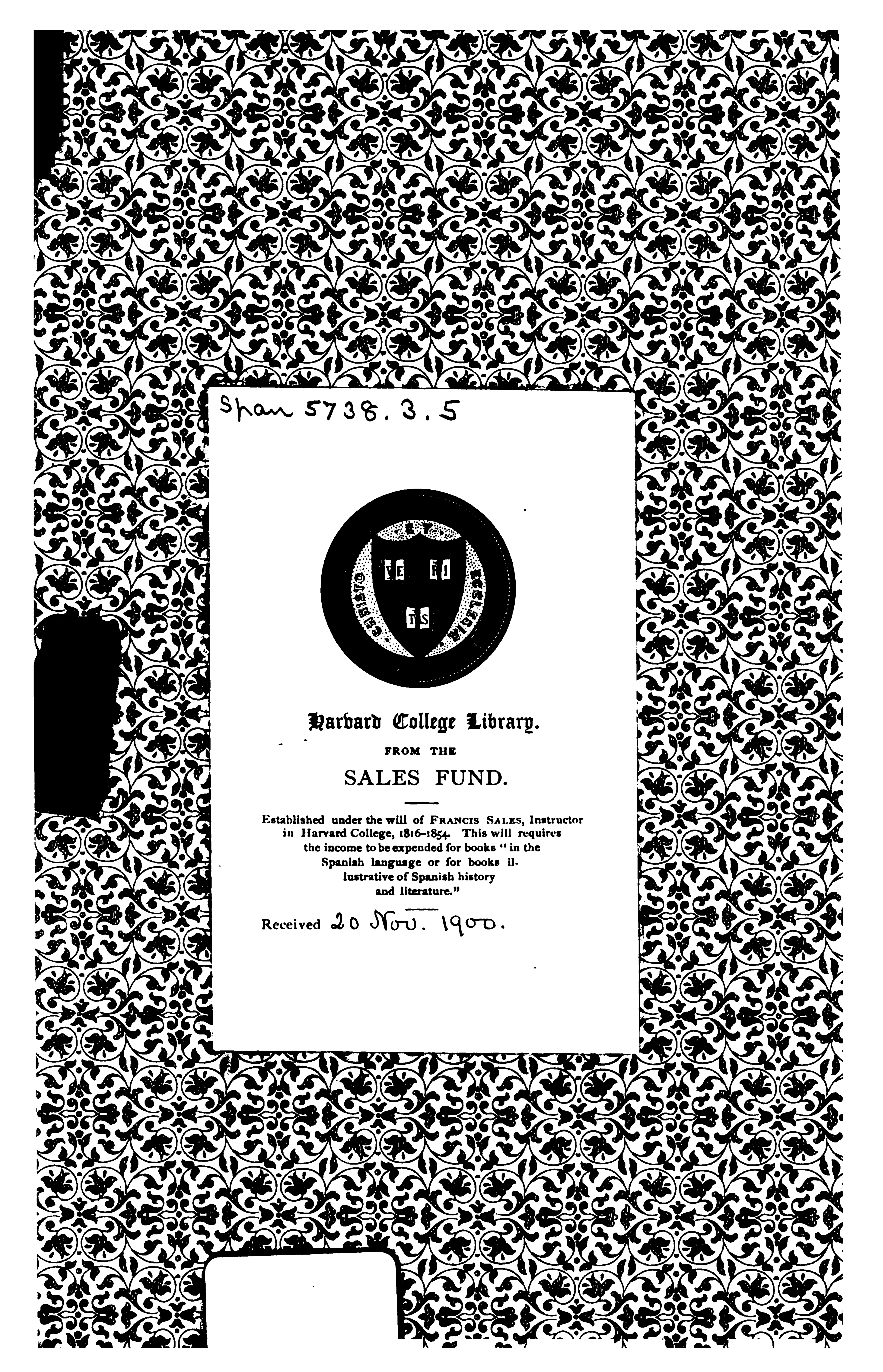
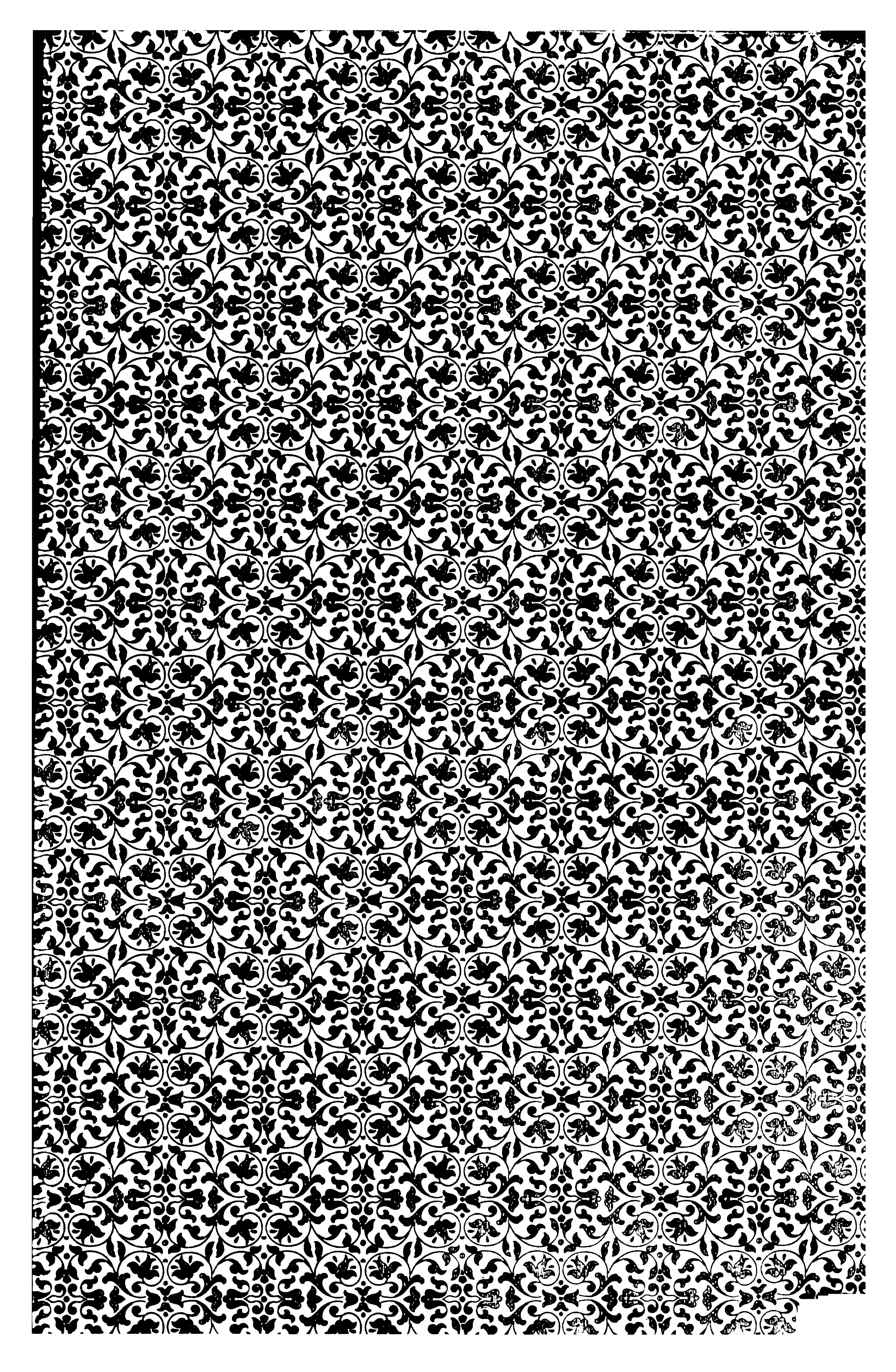



VE RI TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE



OBRAS POÉTICAS

DEL

Excmo. Sr. DUQUE DE FRIAS.

OBRAS POÉTICAS

DEL EXCMO. SEÑOR

D. BERNARDINO FERNANDEZ DE VELASCO,

Duque de Frias,

PUBLICADAS Á EXPENSAS DE SUS HEREDEROS

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

de que fué Individuo.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, número 8.
1857.

PRÓLOGO.

En todos los países, y particularmente en el nuestro, se tacha de necios y se califica de ignorantes á cuantos pertenecen á las clases elevadas de la sociedad, creyéndose sin duda, ó que están excluidos de tener sentido comun, y parte en los dones con que enriquece indistintamente el cielo á las almas privilegiadas, ó que las comodidades de la vida y la aventajada posicion rechazan y desvirtúan estos dones, oponiéndose al desarrollo de las facultades intelectuales. Este vulgarísimo error quedaria completamente desvanecido, si fuera posible hacer una estadística

exacta de los varones ilustres en ciencia, ingenio y virtud que produce en un período fijo cada una de las clases y cada una de las profesiones y carreras de esta sociedad en que vivimos. Entónces se veria que todas respectivamente los producen casi en igual número, y que no es ciertamente la más elevada por riqueza y nombre la que tiene derecho á quejarse de parcialidad adversa en el reparto de las dotes intelectuales, que da, y no prodiga, la mano sábia de la Providencia. Y tambien, si se investigara filosófica y desapasionadamente el estado de la educacion general y el particular de cada clase, acaso no se encontraria la educacion de las más elevadas tan contraria como se pretende á la verdadera y sólida instruccion y al cultivo de los conocimientos humanos, ni tan ocasionada á esterilizar el corazon, pervertir el entendimiento y apagar la fantasía. Materia es ésta en que no nos es dado engolfarnos como quisiéramos. porque merece tratarse largamente en un libro, y no con ligereza en los cortos y estrechos límites de un prólogo. Pero no hemos podido dejar de tocarla de paso, y calificar el error, en que se funda la opinion casi comun, de necia vulgaridad, cuando vamos, por encargo de la Real Academia Española, á examinar las obras de uno de los personajes más ilustres de Eu-

ropa, de un Grande de España, honra de nuestra literatura; y cuando escribimos en un país donde el curso de la civilizacion está marcado á cada paso con algun nombre ilustre de la más alta aristocracia. ¿Quién deja de contemplar con orgullo al frente de la época regeneradora de nuestra patria á un Rey español, que obtuvo con justicia, y que conserva sin contradiccion, el renombre de Sabio?... ¿De un Rey español que, poeta, historiador, matemático, astrónomo, legislador y político, es el punto de partida de la civilizacion de España, porque fijó su lengua, deslindó y coordinó su historia, abrió ancho campo á las ciencias, y dió forma y cuerpo á su legislacion? Y recorriendo luégo los siglos que desde D. Alfonso el Décimo hasta nosotros han trascurrido, á cada paso tropezamos con ilustres patricios, que iban continuando la grande obra comenzada por aquel docto Rey, cultivando con brillante éxito las ciencias y las letras en medio del estruendo de contínuas y gloriosas guerras, y al traves de tiempos harto calamitosos. El Infante D. Juan Manuel escribió ya cultamente en los reinados de Fernando IV y de D. Alfonso XI. Noble y de alta jerarquía fué el cronista del Rey D. Pedro, el famoso Ayala. En los tiempos de D. Enrique II y D. Enrique III florecieron D. Pedro y D. Diego de Mendoza y el Adelantado

D. Payo de Rivera. En tiempo de D. Juan el Segundo brilló por su saber en ciencias exactas y naturales el gran D. Enrique de Aragon, Marqués de Villena, tan docto, que mereció el nombre de *Mágico*, y que sus obras y sus libros fueran quemados por la mano del fanatismo. Y contemporáneos suyos fueron el esclarecido Marqués de Santillana, el Señor de Batres y el Duque de Arjona. Entónces nació el melancólico Jorge Manrique, ilustrísimo caballero y ornato de la corte de Enrique IV. En tiempo de los Reyes Católicos, el historiador Hernando del Pulgar, el Duque de Alba, el Condestable Pedro Fernandez de Velasco y la célebre latina D.ª Beatriz de Galindo, camarera mayor de la Reina D.ª Isabel y esposa del famoso conquistador de Málaga, dieron gran realce y brillantez á aquella época sobresaliente. Poco despues se alzó como valeroso soldado y como gran poeta el insigne García Laso de la Vega (apellido que preconiza su nobilísima estirpe), el cual, con la completa admision de los metros italianos, dió nuevas formas á nuestra poesía. Vino en pos D. Diego Hurtado de Mendoza, de la casa del Infantado (raza de escritores), tan experto capitan y sagaz y enérgico diplomático, como buen poeta y esclarecido historiador y novelista. Pocos años despues apareció el portentoso ingenio del ilustre D. Francisco

de Quevedo y Villegas, Señor de la Torre de Juan Abad y caballero de Santiago; y brilló D. Francisco de Moncada, Conde de Ossona, Gobernador de los Países Bajos, escritor correcto y fácil, que en su historia de *la expedicion de Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos* se aseguró un claro renombre de historiador diligente y entendido, y de maestro de la lengua castellana. El famoso Conde de Villamediana floreció en aquellos dias como buen poeta, bien que contaminado con el mal gusto que empezó á reinar, y manifestándose tan galan y apuesto como versado en clásica literatura. Contemporáneo suyo fué el Príncipe de Esquilache, no ménos favorecido por las musas, y el Conde de Rebolledo y otros varones de alta alcurnia y de igual valía. Poco despues el Marqués de Mondejar ilustró grandemente la historia patria con sus eruditas investigaciones, y el Conde de Torrepalma enriqueció nuestro Parnaso con su *Deucalion*, rico en ingenio, en buen gusto y en no vulgares conocimientos. Tambien en materias militares escribió con acierto y abundancia el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, mostrándose tan entendido en armas como en letras, y sirviendo acaso de modelo y de guia al célebre francés Gibert. Últimamente, el Conde de Noroña, defensor del Puente de San Payo, cultivó

con éxito la poesía lírica. Y en nuestros dias el ilustre Conde de Toreno, tan gran político como orador elocuente, ¿no ha inmortalizado en su historia docta y elegante las glorias de nuestra guerra de la Independencia? Todos estos esclarecidos escritores desmienten con sus obras inmortales la idea vulgar que apuntamos arriba, y que hemos creido deber combatir de pasada en este prólogo, sintiendo que las condiciones propias de este género de escritos, y las estrechas dimensiones á que deben reducirse, no dejen extendernos á demostrar que una aristocracia como la española, que ha producido en letras los varones que dejamos apuntados, y en armas y gobierno un Cardenal Mendoza, un Gran Capitan, un D. Juan de Austria, un Duque de Alba, un Duque de Osuna, un Marqués de Santa Cruz, un Conde de Tendilla, un Duque de Montemar, casi en nuestro tiempo un Conde de Aranda, y últimamente un Duque de Alburquerque y un Marqués de la Romana, no debe estar descontenta de sí misma, y puede despreciar altamente á sus detractores.

Á aumentar esta lista de nombres gloriosos de la alta aristocracia española vino el Excmo. Sr. D. Bernardino Fernandez de Velasco, Duque de Frias, cuyas obras poéticas decidió por unanimidad dar al pú-

blico la Real Academia Española, como justo homenaje al mérito literario del que fué uno de sus más ilustres individuos.

Educado con esmero desde su niñez, é instruido en lengua latina y en humanidades, descubrió desde luego ardiente imaginacion, vivo ingenio, comprension clara, feliz memoria, gran disposicion para la poesía, y aficion decidida á los estudios históricos, que tanto lucen en todos sus escritos. Empezó á desarrollar tan cumplidas dotes cuando ya Melendez Valdés habia levantado el estilo y el gusto de la poesía castellana, del fango en que la habian hundido los copleros de los últimos años de Cárlos II y de los primeros de Felipe V; y cuando Cienfuegos, y sobre todo Quintana, habian devuelto con creces á nuestra poesía su entonacion robusta y vigorosa, y elevádola á asuntos más importantes y filosóficos que aquellos en que se habia hasta entónces ejercitado. Y el Duque de Frias (por entónces Conde de Haro) se alistó en la escuela de estos poetas; é imitaciones suyas, más ó ménos felices, fueron los primeros ensayos de su musa.

El trato íntimo del jóven Conde de Haro con Cristóbal de Beña, con el distinguido Arriaza, con Luzuriaga, Capmany, los Carnereros, y otros literatos de

aquel tiempo, y sobre todo, la finísima y constante amistad que contrajo con D. Juan Nicasio Gallego, aumentaron su pasion á la poesía, y le estimularon á escribir, rivalizando con cuantos á la sazon escribian, y le confirmaron en la escuela en que se alistó desde su infancia, y en la que ha dejado á la posteridad esta preciosa coleccion de poesías.

En todas ellas resaltan el buen gusto académico, grande estudio de la lengua patria, elevados pensamientos, versificacion robustísima, alguna vez retumbante, y riqueza de rima. Pero lo que caracteriza y da una originalidad, no sólo á todos sus escritos, sino tambien á sus discursos parlamentarios, y hasta á sus despachos de embajador, es la exaltacion que le dominaba por tres principios, que tenia arraigados en el fondo de su corazon, y que animaban cuanto producia su entendimiento. Eran éstos el principio aristocrático, el principio español y el principio liberal.

Nacido el Duque de Frias Grande de España, era ingénita en él la idea de la importancia suma que en una monarquía debe tener la elevada clase á que perteneció; y nutrido con la historia de Inglaterra, sabia que la alta aristocracia es la única que puede mantener el equilibrio de una monarquía constitucional. Nacido con alma elevada, entendido en historia patria,

y entusiasmado con ella, idolatraba el nombre español; y orgulloso de haber nacido en España, aborrecia cuanto pudiera ofuscar su gloria ó menoscabar su nacionalidad. Animado por sentimientos puros de noble dignidad y de amor á la prosperidad pública, y no ajeno á los estudios filosóficos, detestaba la tiranía y era campeon ardiente de las instituciones liberales, pero de aquellas que dan estabilidad á los tronos, grandeza á las naciones, felicidad á los pueblos. Y aristócrata, patriota y liberal en todos sus actos, lo era cuando escribia, y en sumo grado cuando bullia el estro en su cabeza volcánica y en su corazon apasionado.

¿Quién no reconoce la primera de estas cualidades en los claros nombres y altos ejemplos que hermosean todas las composiciones del Duque de Frias? ¿Quién no ve la segunda en los recuerdos de la guerra de la Independencia, y de otras más antiguas glorias nacionales, esparcidas con profusion en todos sus cantos? ¿Quién no advierte la tercera en la silva á la muerte del general Zayas, y en otros muchos párrafos de sus escritos? El aristócrata, el patriota, el liberal se ven patentes en nuestro autor, que es siempre uno de estos tres entes morales, y muy á menudo los tres, reunidos en admirable consonancia.

Si como poeta de inspiracion, y de inspiracion tan alta y fecunda, procedente de fuentes tan elevadas, es el Duque de Frias un escritor de tanta nota; como poeta de erudicion y de buenos estudios, figura en primer término entre sus contemporáneos. Y, más correcto y grandilocuente que todos ellos, hubiera sido acaso el mejor poeta de la época á que perteneció, si no fuera alguna vez difuso en demasía, y si hubiera limado y corregido sus producciones; pero de ellas, unas se imprimieron sueltas y con descuido, inmediatamente despues de compuestas; otras, sin curarse mucho de ellas el autor, circularen en viciosos manuscritos, y muchas, ni áun escritas se han encontrado; el Duque las conservaba en la memoria y las trasmitió á la de sus amigos. Desórden lastimoso, que, al mismo tiempo que impedia la correccion de tan hermosas composiciones, ha ofrecido grandes dificultades y trabajo á la Real Academia para reunirlas y clasificarlas, y levantar con ellas este monumento á la gloria de tan egregio escritor y á la de la lengua y poesía castellana.

Y monumento será este libro; pues aunque nos engañemos en nuestro juicio, y aunque la severa crítica moderna halle defectos graves en las obras del Duque, se leerán siempre con admiracion y entusias-

mo estos bellísimos versos á América disidente, en la oda á las Nobles Artes.

¡Gentes que alzais incógnita bandera
Contra la madre Patria! en vano el mundo
De Colon, de Cortés y de Pizarro
Á España intenta arrebatar la gloria
De haber sido español; jamás las leyes,
Los ritos y costumbres que guardaron
Entre oro y plata y entre aroma y pluma
Los pueblos de Atahualpa y Motezuma,
Y vuestros mismos padres derribaron,
Restablecer podréis: ódio, venganza
Nos juraréis, cual pérfidos hermanos;
Y ya del indio esclavos ó señores,
Españoles seréis, no americanos.
Mas ahora y siempre el argonauta osado
Que del mar arrostrare los furores,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antípodas distantes,
Verá la Cruz del Gólgota plantada,
Y escuchará la lengua de Cervantes.

Y ¡cuán grande y patriótico y sonoro es el admirable soneto al aniversario de la muerte de Cárlos III!

Y ¿quién podrá olvidar, si una vez la ha leido, esta excelente octava, tan severa, tan concisa, tan nutrida de pensamientos, tan magistralmente versificada, en la composicion á la muerte de Felipe II, premiada por el Liceo?

Fué del Prudente Rey el poderío
De moros y de herejes escarmiento,
Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,
Gloria del trono, de la Iglesia brio,
Temido en Flándes, respetado en Trento;
Y desde el mar de Luso á la Junquera,
Hubo un cetro, un altar y una bandera.

Mucho abultaríamos este prólogo si hubiéramos de anotar en él los trozos culminantes de las obras del Duque, y tenemos que poner coto á nuestros recuerdos; porque citar las bellezas de primer órden en que abundan sus obras seria hacer un libro. Ni fuera posible hacer de ellas un análisis minucioso y prolijo sin desvirtuarlas, y privar á los lectores del placer de saborearlas y de juzgarlas por sí mismos, haciendo acaso lo que haria quien, al presentar á la admiracion del público una lozana y fragante rosa, ántes de dejarle gozar su encanto, la deshojara para enseñarle préviamente cómo estaba formada, y por qué maravillosa combinacion ofrecia tanta belleza y tan suave aroma.

Pero ántes de concluir, debemos aquí consignar que cuando la ilustre Viuda y los Herederos de nuestro Autor supieron la calificacion aventajada que hacia de las obras de su esposo y padre la Real Academia

Española, y su acuerdo de imprimirlas, reclamaron el derecho de hacerlo á su costa, para rendir así un homenaje de cariño, de respeto y de admiracion al ínclito difunto, y aumentar con esta publicacion las glorias de tan esclarecida casa.

Madrid, 1.º de Noviembre de 1855.

EL DUQUE DE RIVAS.

NOTICIAS

SOBRE LA

VIDA Y OBRAS POÉTICAS

DEL

Excmo. Sr. Duque de Frias.

El Excmo. Sr. D. Bernardino Fernandez de Velasco, Duque de Frias y de Uceda, Marqués de Villena, nació en Madrid, á 20 de Julio de 1783. Su padre, D. Diego Pacheco, que tomó el apellido de Velasco al heredar la casa del Condestable, y precedió á su hijo en aquellos títulos, parece que le trasmitió, con la nobleza de la alcurnia y las riquezas de sus estados, aquella benévola hidalguía que valió á su progenitor, el Conde de Haro, el dictado de *el Bueno*, y aquel celo por el humano saber que, vinculado, por decirlo así, en la casa de Villena, viene á trasmitirse desde el malogrado D. Enrique el Alquimista hasta el fundador de nuestra Academia Española. Su madre, hija de los Duques de Santistéban, D.ª María Francisca de Benavides, sintiendo aguijoneado su natural amor materno por la débil complexion de su primogénito, tomó á su cargo la crianza del niño Conde de Haro, con harto mayor eficacia, si no con más ternura, que solian las damas de la Grandeza.

Ésta, por un previsor instinto de las difíciles circunstancias que se la preparaban, confiaba en aquella época la instruccion de sus hijos á hombres tambien más ilustres que la generalidad de los que hasta entónces, y áun en nuestros dias, ejercen la profesion de ayos. Jovellanos habia dicho á este

propósito, censurando las malas artes, fruto de la educacion de la nobleza:

> Debiósela al bueno
> De su ayo Mosen Marc, sólo ajustado
> Para irle en pos cuando era señorito.

Y cierto que no se podia aplicar esta censura al insigne erudito Clemencin, que por aquellos dias tomaba á su cargo la direccion de los hijos de Osuna, ni al sabio Fulgentino Andújar, que presidia á la de nuestro Conde de Haro y sus hermanos D. José y D. Andres Pacheco.

Vistieron éstos muy temprano el uniforme militar, tomando el primogénito los cordones de cadete de Guardias Walonas en 1.° de Diciembre de 1796, la charretera de alférez en 1797, y siguiendo en el mismo Cuerpo hasta ascender á segundo teniente, en 1.° de Febrero de 1802.

No se espante el lector al ver las minuciosidades con que comenzamos estas noticias. Superior á nuestras fuerzas, como ajeno á nuestro propósito, el escribir una larga vida del autor al frente de sus obras, no daremos cabida en nuestros apuntes sino á aquellas circunstancias que, al parecer insignificantes, modifican, con todo, ó influyen notablemente sobre los hechos ó los escritos de nuestro poeta.

Deudor éste á la Providencia de una naturaleza como la cera y de un carácter, al par que ella, dócil; de una índole recta, pero de un ingenio impresionable, adquirió desde la cuna, con el conocimiento de la posicion social que le dió su padre, una ansia caballeresca de llevar dignamente el nombre de sus mayores; con las tiernas caricias de su madre, aquella infantil distraccion, y si se quiere timidez, y aquella piedad casi mujeril, que movian á una persona de gran talento y muy de su afecto á decir: «Bernardino es un niño grande, siempre que no es un grande hombre;» con los consejos de su ayo, el erudito Andújar, aquella instruccion his-

tórica y aquel amor á la recta filosofía, que amenizaban su trato é ilustraban sus obras; y, en fin, con el galan atavío de la loriga militar, aquel entusiasmo patrio que perfuma cuanto le pertenece: sus escritos, sus acciones, su palabra, su vida. De estas cuatro fuentes, por decirlo así, toman su orígen los cuatro distintivos caracteres del Duque de Frias como escritor y como repúblico: la hidalguía, el candor, la erudicion, el patriotismo.

Principiaba, con nuestro siglo, el Conde de Haro á entrar en la edad de las pasiones, y en el alba de ella fué probado con uno de esos grandes golpes que hacen honda impresion en nuestra existencia. Casado con la bella D.ª Mariana de Silva, hija de los Marqueses de Santa Cruz, veia deslizarse blandamente una existencia á la par estudiosa y apacible, sirviendo en ella de distraccion instructiva la representacion de dramas, en que tomaba parte, ya como autor, ya como actor, cuando la Providencia le hirió terriblemente la noche del 17 de Enero, en que encontró cadáver, en su propio lecho y entre sus brazos, á la dulce compañera de sus primeros amores. La elegía que con este motivo compuso, y de la cual, como de sus ensayos dramáticos, se ha perdido todo rastro, hacia siempre, recitada por él, profundo y tierno efecto, bien que estuviese llena de incorrecciones y no escrita con gusto muy delicado.

Buscó con afan nuestro poeta su consuelo, no solamente en los sentimientos religiosos y en el cultivo de las letras, sino en la noble distraccion que proporciona la milicia, mudando, para conseguir esto, de arma, y ascendiendo á capitan de dragones de la Reina en 1804, con ánimo de dejar á Madrid.

Habíale á la sazon la Academia Española abierto sus puertas, y séame permitido decir que más bien al prócer que al escritor. Descendia el uno del fundador de esta Corporacion

y de una larga serie de directores y protectores suyos; el otro contaba apénas veinte años, y áun no habia dado á la prensa obra ninguna; ellas disculparán en su dia la prevision de la Academia.

La primera de aquellas es la oda á Enrique Pestalozzi, dada á la estampa en 1807, y dedicada por el autor á su padre, *en testimonio de amor filial y de aplicacion á las letras.* Leyóla, áun manuscrita, en una tertulia literaria que se reunia cotidianamente en el café de la Fontana de Oro, su amigo D. Juan Nicasio Gallego, que á la sazon habia venido de Zamora á Madrid para hacer oposicion á una prebenda, y que habia obtenido un magisterio en la Casa de Pajes. Los concurrentes, que eran muchos, y entre otros, Quintana, Moratin, Arriaza, Beña y los Carnereros, quedaron sorprendidos del tono y del asunto de la composicion : en cuanto á lo primero, porque el buen gusto, que es hoy natural áun á los principiantes, era en aquellos dias patrimonio sólo de los muy aventajados; y en cuanto á lo segundo, porque, dividida la república de las letras en dos bandos, uno que juzgaba la poesía sólo como tierno y dulce instrumento de devocion, de amor, de amistad, de sentimientos privados en fin; y otro que se valia de ella como medio de propagacion de ideas políticas y como palanca de movimientos sociales, que ya comenzaban entónces; la aparicion de un nuevo adalid, y de un adalid de tanta monta, era muy para tomada en cuenta por ambas parcialidades. En esta última, á no dudarlo, se alistaba el nuevo vate, ya por el argumento que habia elegido, ya por las frases nada embozadas que en él empleaba; pero lo que á todos sorprendió, y á muchos pareció increible, fué, que aquella oda, escrita con el tono varonil que usaban Quintana y Cienfuegos, y llena de los principios que, no en la corte, sino en los cafés y en las academias, se propalaban, fuese obra nada ménos que del hijo del Sumiller

de Corps, del adamado jóven y hasta entónces desconocido Conde de Haro. Si estas tendencias, sobrado liberales, le malquistaron en la corte, ó si quiso con la ausencia desterrar algun tanto de su alma la melancolía; si su bélico entusiasmo se prometió más gloriosos laureles de la campaña de Portugal, que, en union de los franceses y á las órdenes del Marqués del Socorro, comenzaban nuestras tropas; ó si, en fin, siguió por mera subordinacion sus banderas en el regimiento de la Reina, que mandaba el de Malespina, no lo sabe el autor de estas noticias. Lo cierto es, que se hallaba en el vecino reino cuando en 1808 se verificó el levantamiento de España contra Napoleon y la declaracion de guerra, á consecuencia de la cual, el mariscal Junot, Duque de Abrantes, intentó hacer prisionera la division española que le acompañaba.

Nuevo combate se preparaba al conturbado ánimo del jóven Conde: sus más íntimos amigos en Madrid seguian el partido de Bonaparte; su ayo Andújar, á quien tanto debia, afiliado en las mismas filas, y luégo ocupando un alto puesto en la administracion intrusa, le acosa con sentidas y elocuentes cartas; su padre mismo, en fin, á quien tanto y tan tiernamente reverenciaba, y de quien más ansiaba ser imitador que heredero, acepta la embajada del rey José cerca del Emperador, su hermano, y desde Paris le convida con la persuasion y con el ejemplo.

Los que hemos conocido la tierna y débil naturaleza de su corazon podemos comprender solos todo lo que padeceria miéntras duró aquella lucha entre su deber y su afecto. Pero él mismo, en sus obras, nos da la clave de su modo de proceder:

Cuando ocupa la patria el extranjero,

dice el autógrafo de la elegía á Zayas,

La causa nacional sólo es la justa.

Para defenderla, pues, induciendo á buena parte de los oficiales compañeros suyos á que siguiesen su ejemplo, y facilitando á algunos los medios pecuniarios de hacerlo, se fugaron de Portugal, en donde su regimiento los habia dejado enfermos; y al traves de dificultades y peligros, que agravaban para ellos lo desconocido del país y lo recio de la estacion, se presentaron en Sevilla á la Junta que, insurreccionada contra Napoleon, gobernaba aquella provincia. Allí llegó desprovisto completamente de recursos, porque la situacion del reino y el partido aceptado por su padre le privaban de ellos; pero no tendió la mano á la recompensa que justamente merecia su acreditada lealtad, sino que, por el contrario, con el mismo grado de capitan, con que años atras habia salido de su casa, se incorporó al ejército que defendia la libertad de su patria.

Hizo en él sus primeras armas en la sangrienta jornada de Tudela, y en el campo de batalla estrechó amistad con el que desempeñaba las funciones de jefe de dia, y que, semejante á él por nacimiento, por patriotismo y por virtud, era verdaderamente digno de que más tarde le llamase *su hermano por amor*, D. Luis Roca de Togores, Conde de Pinohermoso.

Tampoco fuera oportuno, ni cumple á nuestro propósito, hacer aquí una larga narracion de la por siempre memorable guerra de la Independencia; ni fué en ella caudillo tan principal el Conde de Haro, que sea deber nuestro seguirle en las vicisitudes de la campaña, ni ha menester de nuestra pobre pluma para saberlas quien tenga á mano los acreditados *Anales* del Conde de Toreno. Lo que sí es justo y necesario decir, es, que en esa larga serie de padecimientos que siguió el ejército español, y principalmente su caballería, desde Uclés hasta Medellin, el Conde de Haro, que habia ascendido á teniente coronel de Almansa, fué uno de los oficiales más

constantes, más subordinados y más entusiastas. Cambiada la suerte en Talavera y en el Puente del Arzobispo, obtuvo sobre el campo de batalla el empleo de coronel y el mando del regimiento de Pavía.

Por desgracia, ni su entusiasmo, de que participaban todos, ni la brillantez del ejército español, que jamás habia sido tan grande, bastaban á suplir la impericia de sus caudillos; y la espantosa rota de Ocaña, la retirada de Sierra-Morena y las acciones de Menjíbar y de Alcalá la Real, en que tomó parte, no sirvieron más que para acreditar la lealtad de todos y el sufrimiento de nuestro Conde por la causa de la patria.

Mezclaba en tanto al ruido de las armas el culto de las musas, de que es buena muestra la epístola que á su amigo Don Juan Nicasio Gallego, ya nombrado (bajo el nombre de Casinio), escribió por aquella época, y que dió á la prensa en Cádiz en 1812. Ni la edad ni las circunstancias del poeta eran todavía para producir sazonados frutos; pero quien la lea aún en nuestros dias, no desconocerá el clásico estilo, el hidalgo sentimiento y el patriótico entusiasmo que hemos ya marcado como caracteres distintivos suyos.

Las vicisitudes de la guerra, en tanto, le habian procurado el íntimo trato y amistad con dos personas que figuran muy principalmente en sus obras: la una D. José de Zayas, á cuya muerte dedica una composicion fúnebre, que más bien puede considerarse como un canto épico, y la otra el Conde de Pinohermoso, á quien ya hemos nombrado.

Permítase al autor de estas líneas una lágrima á la memoria de su padre, y algunas brevísimas palabras, no inoportunas al asunto, en su recuerdo.

Hijo, como el Conde de Haro, de una familia de la Grandeza; habiendo servido, como él, en la Guardia Real, en donde quizá se conocieron, habia dejado el servicio de las

armas para ocuparse en el gobierno de su casa, que heredó siendo muy jóven; pero verificado el alzamiento de 1808, acudió adonde su honor y su patriotismo le llamaban, levantando con su influjo y manteniendo á su costa un regimiento, á quien dió el nombre de Cazadores de Orihuela, pero á quien la historia de aquellos dias apellidaba siempre con el título de su coronel.

En igual empleo, pues, que el Conde de Haro, de la propia edad y jerarquía, y en el mismo cuerpo de ejército, no es extraño que se arraigasen en ambos aquellos sentimientos de fraternidad de armas, que más tarde el amor y la religion habian de divinizar; brindando para ello ocasion propicia las frecuentes excursiones de aquellas tropas por el reino de Murcia y las orillas del Segura. Allí conoció el Conde de Haro á D.ª María de la Piedad Roca de Togores, hermana del de Pinohermoso, en cuya pintura y elogio no hay para qué detenerse ahora, remitiéndonos á las obras, no sólo del Autor, sino de otros preclaros ingenios.

En este momento, en que le consideramos sólo como militar, debemos volver á los campos de Baza, donde el 3 de Noviembre sufria el ejército del general Freire una de esas derrotas que, á fuerza de repetirse, nos enseñaron el camino de la victoria. Allí el Conde rehizo con su regimiento la quinta division de infantería, que se desbandaba, y protegió con él la retirada del ejército entero.

Allí tambien, un año despues, el 7 de Junio, recibió la noticia de haber llegado á Cúllar su espòsa Piedad, con quien cinco dias ántes habia contraido matrimonio por poderes en la ciudad de Alicante. Aquella noche le tocaba cubrir con su cuerpo toda la línea del ejército, y hacer la descubierta á la mañana siguiente. Así se verificó, y despues de reconocer el campo enemigo y de ser relevado por tropas de refresco, marchó á reunirse con su mujer en Cúllar, donde ratificaron

el matrimonio, alojados en casa de un honrado labrador. De esta union fueron hijos D. Bernardino Fernandez de Velasco, que murió en la infancia, y la actual Duquesa de Uçeda.

La campaña, que entónces comenzaba con el reciente desembarco del general Blake desde Andalucía y la incorporacion de su ejército con el de Freire, no fué más feliz ni ménos gloriosa para el de Haro, teniendo no pequeña parte en las jornadas de Zújar, Guadix, Gor, Cuenca y Murviedro, á que consagró á un mismo tiempo su espada y su lira. En la capitulacion de Valencia, que se siguió á la última funcion nombrada, tuvo el dolor de ver hecho prisionero á su amigo y jefe, el general Zayas, si bien, al replegarse hácia el Segura, pudo encontrar consuelo en las dulzuras con que le brindaba su nueva familia.

Comenzaba á la sazon á declinar el astro de Napoleon, al par que la salud de los dos hermanos Frias y Pinohermoso, deteriorada con tan largos padecimientos, podia recobrarse sin mengua en la quietud del hogar doméstico. El último, ya brigadier, obtuvo su cuartel; y nuestro autor, ya heredado, se retiró en 4 de Abril del mismo año, habiendo ganado en los campos de batalla casi todos sus grados, la cruz de San Fernando, la de Talavera y otras muchas. Aquí termina para nuestro autor la época de juventud, de amor y de guerra, principiando, con su virilidad, ese otro período, no ménos brillante para el prócer y para el repúblico.

Cádiz, la ciudad inmortal, que, al estrépito de las bombas francesas, promulgaba leyes y concertaba saraos y festines, que oia impávida su estampido, y atenta y entusiasmada los cantos de Quintana, de Gallego y de Rivas, y los elocuentes

discursos de Argüelles, de Toreno y de Martinez de la Rosa: Cádiz, en cuya sociedad, á la vez liberal y culta, tanto brillaban los Zayas, Valdés y Álava, dechados de castellana hidalguía y de militar apostura, debia ser, y fué en efecto, el lugar más adecuado á la residencia de los nuevos esposos, cuyo arribo y desembarco describe Gallego en inolvidables estrofas. La amistad, pues, de todos estos insignes varones, el trato de las ilustres familias que allí, de casi toda España, se habian refugiado, dieron solaz bastante á nuestro poeta para entregarse á su ocupacion favorita; mas desgraciadamente sus obras todas de aquella época se han perdido, con la única excepcion del soneto dedicado al Duque de Wellington, en el festin que el 24 de Diciembre de 1812 le ofreció la Grandeza, cuando se preparaba á comenzar su última campaña. Esta brevísima obra, conservada en la memoria de muchos, puede servir de comprobante de los adelantos que en gusto y en entonacion habia conseguido el cantor de Pestalozzi.

Restituido el Gobierno á Madrid, volvió en fin á su casa el Duque, despues de tantos años de padecimientos y servicios. Allí hizo un donativo á las Cortes del Reino para las urgencias de la guerra, que con merecida alabanza especifica el citado Conde de Toreno; y cuando, ajustada la paz, se restituyó Fernando VII desde Valencey á España, le salió al encuentro, con ánimo de probar si con su noble y desinteresado consejo podia neutralizar el espíritu reaccionario de los que rodeaban al nuevo Monarca. Así, en la junta celebrada en Daroca en 11 de Abril, su voz se levantó á persuadir la conveniencia de que, jurando el Rey la Constitucion, afianzara las instituciones que, á la par que su trono, habian conquistado los pueblos. Ayudáronle en su patriótico intento Palafox, el héroe de Zaragoza, y el Duque de Osuna, aquel otro alumno del sabio Clemencin, á quien ya hemos nombrado, renovan-

do todos sus instancias en la sesion que al efecto se tuvo tres dias despues en Segorbe á presencia del Infante D. Cárlos, que llegó de improviso y como de refresco á los absolutistas.

Todo fué inútil: la pasion pudo más que la justicia; el jóven prócer hubo de volver á Madrid desoido y malquisto, puesto que no del todo falto de esperanzas. Pruébalo así un suceso, bien trivial á la verdad, pero harto significativo tambien. Á la entrada de Fernando en la Heróica Villa, fué uso que las corporaciones y hasta los particulares le recibiesen en sus respectivos domicilios y le festejasen á porfía. El Duque de Frias fué uno de los que pagaron este tributo de respeto y de galantería. Habia recientemente puesto su casa con riqueza y elegancia; la habia aparejado además para la real visita; pero es el caso que, entre los gabinetes adornados de nuevo, habia uno, llamado áun en nuestros dias el Panteon, dispuesto con trofeos militares y sendas inscripciones en honor de los héroes que habian perecido en defensa de la patria: Daoiz, Velarde, Álvarez y La-Carrera estaban allí inscritos. Otra pieza además, pintada como una tienda de campaña, se veia ataviada con arreos marciales, que llevaban los nombres de caudillos áun existentes á la sazon, como Castaños, Palafox, Mina, el Marquesito y otros muchos; siendo de notar que, por lo general, pertenecian al bando liberal. Muestra esta pequeñez que era grande el orgullo del Duque por haber tomado parte en la pasada lucha, y no ligera su esperanza de que para el recobro de las libertades patrias no fuese infecunda. No hubiera, sin lo primero, consignado su afecto en un monumento doméstico; y sin lo segundo, hubiera para ello aguardado más propicia coyuntura que la que le ofrecia la régia visita. El resultado fué que Fernando, recorriendo impasible los salones, no hizo alto en el disimulado consejo, y dejó la fiesta con secreto desabrimiento y marcada frialdad hácia el huésped. Si llegó hasta manifestarle claramente la causa de

su enojo, no es verosímil en el carácter solapado de aquel príncipe; si sus cortesanos y los amigos oficiosos del Duque se lo dieron á entender, tampoco es cosa averiguada; lo cierto es que á poco la malhadada tienda de campaña se trasformó en una gruta peñascosa y oscura; y fué oportuno acuerdo, quizá para llorar en ella la suerte de algunos de los guerreros ántes inscritos en aquel elegante pabellon, y no mucho despues lanzados al destierro, como Palafox y Mina, ó entregados, como Porlier y Lacy, á público cadalso.

Á este compás se comenzó, y siguió luégo, la persecucion á cuantos podian ser motejados de liberales; los caudillos más acreditados fueron desatendidos; hasta los que en la administracion local habian tomado parte, procesados y perseguidos; los diputados más ilustres, ó fugitivos ó presos. Los Duques de Frias, que, por su juventud, escaparon á la proscripcion, tomaron en ella la larga parte que su afecto y su amistad les dictaba. No sólo contribuyeron á que el Conde de Pinohermoso triunfase de la persecucion que de muerte le acosaba por haber sido Alcalde constitucional de Albacete, cosa debida á los vínculos de familia, sino que, por pura amistad, penetraron en los calabozos á llevar consuelo y esperanza á Martinez de la Rosa, á Gallego y á otros muchos, que, ménos doctos que éstos, no han podido consignar su gratitud en inmortales cantos.

En tanto Fernando VII habia contraido segundo matrimonio con D.ª Isabel de Braganza: el carácter benévolo y el espíritu ilustrado de esta princesa habian reanimado algun tanto las desmayadas esperanzas del partido liberal; y su temprana y repentina muerte vino á desvanecerlas, arrancando por esta causa tristes gemidos á la lira de Gallego, libre ya de su encierro en la Cartuja de Jerez, y á la del Duque de Frias, que lo deja entender bien claramente en el soneto que dedicó á este asunto; el cual, y la elegía á la temprana pérdida

del Duque de Fernandina, son los únicos restos de sus estudios poéticos en aquel período.

Siguióse el levantamiento de las Cabezas de San Juan, la proclamacion del sistema constitucional y el juramento de Fernando VII al Código de Cádiz. Con él comenzó propiamente la vida pública quien hasta entónces no habia hecho más que prepararse á ella con merecimientos para ser considerado y con estudios para ser oido. Nombrado en 1820 embajador en Lóndres, no contribuyó poco á aprovechar las simpatías que en la aristocrática Inglaterra habian dejado las campañas de los españoles contra Napoleon, en favor del sistema y del gobierno que representaba. Llamado luégo, en calidad de Grande de España, al Consejo de Estado, sus trabajos en aquel cuerpo fueron notables por erudicion, y más notables aún por sensatez y cordura. El que en Daroca, en 1814, habia abogado por la bien entendida libertad de los pueblos, en Madrid, en 1820, patrocinaba ya las invadidas prerogativas de los Reyes. Pero fueron, igualmente que entónces, infructuosos sus esfuerzos, y como él mismo dice:

La envidia dominante,
El ciego frenesí de las facciones,
La insensatez del bando gobernante,
Encendido el volcan de las pasiones,
Desoido el clamor del patrio suelo,
Dieron paso de Francia á las legiones.

Y el Rey y el Gobierno y las Cortes hubieron de emprender la retirada á Sevilla. Acompañóles Frias, firme en su puesto; porque, si sus doctrinas no habian alcanzado á conjurar el mal, queria, con todo, á fuer de noble consejero, aceptar lealmente las consecuencias.

Y no tardaron en venir muy dolorosas para él: privado de sus honores y hasta de sus grados, expulsado de su casa, desterrado de la corte y de las residencias reales, hubo de sufrir

en Sevilla los primeros ímpetus de una faccion reaccionaria y ciega. Los amantes del saber deben hoy, con todo, felicitarse, porque la lira del Duque de Frias era de tal temple, que, herida por el infortunio, daba siempre sus mejores sonidos. Su epístola á D. Juan Nicasio Gallego, *El canto del Proscripto*, es buena prueba de lo que decimos.

Pero léjos del hogar y del amor, no vivia aquella alma delicada y tierna: corrió, pues, á reunirse con su esposa, que le salió al encuentro desde Madrid, y á buscar consuelo en casa de su hermano Pinohermoso, que, igualmente perseguido, le aguardaba en Alicante. El que escribe estas líneas, que, muy niño entónces, les acompañaba en el viaje, no ha olvidado aún los groseros insultos y padecimientos intolerables que le acompañaron en esa larga peregrinacion; y en medio de ella, ¡qué mezcla tan sorprendente en el Duque, de estóico sufrimiento y de infantil timidez!

Poco tiempo despues hubo de establecerse en Barcelona, en donde con amena distraccion le convidaban su inseparable amigo D. Juan Nicasio y el malogrado poeta y novelista Lopez Soler. Muchas obras suyas pertenecen á aquel período, pocas, sin embargo, se han escapado á la severidad de su censura ó á la injuria de los tiempos, mereciendo citarse en este número un romance al primer vapor que arribó á aquel puerto y un soneto á D.ª María Concepcion Sandovál, á cuya señora habia ya dirigido en Sevilla otros frutos de su númen.

En tanto, los que, no satisfechos con la reaccion absolutista reinante, querian llevar todavía mas allá tal sistema, eligieron, ó como cabeza ó como bandera, al Infante Don Cárlos, y se presentaron en abierta rebeldía en el Principado. Corrió el Rey en persona á sofocar el incendio; consiguiólo fácilmente, aunque no sin emplear severas ejecuciones, y sin valerse otros de aquel pretexto para molestar en su retiro y alejar de su hogar á los liberales, harto inocentes de lo que

pasaba. Nuestros dos amigos, Gallego y Frias, hubieron de atravesar la frontera y de buscar en Montpellier alivios á los padecimientos de su salud y más piadosa ocupacion á su espíritu.

Allí, no sin difíciles pesquisas, pudieron descubrir el olvidado é indecoroso sepulcro de D. Juan Melendez Valdés, y consagrarle más digno monumento. Hoy, que tan fastuosas procesiones se consagran á la exhumacion de los restos de cualquier hombre ilustre, que al dia siguiente se legan al olvido, no será ocioso recordar con gratitud aquel silencioso y pio homenaje, pagado por dos insignes proscriptos al padre de la moderna poesía castellana.

Dulcificáronse en tanto algun poco las circunstancias; los odios políticos ó se calmaban ó tomaban otro sesgo en España, y fué permitido á nuestro poeta regresar á Madrid, en 1828, á tiempo de celebrar la exposicion de la Industria española que en aquel año se verificó. Pero áun no habia sentado el pié en su hogar su esposa y compañera de infortunios, cuando sucumbió á los rigores de la estacion, y por una notable coincidencia, en el mismo infausto dia 17 de Enero, en que habia muerto D.ª Mariana de Silva. Ahondó este golpe la herida que poco ántes habia recibido el Duque con la pérdida de su tantas veces nombrado hermano por amor, y arrancóle uno de los cánticos más sentidos y más acabados que adornan la presente coleccion, y que fué publicado en la *Corona fúnebre*, con otros no ménos notables de nuestros primeros poetas.

En el año anterior habia enviudado tambien Fernando VII, y desde que su eleccion recayó en la Princesa Cristina de Nápoles para llamarla al tres veces infecundo tálamo, las esperanzas de los liberales españoles comenzaron á revivir. Buen testimonio de ello son los epitalamios que hicieron Quintana y Gallego, entónces desgraciados, y que merecieron comento

y aplauso, no sólo á los aficionados á las letras, sino á los esperanzados en la política. Tambien hizo uno el Duque, que acompaña á esta coleccion; y si no vió entónces la luz pública, fué porque, adelantando el autor algo más que los otros en su confianza, pedia, al terminar su oda, la amnistía ámplia, que Fernando VII no quiso todavía otorgar. El soneto á la toma de Ambéres, el romance dirigido al autor de estas noticias, otras muchas composiciones, en fin, abundan en ese mismo espíritu, si bien están escritas con la prudencia que las circunstancias requerian, y con un tinte de melancolía harto natural en el ánimo del autor. Á aquel tiempo de ilusiones pertenecen tal vez las más bellas obras de nuestro poeta, entre las cuales, el canto á la muerte del general Zayas, ya citado, merece notarse, y es de lamentar la pérdida del poema *Nuestro Siglo*, que comenzó á la sazon, y del que sólo quedan pocas estrofas.

El Rey habia escapado difícilmente de un mortal ataque de gota que padeció en la Granja, y el gobierno interino de su esposa no habia hecho sino cimentar más y más la confianza de los ansiosos de reformas. Habíase publicado, en fin, una amnistía, se habian abierto las Universidades, la Academia de Nobles Artes, tras largo tiempo de silencio, llamaba á un público concurso, y el Monarca mismo se preparaba á dar á los laureados el premio con su mano, áun convaleciente y casi moribundo. El Duque de Frias compuso para esta ocasion una oda, cuya lectura, por indisposicion suya, confió al que esto escribe. Muchos tiempos y muchas vicisitudes han pasado desde entónces, y todo ello no ha sido poderoso á borrar de su ánimo la memoria de aquella augusta solemnidad. El Monarca, que, aquejado por sus dolores, ni tenia gusto para cosa alguna, ni podia resistir una larga sesion, me habia encargado que atajase la lectura; hícelo como pude, muy á mi disgusto y de repente; y con todo, el efecto de los

trozos que quedaron fué tal, que, al terminar la estrofa en que habla de la insurreccion de América, vi al casi moribundo Rey, echado en su silla, lívido, descompuesto, dejar caer lágrimas por sus pálidas mejillas y áun casi probar á aplaudir con sus hinchadas y trémulas manos. Rompióse entónces toda etiqueta, y el numeroso concurso, compuesto de magnates, de académicos y de alumnos, prorumpió en desusados y casi irreverentes aplausos. Es que el Duque de Frias heria hondamente los más vivos sentimientos de todos; es que nadie le iguala, como ya hemos dicho, en la poética expresion de afectos patrióticos y caballerescos.

No se hizo esperar mucho la muerte del doliente Monarca, y con ella vinieron á realizarse sus propios pronósticos, estallando y derramándose de súbito por todas partes, como fermentados, los bandos que el inmenso poder de su débil persona tenia comprimidos. Verdad es que el Gobierno y algunos pocos, confiados en la fuerza de la legitimidad y en el prestigio de la autoridad monárquica, ejercida con ilustrada energía, quisieron conservar las cosas sin alteracion, y como ahora se dice, *in statu quo;* pero fué vano intento: los apasionados del sistema absoluto tenian desde años atras contraidos compromisos y elegido representante y caudillo, más adecuado que una Reina niña, para realizarlos; y, por otra parte, los inclinados á novedades, y más particularmente los amnistiados recien venidos del extranjero, abrigaban demasiado lisonjeras esperanzas desde el gobierno interino de la Reina Cristina, para dejarlas callar por más tiempo: así, pues, el término medio propuesto, ni contentaba á los primeros, ni satisfacia á los segundos. Allegábanse á éstos al-

gunos generales que desempeñaban mandos importantes y muchos miembros de la Grandeza, los cuales por todas partes predicaban que era bien unir al restablecimiento de las antiguas leyes de sucesion, el de los venerandos fueros y libertades de estos reinos; que era descabellado intento llevar adelante un absolutismo, faltando nada ménos que el absoluto, y que además parecia prudente captarse la benevolencia de las clases medias, en contrapeso de otras que ya se abandereaban, y procurarse, en fin, el bienquerer de las naciones vecinas y poderosas con la adopcion de un sistema análogo á las prácticas que ellas guardaban, y al uso y moda de la corriente de los tiempos. Concluian, en fin, con que, áun dado caso que ocupara el trono y rigiera el cetro, no ya una Reina huérfana y niña y una Princesa viuda y extranjera, sino un varon dotado, á manera de los antiguos, de vigor y grandeza, traian, con todo, las circunstancias más vigor que las voluntades, y *era el siglo más grande que los hombres*. Así se explicaba nuestro poeta cuando, en virtud del decreto con que entónces se dió mayor libertad á la prensa, ejercia el cargo de censor de un periódico redactado por Villalta, Espronceda, Vega y otros conocidos literatos. Vencieron, no sin dificultad, estas ideas, abriéndose camino hasta la misma Gobernadora del Reino; y llamado por ella á presidir sus consejos D. Francisco Martinez de la Rosa, no tardó el Estatuto Real en echar (al decir de su autor) el cimiento de nuevas instituciones. El Duque de Frias, llamado por su clase, en virtud de aquella ley, á tomar parte en el Estamento de Próceres, lo hizo con el gozo que era de suponer en quien veia halagados de este modo sus más antiguos é íntimos instintos, á la vez aristocráticos y liberales; y el mismo que, por delicada salud y exagerada aprension, se mostraba á veces pusilánime por extremo, no sólo formó parte de la comision que habia de examinar las cualidades de los Próceres natos,

proponiéndose asistir como tal desde el principio á las sesiones de la nueva Cámara, sino que tuvo, en medio de la más horrorosa consternacion que la proximidad del cólera derramaba por aquellos dias en Madrid, bastante presencia de ánimo para hablar alegremente de ella en la única composicion del género festivo que de él hemos visto, y para felicitar en un bello soneto por su nombramiento de presidente del Estamento de Próceres al Duque de Bailén.

Abandonó sin embargo este proyecto para trasladarse á Paris con el cargo de embajador; y fué notable coincidencia que el mismo que en 1820 habia utilizado en favor de la causa liberal española, como ya hemos dicho, los recuerdos y simpatías de la aristocrática Inglaterra, viniese, quince años despues, á procurar á la legitimidad del trono español y á las recientes instituciones representativas el apoyo moral y material de la democrática Francia. Cómo lo hizo no es de nuestra competencia examinar ahora, perteneciendo aún todas aquellas negociaciones al secreto del Ministerio de Estado; y en verdad que nos lamentamos de que no nos sea lícito publicar algunos de sus despachos, los cuales, al decir de las gentes entendidas, pueden pasar por dechado de diplomática doctrina, de erudicion histórica y de castizo y elegante lenguaje. Por lo que hace al éxito de sus negociaciones y á la recta intencion que las guiaba, puede ser muestra el trascendental tratado de la Cuádruple Alianza, ajustado por aquellos tiempos, en que tomó no escasa parte.

Documento diplomático el que nombramos, á cuyas estipulaciones se otorgó al principio sobrada confianza, y á cuya ineficacia se ha querido dar luégo extremada censura. Cúpole á él, como á las más de las cosas humanas, la suerte de ser abultadas por la esperanza cuando áun pertenecen al dominio de lo futuro, y empequeñecidas por la realidad ó por la crítica cuando llegan á la jurisdiccion de lo pasado;

pero, grande ó pequeño el convenio de Lóndres, eficaces ó impotentes sus resultados, será siempre un testimonio poderoso del buen deseo y no escasa importancia de sus negociadores.

Las cosas de España en tanto bajaban con rapidez la pendiente á que desde el principio se inclinaron. Las bandas carlistas, convertidas en ejércitos numerosos y aguerridos, daban calor y pretexto en las ciudades á las turbulencias, que entónces principiaron á llamarse *pronunciamientos*. Éstos, á su vez, engrosaron de una manera pavorosa las filas enemigas: como acontece en el cuerpo humano, que, coincidiendo enfermedades diversas, encrudecen y agravan recíprocamente los dolores, y postran de consuno al paciente. La opinion pública no hallaba á todo ello más eficaz remedio que la intervencion extranjera; y el gabinete de Madrid, arrastrado por esta fuerza, apoyaba una y otra vez su demanda á los extranjeros en las controvertidas cláusulas del tratado de Abril. De nuevo haremos punto aquí en la narracion de sucesos que el aficionado á los estudios políticos no vendrá de cierto á buscar entre estas noticias; pero razonable es que quien dé importancia á los sucesos biográficos considere cuán difícil y espinosa era la posicion de nuestro poeta, siendo, como embajador en Paris, á la vez medianero entre ministros y amigos suyos, que reclamaban auxilios inasequibles y poco gratos á su patriótica altivez, y el gabinete de las Tullerías, que rechazaba constantemente su demanda, satisfecho como estaba meramente con haber adquirido casi á remolque una solidaridad con Inglaterra, y no inclinado, por otra parte, á malquistarse con las potencias del Norte, iniciando ya aquella política de *paz á todo precio*, que tan cara costó luégo á la dinastía de Orleans.

Bueno es saber, con todo, y á nosotros necesario consignar, que el Duque ante los ministros españoles llevó su re-

pugnancia hasta aconsejarles, en el despacho de 16 de Junio de 1835, que, sin demandar cooperacion extraña, pusiesen sólo la vista en las vicisitudes interiores y apelasen y áun impulsasen el entusiasmo nacional, aunque fuese dando ensanche á las instituciones vigentes, con riesgo de alguna momentánea perturbacion del órden. Y al par que esto, ante el gabinete de las Tullerías se mantuvo con tanta dignidad, que llegó á decir, como refiere en su despacho de 9 de Setiembre, que preferia ver el trono de la Reina derribado, que envilecido á fuerza de concesiones; porque, en el primer caso, era hacedero el restaurarlo, lo cual en el segundo era imposible. Así en aquellas difíciles circunstancias acreditó nuevamente el Embajador español esos rasgos que con tanta repeticion hemos señalado en su carácter, la hidalguía de sentimientos y el entusiasmo patriótico: de qué manera probó sus dotes literarias en sus importantes y frecuentes despachos, es ya cosa, dado que fuese lícita, sobrado difusa.

Derrocados á poco del poder los amigos y el partido del Duque, se apartó éste de la embajada; cerrado luego el Parlamento, roto más tarde el Estatuto y conculcado el Trono en la desenfrenada bacanal de la Granja; restaurada allí á deshora la Constitucion de 1812, la misma que el Duque en dos ocasiones distintas habia tan noblemente defendido con su espada y con su consejo, no se busque el nombre de nuestro autor en aquellos anales políticos. Ellos no hablan más que de una lucha fratricida, lucha con el cañon y el fusil en los campos, lucha hasta con el puñal en las ciudades. El antiguo coronel de Pavía no tenia ya edad ni salud para participar de las glorias de aquella, ni en estotra le permitian tomar parte sus templadas opiniones y su apacible índole.

De cierto se le encontrará entregado al estudio de los fastos de nuestra patria, como lo acredita su ingreso en la Academia de la Historia, verificado á la sazon, y el género de

una leyenda que por entónces compuso, en la cual, á más de sus dotes peculiares de grandilocuencia en la versificacion, nobleza en los sentimientos y liberalismo en los afectos, se notan dos caracteres especiales, á saber: más escrupulosa nimiedad en los detalles históricos, como quien está entregado á la lectura de crónicas y códices antiguos: y formas poéticas libres y desusadas, como quien se deja influir por su reciente trato con los literatos franceses.

¡Privilegio antiguo, por no decir providencial destino de la Francia, inocular sus doctrinas, sus costumbres y sus escritos en otras naciones, y singularmente en la nuestra, hasta cuando no puede sojuzgarla ó cuando no se presta á defenderla con el poder de sus armas! Así es la verdad: en los dias de que hablamos, los principios, ó por mejor decir, la carencia de principios, que Víctor Hugo, Dumas y otros habian calificado con el nombre de romanticismo, invadian nuestra literatura, comenzando por enseñorearse de nuestro teatro. No sólo autores á la sazon nuevos, como Larra, Hartzenbusch, García Gutierrez y otros, ganaban de improviso y como á la escalada un alto puesto en nuestra escena, mezclando en sus obras las formas románticas de allende el Pirineo con los asuntos de la historia patria y la galana versificacion de Rojas y de Moreto, sino que tambien los que estaban en tranquila posesion del favor popular, como Breton y Gil de Zárate, en virtud de los títulos que habian heredado de Moratin y de Quintana, se veian forzados á defender su propiedad con argumentos sacados de las crónicas de Fernando el IV y de Cárlos II; y en fin, lo que es más, los príncipes mismos de nuestra escena que, á la manera de Sófocles y de Voltaire, habian recientemente puesto la mano en la corona de Edipo, movian ahora ruido con el levantamiento de *Aben-Humeya* y la *Conjuracion de Venecia*. Llevaba entre éstos la bandera, y para valernos de su expresion, cedia á

La fuerza del sino D. Ángel de Saavedra, recien heredado en el ducado de Rivas, no sólo porque el drama á que dió aquel título andaba más que otro alguno en boga por todas partes, sino tambien porque con sus romances históricos y leyendas extendia las nuevas doctrinas literarias á otros ramos de la poesía.

Grande analogía existe entre el Duque de Rivas y el poeta cuya vida apuntamos. Ambos habian regado con su sudor y su sangre los memorables campos de Ocaña, ambos amenizado con su trato y sus versos la culta sociedad de la sitiada Cádiz, á los dos habia comprendido en Sevilla igual proscripcion al derrocarse el sistema constitucional, una misma urna tambien habia recibido sus votos en el Estamento de Próceres al restablecerse el gobierno parlamentario, igual la jerarquía social, el mismo grado en la milicia, no desemejante amor al saber, casi la propia afabilidad en el trato, si bien todo con las naturales diferencias que trae consigo la diversa índole de cada cual, ó á veces imponen el apremio de las circunstancias y la corriente de los partidos. El Duque de Frias más aficionado al retiro del hogar, el de Rivas más ávido del social aplauso, aquél erudito, éste orador, ambos noblemente ambiciosos de gloria. Obtúvola el uno con la fijeza de sus opiniones, y el otro á traves del contínuo vaiven de las vicisitudes. No es extraño, pues, que un mismo héroe, *Juan de Lanuza*, inflamase el estro de los dos amigos, y que la desastrosa muerte del noble Justicia de Aragon diese en distintos tiempos asunto al romántico Duque de Rivas para una tragedia clásica, y al de Frias, clásico hasta entónces, para una leyenda romántica.

Nosotros, que consideramos las obras de éste meramente como datos de su biografía, es bien que señalemos en la que nos ocupa, á más de las particularidades de que ya hemos hablado, otra muy notable, cual es: un decidido empeño

en separar la causa de los antiguos defensores de las libertades y la de estotros que en lo moderno, al decir del poeta:

> Sin gloria alguna
> Llamaron libertad al vasallaje
> Impuesto por su audacia ó su fortuna.

El partido á que esta alusion se refiere, y que á la sazon gobernaba, no lo hacia, con todo, de manera tan absoluta, que no se abriesen paso doctrinas é instituciones conservadoras. Á la Constitucion de 1812 se habia seguido la del 37, en que se daba ya cabida á una Cámara alta. Á ella fué llamado nuestro Duque por designacion de los electores de Leon, y en ella se dedicó á los trabajos legislativos más con el celo de neófito que con la tibieza de escarmentado.

No le habia adornado Dios con dote alguna para la elocuencia: era su estatura pequeña y sobrado recia, afeada además con cabello postizo y con un extraño, si bien pulcro, atavío, que usaba llevado de la manía de abrigarse por extremo; la voz, débil siempre, cascada ya, é interrumpida por la dolencia del pecho que le aquejaba, desentonada un tanto por la falta de oido que padecia; su ademan, aunque siempre noble, á las veces sobrado familiar: y á pesar de ésto era escuchado con deferencia y hasta con gusto, no sólo porque su lenguaje era correcto y castizo, su decir erudito y ameno, y su raciocinar original y á veces peregrino, sino porque le allegaban gran autoridad la nobleza y patriotismo de sus sentimientos, lo reconocido y notorio de sus servicios, lo inflexible y á la vez templado de sus opiniones. Él podia decir con razon al Senado lo que un abuelo suyo al Emperador Cárlos V: *Reparad que, aunque soy chico, peso mucho.*

Á decir verdad, ni aquella Cámara ni las Córtes mismas eran de gran peso á la sazon en la balanza de las cosas públicas; porque, soliviantado el territorio por facciones contra-

rias, disputado el Trono y agitados los pueblos, no residia la autoridad moral sino en aquel que tenia en su mano fuerza material para dominarlos ó defenderlos á todos, y que de vez en cuando arrojaba en esa insegura balanza la pesadumbre de su espada, con exigencias, á guisa de manifiestos ó consejos, que torcian á su gusto y talante la voluntad de la Reina Gobernadora.

Una de semejantes exigencias levantó al poder al Duque de Frias en 6 de Setiembre de 1838, y otra igual le derribó tres meses despues, sin que su ambicion intrigase para conseguir lo primero, ni su conciencia transigiese para evitar lo segundo.

Cuando, por las diferencias entre el general Espartero y el ministerio de que formaban parte los Sres. Mon y Castro (luégo Marqués de Gerona) y que presidia el respetable Conde de Ofalia, se vió la Regente en el caso de reemplazar á éste por un hombre que no se hubiese hasta entónces encarnizado en las luchas políticas, y cuya integridad estuviese á prueba de la procacidad de los partidos, la eleccion recayó, no injustamente, en nuestro Duque. Su único acto, por decirlo así, trascendental, es tambien el mismo que le arrojó del poder. Sea que ansiase poner el centro de la Península á cubierto de las correrías enemigas, sea que aspirase á buscar algun contrapeso á las exigencias, cada vez más apremiantes, del General en Jefe, ello es que confirió, sin anuencia de éste, la capitanía general de Castilla al General Narvaez, autorizándole á extender hasta 40,000 hombres el pequeño ejército de reserva que este caudillo acababa de organizar con prontitud y perfeccion casi milagrosa. Esta medida, y el plan de campaña que la acompañó, desagradaron al de Luchana, que puso inmediatamente á la Gobernadora en el trance de optar entre su retirada ó la del gabinete. La resolucion no era dudosa, y el Duque de Frias hubo de entregar

que, á imitacion de los antiguos de Tolosa de Francia, realzasen á la vez á los ingenios que recibian el premio y á la mano augusta que lo dispensaba.

En una de estas memorables solemnidades, la Reina, que apénas contaba entónces doce años, recompensó con una medalla de oro á nuestro ilustre poeta, en galardon á su canto de *Felipe II*, la más importante, si no la más perfecta, produccion de su ingenio. Á ella se puede aplicar cuanto hemos dicho, hablando de la leyenda de *Juan de Lanuza*: la misma erudicion histórica, igual intencion crítica; pero áun es mayor aquí el empeño del estudioso Duque en perseguir y vencer las preocupaciones históricas, propagadas por el espíritu de partido. El Monarca de San Quintin y de Lepanto halla en el prócer español un celoso apologista; el autor del *Panteon del Escorial*, un implacable censor, y las calumnias de los novelistas franceses, en mal hora adoptadas por la musa castellana, están allí combatidas y aniquiladas. Fué muy de ver, en medio de lo más florido de la corte, ante el trono de una Reina niña, con todo el esplendor de la majestad y de la inocencia, cuando se presentó el Condestable de Castilla, ostentando el hábito de Calatrava casi heredado de sus mayores, las divisas conquistadas en la guerra de la Independencia y el toison ganado en las Embajadas; y sin embargo ménos ufano de todo ello que de ponerse en la fila de los laureados y de recibir el galardon recabado por él á favor del anónimo. Así fué que al dar luégo á nombre de todos las gracias á aquella coronada niña, cuyos derechos habia defendido con la espada y cuyos abuelos acababa de vindicar con la lira, en muchos asomaron las lágrimas, en todos brotaron los aplausos.

Miéntras tanto el reflujo de la política comenzaba á moverse contra el nuevo Regente. Barcelona, antiguo teatro de su popularidad, se levantaba contra su poder, y las fuerzas

del ejército bombardeaban la industriosa metrópoli del Principado. El Duque, que á la sazon celebraba en un convite su triunfo del Liceo, el dia mismo aniversario de la muerte de Cárlos III, aprovecha estas coincidencias en un soneto, único improvisado que de él conocemos, y que es una ligerísima y compendiada muestra de sus dotes distintivos de patricio y literato.

Al levantamiento de Barcelona siguióse la division del partido que entónces dominaba, la violenta oposicion de las Cortes, la liga entre estos descontentos y los derrocados tres años hacia, las revueltas, en fin, que arrojaron á Espartero del poder, como ántes habia caido la Gobernadora; pero ausentes ambos, y conturbado moral y materialmente el Reino, todo era confusion y desórden; no faltaba quien pretendiese la vuelta de uno y otra. Estos apellidaban Junta Central, con esperanza de constituir una república federativa; aquellos soliviantaban los ánimos, hablando de nueva eleccion de regencia. Una opinion sobrenadó en este mar revuelto, y produjo luz entre aquella confusion tenebrosa: la de declarar mayor de edad á la Reina niña, que yacia á la sazon como abandonada en el trono y en el hogar.

Esta esperanza y este deseo inspiraron á nuestro Duque sus composiciones *El Rey San Fernando* y *Al Tajo*, que son las últimas que tienen importancia política, y que cierran de una manera religiosa y digna la carrera pública y literaria del prócer castellano. En efecto, el que en Daroca y Segorbe habia aconsejado á Fernando VII la adopcion de instituciones liberales, el que en medio del polvo de las batallas consagraba sentidos versos al trono abandonado y á la libertad naciente, concluia de una manera noble y oportuna su carrera, saludando el advenimiento de la hija de su Rey al solio de San Fernando. Y el que desde la *oda á Pestalozzi* habia seguido la doctrina de que los poetas deben acompañar á las

sociedades en su movimiento, formular sus creencias y consignar sus hechos, era consecuente terminando sus cantos cuando se consumaban los dos sucesos más importantes de nuestra historia contemporánea, á saber: el restablecimiento de las leyes de sucesion, que han elevado al trono á las Blancas y á las Isabeles, y la adopcion de instituciones representativas por una nieta de S. Fernando.

Desde entónces todo decae en nuestro Duque; su mision estaba terminada: las fuerzas le abandonan, sus dolencias se agravan cada dia, su imaginacion se asombra y algunas veces casi se acongoja, un secreto y santo presentimiento le anuncia su fin. Á prepararse á él consagró desde entónces sus estudios y su retiro: él tambien, como Juan de Padilla, habia peleado como caballero y queria morir como cristiano. Ni era ésta difícil empresa para quien, áun cuando nacido en el siglo anterior, no adoleció nunca del impío filosofismo que éste nos dejó sembrado; y aunque colocado en la cumbre de la sociedad presente, no alimentó jamás su corazon con la escéptica sed de oro y de placeres que es fruto de aquella semilla. Ántes, por el contrario, en medio del humo de las batallas y de la natural licencia de los campamentos, habia conservado las prácticas más tiernas de religion y de piedad que le enseñó su madre. Entre los afanes de altos cargos políticos y las distracciones de una vida necesariamente fastuosa, no habia olvidado un solo momento lo que debia al nombre de sus padres, ni ménos mancillado la pura integridad de su conciencia. Fiel á los preceptos de la recta filosofía y del pundonor militar, no habia puesto una sola vez su pluma ni su espada en lucha con sus convicciones. Al traves, en fin, de bandos encarnizados y discordias civiles, no habia acibarado con la levadura del odio la afable condicion de su caritativo carácter.

Así es que, al sentir cascado el frágil y miserable vaso

que encerraba su espíritu, más fácilmente se levantaba éste á su Criador; y al conocer próximo el momento de unirse á Él, reunió en torno de su lecho á su familia toda, la amonestó como caballero, la bendijo como padre, y la dejó con el ejemplo una herencia que vale harto más que las riquezas, legando á sus hijos los antiguos y conocidos títulos á que él habia añadido nuevo esplendor con la hidalguía de sus acciones, con el brillo de sus escritos, con la pureza de su vida, con la santidad de su muerte.

La Real Academia Española, á quien el poeta habia pagado con usura la temprana benevolencia con que abrió sus puertas años atras al jóven heredero de los Marqueses de Villena, siguiendo en ello una costumbre entónces generalmente practicada, y ahora en desuso en los cuerpos científicos; la Academia, que habia visto justificada su distincion al Conde de Haro con las honras que las corporaciones doctas, nacionales y extranjeras, prodigaron al Duque de Frias en su larga vida, sin ser parte en ellas su alta jerarquía, dado que la modestia del Autor no la hacia valer, y áun la ocultaba á veces bajo el velo del anónimo, como en los juegos florales del Liceo; la Academia, decimos, oyó con justo y merecido dolor que el 28 de Mayo de 1851, á las dos de la madrugada, habia perdido uno de sus más ilustres miembros.

Avaloraba su sentimiento la circunstancia de sentarse á la sazon en los primeros puestos de la Academia D. Francisco Martinez de la Rosa y D. Juan Nicasio Gallego; es decir, aquellos mismos que durante una larga vida habian estado íntimamente unidos al Duque con los vínculos de una amistad, ilustrada con el estudio y santificada con la desgracia.

Poblaban además los bancos de nuestra corporacion personas tan distinguidas en el afecto del poeta, que las más han sido mencionadas por necesidad en estas noticias. Los demás daban al prócer, al repúblico y al escritor el tributo digno de amigos y de compañeros. Por otra parte, pocos meses hacia que el Duque, como satisfaciendo una suprema deuda de gratitud, habia hecho en la Academia uno de aquellos alardes de erudicion y patriotismo á que era su ingenio tan inclinado, y áun resonaba casi en el corazon de todos la voz, cascada ya, por no decir moribunda, con que en la Junta pública de 13 de Enero de 1850 habia hablado á nombre de la Corporacion que ahora lamentaba su muerte.

Con todo, no en el primer momento, sino pasado espacio bastante, dió en la Junta de 30 de Octubre comision á algunos de sus individuos para que recogiesen las poesías del Duque y preparasen la edicion presente, escribiendo además al frente de élla una noticia biográfica del autor. Hase cumplido el acuerdo de la Academia por lo que hace á lo primero, no sin mucha dilacion y trabajo, de que pueden ser excusa las vicisitudes de los tiempos y el poco aprecio en que el Duque tenia sus propios escritos.

En cuanto á lo segundo, es decir, á las noticias de su vida, bueno será sentar que son obra exclusiva de uno solo, y ese el ménos digno; hecha además sin la presencia de indispensables libros y documentos, y léjos del consejo de sus compañeros. Séale, pues, á éste permitido decir por su cuenta dos palabras no más para concluir.

El Duque de Frias, pundonoroso caballero, liberal constante y poeta entusiasta, perteneció además á un partido, profesó determinadas é invariables opiniones: ellas dirigieron su vida desde el campamento hasta el ministerio; ellas, casi sin excepcion, inspiraron todos sus escritos. No es mucho, pues, que al narrar la una ó analizar los otros, el color polí-

tico haya teñido algun tanto la pluma. Si en esto hay exceso ó error vituperable, toda la responsabilidad la reclama para sí voluntariamente el autor de estas noticias: el cual, por otra parte, harto desgraciado habrá sido si, escribiéndolas con lágrimas, no lo ha hecho con la serena y fria imparcialidad que merece el respeto de la Academia Española, del que en todo caso no hubiera querido excederse más que para honrar la memoria de aquel á quien amó casi con ternura de hijo y admiró con veneracion de alumno.

Paris, 20 *de Febrero de* 1856.

MARIANO ROCA DE TOGORES,
Marqués de Molins.

A ENRIQUE PESTALOZZI [1].

ODA [2].

No es eterno el error. La ansiada aurora
De la sana razon en dulce dia
Llegó á brillar. El alma pensadora
Rompió en un tiempo la tiniebla horrible
Que á la ciencia y al hombre dividia;
Mas luégo que Natura
Vió agitar á sus hijos fascinados

[1] Enrique Juan Pestalozzi nació en Zurich (Suiza), en 12 de Enero de 1745, y murió en Brougg, en 27 de Febrero de 1827. Incansable filántropo, dedicó su saber, su hacienda y su vida toda á mejorar la educacion de las clases pobres, con un sistema de *enseñanza mútua*, parecido al conocido con el nombre de lancasteriano.

[2] Impresa por Repullés, en Madrid, en 1807.

Con vana discusion la incierta mente,
Y así perder irrecobrables horas,
Huyó la vista y encubrió la frente.

Perdido, inútil fué su afan: en vano
Por falsa senda la verdad hermosa
Creyó alcanzar su espíritu gigante
Con paso débil de medroso infante.
Pero nació Bacon...— Permite, oh Clio!
Que flores vierta y llanto delicioso
Sobre su noble tumba,
Y que le mezcle al Támesis undoso,
Que al piélago entre glorias se derrumba.
Nace Bacon; y el hombre, endurecido
En su necia altivez, desprecia y odia
Lo que su bien y su delicia fuera.
Corren dos siglos, y su ingenio entónces
Á lucir comenzó; y el mundo entero,
Como el pastor por el verdoso ejido
Mira aterrado en noche tenebrosa
Con ráfagas el cielo enardecido,
Y del monte la cumbre
Al trémulo fulgor de opaca lumbre;
Así mirara el suspirado dia

Que el rayo del saber hirió su frente,
Entre la que cubria,
Densa tiniebla, la razon naciente.

Newton, Lock, Condillac, el árdua senda
Tambien hollaron con gloriosa planta;
Y Vives, Herder, Kant, y aquel que, sabio
Cual ninguno, en la Helvecia se levanta,
Al mortal ignorante
Enseñan á pensar. Los férreos grillos
Quebranta, osado, del terror, que preso
En su lóbrega cárcel le oprimia;
Y el ingenio fecundo
Despliega y bate el ala presurosa
Por la ancha redondez del vasto mundo.

Nada entónces se oculta
Á su eterno observar: la borrascosa
Mar le presenta rumbos y regiones;
La planta, el mineral, la tierra, el cielo,
Todo se humilla á su saber profundo;
Y la madre Natura
Dijo, al darle de sabio el alto nombre:
«Siglos pasados, contemplad el hombre.»

Díctame y cantaré, Númen divino,
Si á la empresa bastar puede tu aliento.
Oh Stanz[3] ! Oh Iverdun ! Oh sabio Enrique !
Cómo al nombrarte conmoverme siento!
Oh si yo fuese !... Pero hablad, hermosas
Ciudades de la Helvecia,
Nobles rivales de la culta Grecia;
Hablad por mí, pues escuchais gozosas,
En verdes grutas y floridos prados,
Del Genio sin segundo
Los ecos celebrados.
Gloria, gloria al mortal! Gloria á su nombre!
El piélago profundo
Mueva con prestas, apacibles olas
Las naves españolas,
Que lleven su invencion al Nuevo-Mundo;
Y sepa que en el punto en que preciado

[3] El primer instituto que, tras largos padecimientos, logró fundar bajo la proteccion del gobierno suizo, fué en Stanz (1798), con los huérfanos que la guerra habia dejado en el asolado canton de Unterwald; luégo otro más considerable en 1804, en Iverdun, adonde muchos gobiernos enviaron jóvenes que aprendiesen su método, adelantándose á todos el nuestro.

Te ves, y empiezas á gozar el premio
De tu larga fatiga,
Ya lo consagras á favor del hombre
En eterno padron que al tiempo diga:
«Respeta, asolador, de Enrique el nombre[1].»

El triunfo es de mi patria, pues primera
Fué en adoptar el método divino
Que el sonoro Maron cantar debiera.
Oh dignos hijos del sublime Enrique!
Jóvenes españoles!
La esperanza seréis do mire ufano
Nuestro valor guerrero
Su brillo renacer, y el orbe entero
Mirará enmudecido
De vuestros triunfos la inmortal hazaña.
Venid conmigo, recorred la España,
Veréis los monumentos
Que nos recuerdan ínclitas victorias
De tantos héroes, que á la patria amiga,

[1] Pestalozzi destinó el producto de la venta de sus obras al establecimiento de un hospicio para pobres huérfanos, en el cual se les enseñaba su método y un oficio.

Ya quebrantando la árabe cadena,
Ya rechazando al galo belicoso,
Y ya venciendo, en fin, gente enemiga,
Darla lograron lustre esplendoroso.

Ved á Híspalis hermosa,
Ved al plácido Bétis, que en su vena
Corre de sangre mora colorado;
Ved á Leon y á Búrgos y á Toledo:
Contemplad y admirad. En sus recintos
Fueron los héroes que la patria viuda
Hoy llora con dolor; sólo su nombre
Puede evitar la ruina desgraciada,
De que há tanto se mira amenazada.

Sí, Jóvenes preciosos,
Vuestra esperanza su esperanza escuda.
Las armas os ceñid con valentía,
Y Europa os tiemble cual ardiente rayo,
Bajo el pendon triunfante de Pelayo.
Y si á la mar vuestro ardimiento os guia,
Á los buques volad; y admire el mundo
Que si hubo un tiempo Laurias y Bazanes
Para terror de las extrañas gentes,

Ilustres capitanes
Huellan hoy los iberos entrepuentes.

Huya de Hesperia, en fin, la niebla vaga,
Y el sol de la verdad gozar no impida,
Y artes y ciencias su brillante egida
Al torpe olvido opongan que la amaga.
Á su luz recobrado
De mi nacion el esplendor se vea,
Y á Pestalozzi la alabanza sea.

Nunca, oh Genio! te asombre
El rápido rodar de las edades,
Todo arrastrando en su veloz carrera.
Homero vive aún; siglos y siglos
Corrieron ya sobre su excelsa tumba,
Y al pronunciar su nombre,
El eco sonoroso:
Homero! y *gloria!* sin cesar retumba.

Así tambien, bajo el cipres sombrío
Que cubra tus cenizas respetadas,
Tu gran sabiduría
Los pueblos cantarán; y al ver alzadas

Del hijo dulce las votivas manos,
La madre congojosa,
Flores y aromas y copioso llanto
Vertiendo triste, y levantando al cielo
Su rostro, imágen de dolor y espanto,
Exclamará, del mármol abrazada,
Con mortal agonía:
«Vuélveme, oh cielo! la esperanza mia.»

1807.

A CASINIO.

EPÍSTOLA [1].

CASINIO, á ti, que en tu amistad me diste,
Si no el estro feliz que endiosa al vate
(Precioso don que te otorgó Natura),
Al ménos imitarte, y desde léjos
Poder seguir tu polvorosa senda
Si, recobrando la sonante lira,
Yo acertara á vibrar las cuerdas de oro;
Á ti mi canto con placer llevara.
Bien sabes que otro tiempo los amores

[1] Esta epístola se escribió, en la fecha que se expresa, á un amigo (el Sr. D. Juan Nicasio Gallego), electo diputado para las presentes Cortes generales y extraordinarias; pero las ocupaciones del autor, y la falta de quietud para imprimirla, han retardado lo que siempre pensó hacer, únicamente por dar, á quien se dirige, un testimonio mas público de amistad. (*Nota del Autor en la edicion de* 1812.)

Logré decirte, en métricas dulzuras,
De la voluble Amira, que faltando
Á aquella fe que me juró otros dias,
En los balances de la suerte pudo
Débil ceder, cual tembladora rama
Que se doblega á la merced del viento.
En vano fueron los suspiros mios
En alas de los céfiros llevados
Sobre la cumbre que en marmórea nieve
Fija el imperio de las dos Castillas;
En vano, pues, sus cavidades hondas
Los tristes ayes por mi bien ocultan;
Pues la ninfa doliente despreciada,
Querellando el desman de su mancebo,
Por todas partes los sonó mil veces.
Entónces fué cuando, al dolor postrado,
En brazos de amistad que me cediste,
Donde acallar y adormecer mis ayes,
Lancé de amor el postrimer suspiro;
Y si muerto al amor, vivo á tus voces,
Recobrar pude la quietud perdida.

Empero no el amor, la noble gloria,
La patria, la amistad solas hicieran

La mano incierta traducir los sones,
Que á ti sublima mi insonoro número,
Hoy que la España quebrantar procura
De infanda servidumbre vil cadena,
Que el nuevo Atila, hidrópico del crímen,
Alzado en pié sobre el sangriento trono,
Diciendo en bronca voz *esclava sea*,
Lanzó procaz de sus horrendas manos:
Cadena que, sonando estremecida
Á un tiempo mismo en el hispano suelo,
La sonaron tambien los anchos mares;
Y en la region occidental sonando,
Y estremeciendo por do quier se escucha
Con sonoro pregon dando el *alarma*,
De Iberia inflama los valientes hijos.

«Guerra! Guerra no más! Guerra!» resuenan
Los campos y los templos; en talleres
De armas y fuego convertirse via
De Céres la mansion, inerte el yugo,
La bienhechora esteva, el corvo arado,
Y mies que un año de afanar costaba,
Vírgen librada á la vejez del tiempo.
Ya se acaba el hogar, ya de la sangre

La irresistible fuerza; el hijo olvida
Su inconsolable madre; amante esposo
Su consorte feliz; y áun abandona,
El que copa de amor apénas gusta
Sobre el lecho nupcial, el bien ansiado:
Todos acorren á salvar la patria.

No de otra suerte el piélago espumoso
Muestra la onda lejana al horizonte,
Que rápida corriendo, embravecida,
Líquida cumbre, impávida se ostenta,
Y osada arroja ponderosa nave
De su espumante vagorosa espalda;
Cual burlaron las artes del tirano
Y las haces feroces no vencidas,
Con que, déspota, quiso nuestros hierros
Clavar, y eternizarnos en oprobio.
¿Qué mucho, pues, llevando en alta empresa,
Libertad por divisa generosa!
¿Qué mucho, pues, si todos exclamaban:
Salvar la patria ó perecer con ella!

Dias de salvacion! Dias de gloria!
Vuestro curso pregona eterna fama!

¡Felices son los que su luz gozando
Por su ventura están! Recuerda, oh Musa!
¡Cuántos doblaron la cerviz al yugo,
Cuántos el cuello á la feroz cuchilla,
Por invocar la libertad!... Que España
No lloró siempre, en la viudez deshecha,
Hijos que tibios la coyunda vieron;
Que á par las plantas ponzoñosas, nacen
Bienhechoras tambien; y en el recinto
Donde nace el esclavo, nace el libre. —
Libre! Nombre más grato á mis deseos
Que el raudal al cansado caminante,
Cuando corre las áridas regionès
Del África abrasada; más que Febo,
En la estacion que el ábrego destroza
La verde pompa de la madre selva,
Al industrioso agricultor; más grato
Que al amante celoso, complacido,
Tierna sonrisa de su dulce amada.
Libre! Nombre feliz! El hombre libre
Entre el tropel de míseros esclavos
La noble frente varonil ostenta,
Cual entre el musgo y la deforme encina
La palma eleva con hermoso orgullo

De Jove á la mansion lozana cumbre;
Que por más que huracan crudo combate,
Ni su constancia ni altivez depone.

La esperanza es su Dios; por la esperanza
El despotismo á contrariar se atreve;
Y si al poder tiránico sucumbe,
Sucumbe libre, pero nunca esclavo,
Y mira en sucumbir su eterno triunfo.
Tales cayeron en infaustos dias
Padilla audaz, impávido Lanuza.
La patria los lloró; sus nombres viven,
Y con gloria y virtud y digna fama
Ejemplos nobles de constancia ofrecen.
Ya emulados están. Vimos las haces,
Cual polvo que aquilon levanta rudo,
Deshechas, ay! — y á la marcial pelea
Una y mil veces retornar se vieron,
Anhelando tornar... Ramados bosques
Dríadas ocultaron fugitivas,
Nuestro desman llorando; las corrientes
Sus Náyades hundieron en los cauces,
Ya de contento y de esperanza viudas.
Entonce, es fama que sonar se oyeron

Las de aurífero Tajo, en nobles voces :
«Todo cede al teson: en tus desgracias,
Patria querida, la esperanza nuestra
Vemos nacer; el execrable trono
Del Genio atroz, devastador del mundo,
Desquiciarse verás; rotos los ejes
De su estallante carro, sus bridones
Desrendados serán; que insano, ciego,
Resonando sus látigos, rodando
Vendrá á chocar en la marmórea meta;
Y esa tú lo serás... » —Empero, amigo,
¿Cómo arrestar al invasor torrente
Sin leyes bienhechoras? ¿Cómo el fuego
Del patriotismo sostener, ay! cómo,
Sin que desde Pirene hasta los Andes
Una sola familia España sea?

Leyes y libertad la patria pide.
Su prez es el valor, su doble escudo
La irrevocable voluntad que enciende
Su infatigado combatir, jurando
Arrancar del broquel que el Corso embraza,
De esclavitud la abominable empresa.
Leyes y libertad, mi dulce amigo,

Y el pueblo aclamará: si tú, inflamado
De un númen santo, la señal tremolas
Del bien, tendrás de admiracion tributo,
De tu triunfo inmortal honroso premio.
Céres entónces donará gozosa
De abundancia y placer colmadas trojes
Al generoso habitador de España,
Por premio del afan: será la lucha
Que contra el nuevo vándalo sostiene,
Comienzo heróico de su bien futuro;
Y así como la guerra desolante
Fué en nuestro daño, paz desconocida
Á la naciente juventud daremos.

Sí; ya lo anuncio yo: tierno, sensible,
Mi noble amigo á los fervientes ayes
Del español acorrerá, y alzado
En medio el Foro nacional, difunde
De la verdad las sacrosantas voces.
Yo le escucho decir: «Oh patria mia!
Cayeron ya tus bárbaras cadenas,
Y tus tiranos fueron; sí, la gloria
Y tu jurada libertad te encienden
Con volcánico ardor, cual este pecho

Hoy á las voces de tu amor se inflama.
Serán tus leyes tresdoblado escudo,
Donde embotado el opresor cuchillo,
Baldon eterno de la mano sea,
Agresora procaz. Jamás los tiempos
Tornes á ver, en que servil, atada
Con cien grillos, tus dueños te arrancaron
Del esplendor de tu gloriosa cuna,
Y en tirana, en imbécil servidumbre,
Con mengua suya criminal, te hundieron.
Yo los vi y maldecí... Serán tus hijos
Los que tu causa y libertad defiendan,
Y esquivarás los que en el ocio muelle
Dejan tu suerte á discrecion del hado...»

No, mi amigo; no, España: por mí juro,
No tan débil jamás podréis mirarme.
Mi pecho antemural preste en buen hora,
Pues el deber y la virtud lo mandan,
Contra el galo feroz; yo, complacido,
Sobre el troton revuelto, que espumoso
Sonoro anuncia la marcial pelea,
El arma al viento blandiré constante,
Que en la flámula trémula pregona

El pabellon de la española gente.
Sí, mi patria, mi amor... — Y tú, mi amigo,
En tanto que las armas ponderosas
Mueve el guerrero, en tu elevado asiento,
Á par de Témis, leyes y costumbres
Promulga en nuestro bien ; la luz divina
Con destello veraz libre te inflame;
Tu lengua desatada nos presente
De la verdad la inapreciable senda;
Y si cantó tu pecho los amores
En dulcísono son, Genio fecundo,
Al susurrar del Tórmes, de Dorila
Al tierno suspirar correspondido;
Hoy más noble que fué, sonoro cante
En la lira eternal del Dos de Mayo[1]
Los que, cediendo, mártires briosos,
Á la segur del Vándalo perjuro,
Por la patria la vida, se remontan
De la inmortalidad al alto templo;
Mas que al lanzar el postrimer suspiro,
Pueden gozosos prometerse un dia

[1] Composicion célebre del amigo á quien se dirige esta epístola.

Será la causa y la nacion salvada;
Será su España la nacion primera
Que entre el terror continental derroque
Al Corso, monstruo colosal, que oprime
Desde el Ródano al Po, del Rhin al Niémen.
Salvacion, libertad serán los dones
Con que galardonarse los afanes
Solamente podrán; entónces grata
La dulce paz nos llevará gozosa
Al patrio seno del hogar perdido;
Y cuando el mirto nuestras sienes cubra,
Á las esposas repetir podremos:
«Por guardar del amor y las virtudes
Vuestro anhelado virginal tesoro,
Marchamos á arrojar extrañas gentes,
Que arrebatarnos nuestro amor querian.
No salieron impunes: de su sangre
Cubierta España está, y en nuestra mano
Os damos el amor, la paz, la gloria.»

Salve, tiempo feliz. Mi tierno amigo!
Oh! ¡nuestros ojos venturosa miren
Á la indomada patria! Será un dia
En que á la faz de las naciones pueda

Todas juntas valer... Así en los campos,
Cuando con árduo son de guerra infanda
Bronca zumba la trompa de Mavorte,
Y aquí y allí las esparcidas huestes
Se aprestan á la lid; si en noble orgullo,
Fiero, endiosado de su misma gloria,
Y en alarde vistoso se adelanta
Héroe feliz al belicoso frente
Cual númen tutelar, un héroe solo
Un ejército vale todo junto.

Murcia, 1810.

AL DUQUE DE WELLINGTON.

SONETO [1].

Vuelves, oh Duque! á la sangrienta arena,
Á la arena de honor, que al galo espanta,
De la gloria inmortal morada santa,
Y de las huellas de tus triunfos llena.
Cierra, vence, destroza y encadena
Del Vándalo el furor; hunda tu planta
Ese negro padron de infamia tanta,
Y el águila imperial arroja al Sena.
En tanto, empero, que el pendon britano
Por ti en el trono de las lises brilla,
Unido al español y al lusitano,
La ofrenda admite que con fe sencilla
Hoy á la faz del pueblo gaditano
Te dan los Ricos-hombres de Castilla.

24 de Diciembre de 1812.

[1] En un baile que dió la Grandeza de España al Duque en Cádiz.

À LA TEMPRANA MUERTE

DEL

DUQUE DE FERNANDINA.

ELEGÍA.

DEJANDO atras el mundanal estruendo,
Que la verdad y la virtud humilla,
Las márgenes frondosas recorriendo
Del raudal sonoroso
Que en los términos brota de Castilla,
Dije á mi corazon : «En vano, oh corte!
Tu pompa insana mi razon deslumbra.
No me seduces, no: tú las virtudes
Alguna vez entre tus brazos cierras
Y halagas falsamente,
Por darlas opresion, quebranto y guerras.»

Así, embebido el pensamiento mio,
Marchaba lentamente,
Y las dóciles plantas me llevaron

Sobre la fácil cumbre
Donde culto los hombres tributaron
En sus rústicos lares
De Madrid á los Santos tutelares.
Salve, humildad sublime! En vano el tiempo
Te intenta destruir; tu nombre vive,
Y un siglo y otro atravesando, vuela,
Y el galardon de la virtud recibe.
Halléme en fin entre sepulcros mudos...
¿Qué es esto, oh Dios! «Si la verdad anhela
Mi congojado espíritu (decia),
Ve los que ya no son: ellos las leyes
Cumplen en estas urnas sepulcrales,
Que igualan á los súbditos y reyes.»
Con esto enmudecí: la planta incierta
De uno en otro sepulcro me llevaba,
Y confusion, abatimiento y susto
Mis tímidas miradas embargaba.

Empero, del horror convalecido
De agitacion tan cruda,
Diviso una mujer (¿quién es, oh cielo!),
Que á un féretro abrazada, muda, yerta,
Sobre su hijo infeliz gime perdida,

En vano presumiendo darle vida.
Mísera! te conozco! Desolada
En busca de tu amor, no ya tu frente
Orna perla gentil; no ya tu cuello
Purpurino coral; la crencha libre
Vaga confusamente;
Y ya, en vez de vestir el blanco y bello
De la industria oriental sérico fruto,
Poniendo á tu dolor público sello,
Tu talle esconde funerario luto.
Yo te vi en el festin; yo los placeres
Volar en torno de tu planta un dia;
Y en lágrimas deshecha,
Hoy tu opulencia á conseguir no alcanza
Ni el soñado placer de la esperanza.
Tierna madre infeliz! Ah! yo sabia
Que ni alcanzaba á remediar tu llanto,
Ni á disfrazarte la congoja mia;
Y dejé la ciudad: aquesos dobles,
Mudos sepulcros ante mí se abrieron,
Y el rostro vi de mi infeliz amigo.
Yo su voz escuché; que ¡tanto ofusca
La ilusion poderosa
Del bien, que ansioso recobrar se busca!

«Ah! ¡Cuán fuera menor mi horrible suerte,
Si al ménos una vez mi amor gozase
De tan grata ilusion! Ay Dios! el cielo
No deja á mi desvelo
Recurso en el dolor. Yo vi sus horas
Lentamente acabar, la flor lozana
De su inocente juventud marchita;
Y sorda á mi gemir, con mano fuerte,
Á quien yo dí la vida entre mis brazos,
En mis brazos ponérmelo la muerte.
Oh fruto de mi amor! mi llanto inunda
Tus cenizas, sin fin: ellas mezcladas
Con mi llanto se ven; mi llanto sea
El estéril tributo
Con que á ti van mis penas consagradas.»

Da treguas al pesar: los condolidos
Ayes crueles que tu pecho exhala,
Al sentimiento maternal debidos,
Son justos, bien lo sé; naturaleza
Manda á los seres por la sangre unidos

Que vivan en amor: de madre el nombre
Guarda un vínculo tierno, noble, hermoso,
Que desconoce el corazon del hombre...
Mas tambien la amistad, el don divino
Que nos cediera compasivo el cielo,
Tiene derecho al llanto: cariñoso
Tu pecho, en nombre de la prenda amada,
Objeto de tu afan, reciba el mio.
Recíbelo por ti... Tu mal acerbo
Quiera el cielo templar. Ay! ¡Llegue el dia
En que te brinde amor venturas nuevas
Con que tu pena endulces,
Y te quede, y no más, de esta agonia
Tierna memoria entre recuerdos dulces!

Madrid 5 de Febrero de 1816.

À LA MUERTE

DE LA

REINA DOÑA MARIA ISABEL DE BRAGANZA.

SONETO [1].

Cuando, deshecho de Mavorte el carro,
Muestra á Europa la Paz frente serena;
Cuando el eco de amor do quier resuena,
Y oliva ciñe el adalid bizarro;
Al mundo de Cortés y de Pizarro
Sólo el bronce español hórrido atruena,
Y sólo, ay triste! la Discordia suena
Del Miño al Bétis, y del Ebro al Darro.
España áun sufre más: gime, suspira,
Y en la tumba real flores derrama
Á su Reina Isabel, que tanto admira...
Nunca igual descubrió Vasco de Gama!
Nunca Camoens la cantó en su lira!
Nunca en su trompa la sonó la Fama!

1819.

[1] Este soneto fué tan mal recibido por los palaciegos,

á causa sin duda de las opiniones del autor que en él se dejan traslucir, que Arriaza, cantor obligado de la corte, hizo de él la siguiente parodia.

¿Con que, deshecho de Mavorte el carro,
Se guarda hasta otra vez! Noticia extraña!
Mas, cierto, la costumbre es bien tacaña
Para un Dios á quien pintan tan bizarro.
¿Con que la tierra que domó Pizarro,
Arde en bélico fuego! No se engaña!
Pero lo que es en el confin de España,
Más fuego no se ve que el del cigarro.
Al fin toca el asunto que proclama;
Y cual si fuese costa en Negrería,
Dice no la halló tál Vasco de Gama.
Tampoco, porque no la conocia,
La celebró Camoens, ni la Fama;
Que no toca la trompa en profecía.

GUZMAN EN TARIFA.

Á LA EXCMA. SRA. DUQUESA DE MEDINA-SIDONIA.

ROMANCE EPITALÁMICO.

HIRIENDO del sol los rayos
Sobre el bruñido espaldar,
Desarrollando Favonio
De la banda el tafetan,
Junto á una almena el escudo,
Echada la lanza atras,
La mano izquierda en la espada,
En la derecha el puñal,
Levantada la visera,
En fuego ardiendo la faz,
Cuando el cerco de Tarifa,
Así clamaba Guzmán:
«No piense la gente mora
Que á mí me puede doblar,

Ni que ofertas ni amenazas
Mi constancia vencerán,
»Ni que el lustre de mi fama
Logre jamás empañar,
Aunque forje más mentiras
Que contiene su Koran;
»Que en vano paces me ofrece
Quien fe no sabe guardar,
Y que obedece á traidores
Contra mi rey natural.
»Id, y decidle en mi nombre
Al apóstata Don Juan
(Pues no es cristiano quien sirve
En los pendones de Agar),
»Que si mancha el vil acero
En la sangre filial,
Más pesa el Rey que la sangre :
Lo sabe Alonso Guzmán.
»Que allá en los siglos remotos
Tal accion ha de durar
Como blason de su crímen,
Como timbre á mi lealtad;
»Que impresa siempre en mis hijos,
Jamás me desmentirán

Al recordar que mi sangre
En sus venas correrá.
»Ellos llevarán mi nombre
Á la más remota edad,
Y la senda que camino,
Su constancia guardará.
»Vivirán entre los buenos,
Con los buenos se unirán,
Y morirán como buenos
Cuando deban acabar.»
Entónces con la visera
Cubrió la llorosa faz,
Y tendiendo el brazo fuerte,
Arrojó al moro el puñal.
Esto dijo desde el muro
El Bueno Alonso Guzmán,
Y en las naves de Filipo
Tambien lo dijo Bazán.

LAS GRACIAS DE INES.

Á LA EXCMA. SRA. MARQUESA DE ALCAÑICES.

ROMANCE EPITALÁMICO.

SALUD, hija de las Gracias,
Que te mecieron la cuna,
Y á aquella madre de amores,
Que te donó la hermosura.
Que no el tropel de la guerra
En nuestra civil angustia,
Por más que do quier derrame
Lágrimas y desventuras,
Á nuestros cansados ojos
Pudiera guardar ocultas
La gracia de tus donaires
Ni tu angélica dulzura;
Pues el imperio de Vénus
Más que el de Mavorte dura;

Que el amor vence las armas,
Las armas al amor nunca.
   No más bella sobre nácar
Rompe la salobre espuma,
Ni las celestes esferas
Con carro volante cruza;
   Ni, desparcido el cabello,
Se ve en las termas desnuda
La madre de las hermosas,
Que en ti nuevamente triunfa,
   Cual tú luces en el Prado,
Cual tú en el Circo te anuncias,
Cuando en vivas lisonjeros
Los que te ven se pronuncian.
   El amor tu leve planta
De frescas flores circunda,
Los vientos en tus cabellos
Á enredarse se apresuran.
   Tus ojos no lanzan flechas;
Pero del amor no indultan
Á quien su vívido fuego
Donde quiera le descubra.
   No de amor brindarte puede
Mi pecho la llama pura;

Pero de amor homenajes
Cariñoso te tributa;
    Pues aunque no de los años
El peso fatal me abruma,
El lazo de mis deberes
Á mis pasiones anuda.
    ¡Goce en buen-hora el que tiene
Tu mano por dicha suya!
Y descansa entre sus brazos,
De que le envidian segura.
    En tanto votos al cielo
Alzaré por tus venturas
Y ver inmoble en tus dias
La rueda de la fortuna.

A LA Excma. Sra. MARQUESA DE ALCAÑICES.

ROMANCE.

Ese que en ebúrnea cuna
Arrullas, hermoso infante [1],
Galardon del himeneo,
Traslado de tus donaires;
Que une la sangre en sus venas
De los claros almirantes [2],
Que las proras de Castilla
Comandaron en los mares,
Á la del bravo caudillo [3],
Terror de los musulmanes,
Y que unido al Jóven de Austria,
Los arrolló con sus naves;

[1] El Excmo. Sr. D. José Osorio y Silva, hijo primogénito de los Marqueses de Alcañices.

[2] Los almirantes de Castilla, Enriquez, tronco principal de la casa de Alcañices.

[3] El almirante D. Alvaro de Bazán, vencedor en Lepanto con D. Juan de Austria; primer Marqués de Santa Cruz, de cuya casa es hija la Marquesa de Alcañices.

Al vario mundo se ofrece,
Sin más armas que le guarden
Que su inocencia y su llanto,
Contra el tropel de los males.
Bella como Citerea,
Como Diana arrogante,
Como Minerva prudente,
Como Pálas formidable,
Haces frente á las astucias
Con que los hombres falaces
De la virtud y belleza
Atropellan los altares;
Y si huyendo un atrevido,
La selva hojosa cruzares,
Dando en la rápida fuga
La voz y la trenza al aire;
Para salvar tu inocencia,
Fueras, Ines, nueva Dafne,
Á tu defensa acudiendo
El paterno Manzanares.
Tú robas los corazones,
Tú rindes las voluntades,
Todos te observan y envidian,
Todos te admiran y aplauden.

Si las frentes españolas
En nuestra edad adornase,
No el gótico capacete,
Sino el morisco turbante;
Y en los revueltos bridones
Con la lanza y el alfanje
En las cañas y jinetas
Luciera el valor galante;
Te dieran los vencedores,
Porque tu alcázar ornases,
Por alhombras y tapices
Alquiceres y almaizares;
Más colores en las cintas,
Más motes en los cantares,
Que flores ofrece Mayo,
Que sones trinan las aves.
Halagan rosa y pimpollo
Céfiro con ala afable,
Y el benéfico rocío
Con sus perlas matinales:
Así, pues, naturaleza
Sus dones vierte abundantes
En ti, Ines, y en ese hechizo
De tus ansias maternales.

Acércale á tu albo seno,
Y que con labio süave
El néctar de los amores
Apure cándido infante.
Que logre en él venturoso
El pundonor de su padre,
Las virtudes de tu pecho,
Tus gracias angelicales.
Que robustezca sus dias,
Porque con vida durable
Mire la arena del tiempo
Lentamente deslizarse;
Y cuando armado á su puerta
Con pié descarnado llame,
Ni se desquicien los gonces,
Ni se quebranten las llaves,
Hasta que á la edad cediendo,
Al término improrogable
Llegue feliz, y la tumba
Sus restos cansados guarde,
Á la par que digna fama,
Con su trompa resonante,
Lleve su nombre y sus hechos
Á las futuras edades.

1823.

LA CONCHA DEL GUADALQUIVIR[1].

ROMANCE.

De mal grado y fugitivo,
Desde el campo en que nací,
Vine á las verdes riberas
Que baña Guadalquivir.
Pensativo muchas veces
Sus márgenes recorrí,
Con dolores y esperanzas
Acongojado sin fin.
Asaz la argentada luna
Oyó mi amargo sufrir,
Y mis esperanzas Febo
Desde el dorado cenit.

[1] La Sra. D.ª María de la Concepcion Sandoval, hoy Marquesa de Vallgornera.

Mas una tarde, entre muchas,
Que al márgen risueño fuí,
Vi una *Concha* en la ribera,
De tan preciado matiz,
De tan singular donaire,
De contorno tan gentil,
Que Febo mismo la halaga
Desde el trono de zafir.
El pié la besaba el rio
Con la corriente sutil,
Tímido á tanta hermosura,
Vano de mirarla allí.
Lanzaba el viento la arena,
Que audaz la intenta cubrir,
Envolviendo cariñoso
Su refulgente marfil.
Bien á Vénus mereciera
Su seno reproducir,
Entre las purpúreas rosas
Del engalanado Abril...
La ciudad toda admiraba
La bella Concha feliz,
Y sin cesar repetia :
Nada, Concha, iguala á ti.

Vinieron extrañas gentes [1]
Desde lejano confin,
Trayendo el carro de Marte
Arrastrando en pos de sí;
Cruzaron el Ebro y Duero,
Tajo, Guadiana y Jenil,
Hasta la dorada torre
Que acata Guadalquivir;
Y al ver la Concha, olvidaron
El fiero ademan hostil,
Deponiendo al pié las armas
Y el belígero clarin.
Si, pues, á tu gentileza
Juntos doblan la cerviz
Los vasallos de Don Pedro
Y las huestes de Claquin,
Raya en hechizo tu gracia,
Y bien me cumple decir
Que eres diosa, y en prodigios
Nada, Concha, iguala á ti.

8 de Diciembre de 1823.

[1] El ejército francés que invadió á España á la sazon.

A CONCHA [1],

EN SUS DIAS.

SONETO.

Salud, áurea corriente cristalina,
Pues fecundas sonora la ribera,
Que con planta bellísima ligera
Recorre una hermosura peregrina.
Salud, fúlgida aurora matutina,
Que sus ojos animas placentera;
Salud, flores, que dais, porque yo muera,
Nuevos matices á su tez divina.
Con la ventura que al presente encierras
Tan sólo el dia igualarás ufana,
Noble Sevilla, en las antiguas guerras,
Cuando, rota la puente de Triana,
Dijo el Rey vencedor: *Tomad las tierras*,
Á la fiera nobleza castellana.

1823, Sevilla.

[1] La Sra. D.ª Concepcion Sandoval, mujer de D. Luis Fernandez de Córdoba, hoy Marquesa de Vallgornera

A D. ANGEL DE SAAVEDRA,

Á NOMBRE DE SU HERMANA.

ROMANCE.

Guarte, noble Abencerraje,
Y mucho te has de guardar,
De pisar la tierra ingrata
Donde nacimos por mal.
Ve te aguardan los Zegríes [1],
Porque te quieren matar,
No en campo abierto luchando,
Sino en falso tribunal.
Mira que el Rey de Castiella
Y ellos unidos están,
Para acabar con vosotros,
Con las gentes de Alafranc [2];

[1] El bando realista.
[2] El ejército frances.

Y más fieros os esperan
Que, en los campos de Àlacax,
Los godos que en los muslimes
Hicieron la mortandad.
Ve que, en siendo Abencerraje [3],
Nadie se puede librar,
Y que el Rey y los mandones
Os han condenado ya.
Propalan que al Rey la muerte [4],
Infieles, quisisteis dar,
Y que maldecis el nombre
Del gran profeta de Alá.
Que saqueasteis las mezquitas
Con inaudita impiedad,
Y que del Rey los tesoros
Tambien os vieron llevar.
Pierda yo, triste! un hermano
Que en mi corazon está,
Aun más fijo que la lumbre
Guardada en el pedernal;

[3] El partido liberal.
[4] Alusion á las acusaciones que se hacian á los diputados de 1823.

Que en llegando á herir mi oido
Con tu nombre la procaz
Calumnia, lágrimas puras
Como centellas saldrán
De mis ojos; y más vale
Mi hermano ausente llorar,
Que el que sirvas de trofeo
Á enemiga ceguedad.
En buen hora sólo mires
Los muros del buen Guzmán [5],
Y desde extranjero escollo [6]
Nuestro paterno solar.
Ellos, hermano, publican,
De una edad en otra edad,
Que vence el justo á la infamia,
Como la roca á la mar.
No de tu dama en la ausencia
Juzgues inútil tu afan,
Como tu llanto á las ondas,
Tus ayes al vendaval.
Mujer soy, y bien que ruge
Cual nunca el fiero huracan,

[5] Tarifa.
[6] Gibraltar.

No he perdido la esperanza
De poderte recobrar.
En la marlota mi nombre
Con oro te bordarás,
Aunque no es tan puro el oro
Como mi amor fraternal;
Que yo en la nevada toca
El tuyo voy á bordar
Con verde [7], color que elijo
Miéntras no vuelvas acá.
Sí, hermano: tu vida guarda,
Y la mia guardarás,
Porque no siempre la suerte
Nos tratará sin piedad.
Las torres de Tolaitola
Pronto mis ojos verán,
Pues voy á llorar tu ausencia
En el seno maternal.
Y con el fruto de amores,
Que ya puedo acariciar,
Unidas recordaremos
El que desterrado estás.

[7] Color adoptado por los liberales en aquella época.

Y ambas diremos clamando
Al omnipotente Alá,
Mostrándole las primicias
Del cariño conyugal:
«Señor, son dos inocentes
Que bajo tu amparo están;
Sálvalos, porque tú sólo
Puedes los buenos salvar:
»Tú, que mirando destruyes
La proterva iniquidad,
Y que agitando tu cetro
Haces los orbes temblar.»

El Duque de Frias escribió este romance en Diciembre de 1823, hallándose en Sevilla, para que su amiga, la Señora D.ª Candelaria Saavedra de Arana, contestase á otro que su hermano D. Ángel, hoy Duque de Rivas, le habia dirigido desde Gibraltar, donde se hallaba emigrado.

EL LLANTO DE UN PROSCRITO.

AL EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO.

EPÍSTOLA.

CERCANO al márgen del undoso Bétis,
Que, fecundando lo mejor de España,
Corre á perderse en la region de Tétis;
Cuando discordia con horrible saña
Do quier agita la incendiaria tea
En extranjera y fraternal campaña,
Justo es que sólo mi consuelo vea
En ti, Nicasio, y que mi humilde lira
Intérprete veraz del pecho sea.
En vano, en vano el corazon suspira
Remedio al mal y término al quebranto
Hoy que impera el terror y la mentira;
Que el tiempo asolador, corriendo en tanto,
Hunde en el suelo la ominosa huella,
Dejando por do quier penuria y llanto.

Rápida cruza la fugaz centella,
Rápida corre la sonora fuente,
Rápida pasa la luciente estrella;
Y ¿no será que el destructor torrente,
Deteniendo su furia asoladora,
Cese de acongojar la ibera gente?
Empero no será, si bienhechora
No une España los lazos fraternales,
Y ve de paz la suspirada aurora.
¿Cuál genio bienhechor á tantos males
Un término pondrá con mano fuerte,
Rompiendo los fatídicos puñales?
Todo es sangre y furor y guerra y muerte
Y envidia y odio y criminal venganza,
Y sufrir y llorar nos cupo en suerte.
Mas todo acaba, en fin ; y la esperanza,
Áncora del mortal, anime el pecho
Á presagiar la próspera bonanza.
Noble, antigua ciudad [1], que á largo trecho
El alta torre y muro de diamante
Descubres, de los tiempos á despecho;
Tú, de las artes paladion brillante,

[1] Sevilla.

Que en eterno blason tus puertas orna
La régia gratitud de Alfonso errante [3];
Tú, cuyo campo venturoso adorna
La rubia mies y la verdosa oliva,
Que frutos mil á tus desvelos torna:
Siempre, te juro, tu memoria viva
Será en mi tierno corazon grabada,
Pues me acogistes en mi suerte esquiva.
Yo te recordaré, cuando trocada
Mi angustia mire en apacible encanto,
Y al suelo vuelva de mi cuna amada.
Treguas á mi dolor, Nicasio, en tanto
Que de las artes y el saber la gloria
Templar consigue mi inmortal quebranto.
Áun aquí miro la española historia,
No deslustrado su esplendente brillo,
En monumentos de eternal memoria;
Áun los dulces pinceles de Murillo,
La bienhechora compasion pintando [4],

[3] Alfonso el Sabio, abandonado por todos sus pueblos, concedió á Sevilla (sola ciudad que le fué fiel) el blason de NO 8 DO (*no madeja do*): NO M'HA DEJADO.

[4] Los cuadros de la Caridad.

Ó la esperanza del varon sencillo [5];
Áun Zurbarán, los cielos animando,
Y á doctos justos en union extraña [6]
Santas doctrinas al mortal dictando;
Áun Velazquez y Vargas y Campaña,
Del grande Apéles recordando el arte,
Dan aquí nombre á la oprimida España.
Si halagan mi aficion palmas de Marte,
Miro en la insigne fábrica de Herrera [7]
Tremolar de Cortés el estandarte,
De Pizarro brillar la espada fiera,
Y virar el timon que á rumbo mueve
La nave de Colon aventurera.
Si la ninfa gentil tal vez se atreve
Á repetir los ecos de Rïoja,
De Itálica el recinto se conmueve,
Y adelfa y lauro en el sepulcro arroja
Un genio celestial, bañado en llanto,
Y la bética Flora se acongoja.
Mas ¿qué homérica trompa con espanto

[5] El de San Félix de Cantalicio.
[6] El cuadro llamado de los Doctores.
[7] La Lonja, en donde se custodian restos de las Indias.

Por la vasta ciudad fatiga el viento,
Celebrando la gloria de Lepanto?
Ese es, oh Dios! el sonoroso acento
Con que canta triunfal, sublime, Herrera
De los hijos de Omar el escarmiento.
Bétis feliz, tu plácida ribera
Cien veces saludó la hispana flota,
Que empavesaba flámula ligera,
Cuando preñada de riqueza ignota,
Publicaba los triunfos de Castilla
Desde el confin de América remota,
Hasta llegar á la imperante silla
Que un tiempo fué del corazon de acero
Que rindió la beldad de la Padilla.
No se admiraba entónces el guerrero
Depósito soberbio do campea
Sobre bombas sin fin, Vulcano fiero [8],
Ni la profunda cava que rodea
De la marchita planta los talleres [9]
Que en balsámico aroma nos recrea,
Á la par que los bellos rosicleres

[8] La fábrica de fundicion de cañones de artilleria.
[9] La fabrica de tabacos.

Del alba pintan las lucidas flores
Y doran gratos el dosel de Céres.
Obra fué de Fernando...Ay! mil dolores
Vuelven á acongojar el alma mia
Y á doblar de mi suerte los rigores.
Acabó la ilusion que sostenia
Mi efímero gozar, cuando, soltando
El vuelo á la agitada fantasía,
Olvidaba que injusto, opuesto bando
Con insensata proscripcion me oprime
Bajo el augusto nombre de un Fernando [10].
En vano, amigo, el infortunio gime,
En vano clama el mísero inocente,
En vano el pecho en llanto se comprime.
Cúal el delito fué? La ibera gente
¿No proclamó la ley? El regio trono
¿No la mandó guardar, omnipotente?
Dios inmortal, de débiles patrono!
Líbrame ya de una faccion sañuda,
Sálvame ya de su feroz encono.

[10] Alude á la persecucion que los partidarios de Fernando VII levantaron contra los que habian jurado y servido la Constitucion, obedeciendo los decretos del mismo.

Tú mi inocencia y mi vivir escuda
De esa gente cruel, que sólo anima
Con enconado afan venganza ruda;
Que los ayes del triste desestima,
Y arma la plebe con atroz fiereza,
Á su insano furor poniendo cima.
Recuerdo yo la maternal terneza [11]
Y su angélica voz consoladora,
Primer bien que nos dió naturaleza,
Y una beldad á quien mi pecho adora [12],
Que siempre, juro, vivirá en mi pecho,
De vida y alma y libertad señora.
Do quier la miro, en lágrimas deshecho,
Do quier la sigo con incierta planta,
Do quier la llamo en mi mortal despecho.
Mas ¿qué otra idea el corazon quebranta,
Si no de amor, de paternal ternura,
Y en divino placer mi pecho encanta?
De una hija recuerdo la dulzura [13],

[11] La Excma. Sra. D.ª Francisca Benavides, ausente en Madrid.

[12] La Excma. Sra. D.ª Piedad Roca de Togores, su mujer.

[13] La Excma. Sra. D.ª Bernardina Fernandez de Velasco.

Que áun no cuenta el verdor de nueve abriles
Desde que vió del sol la antorcha pura,
Anunciando en sus juegos infantiles
Y en la aurora feliz de sus virtudes
Las gracias y donaires juveniles.
Prenda del corazon! cuando me ayudes
Á sostenerme en mi vejez amarga;
Cuando mi vida del penar escudes;
Cuando yo deje la mundana carga
En el dia fatal en que, atrevida,
La muerte fiera su segur descarga;
Yo te bendeciré, y áun bendecida
Será tu prole, porque amarte pueda,
Como tú fuiste de mi amor querida.
Pero ¿hay, amigo, padecer que exceda
Al ver que España á la francesa gente,
Sin combatir, el triunfo la conceda?
Sombra inmortal de Córdoba valiente!
Sombra inmortal de Cárlos el Primero!
Y tú, sombra inmortal del Rey Prudente!
Vosotras, que con rostro lisonjero
Visteis á España vencedora un dia
Blandir constante el indomable acero,
Y del frances postrando la osadía,

La gloria renacer esplendorosa
De San Quintin, Parténope y Pavía,
   Ya en el campo feraz de la Barrosa,
Ya de Bailén en la inmortal llanura,
Ya en San Marcial, Tamámes y Tolosa;
   Pues veis que impune la fragosa altura
Que debimos al Dios de las bondades
Para guardar la independencia pura,
   El vencido frances, que con maldades
Nuestro suelo invadió, cruza atrevido
Hasta embestir á la opulenta Gádes,
   Á la tumba volved; no el dolorido
Acento mio vuestra calma rompa...
—Mas ay! que escucho vuestro fiel gemido,
   Viendo abatida la española pompa
Y arrimado el acero fulminante
Y enmudecida la guerrera trompa.
   Pero la negra envidia devorante,
El ciego frenesí de las facciones,
La insensatez del bando gobernante,
   Encendido el volcan de las pasiones,
Desoido el clamor del patrio suelo,
Dieron paso de Francia á las legiones.
   Tendiónos el error su oscuro velo;

Que á los que á infausta perdicion condena,
La luz de la verdad ofusca el cielo.
Nosotros, caro amigo, en más serena
Edad, cuando los vínculos formamos
Con que tierna amistad nos encadena,
Verdad, pura verdad sólo animamos,
Aun en medio del mundo bullicioso,
Que en nuestra alegre juventud gozamos.
Huyó el tiempo con paso presuroso,
Y siempre la verdad fué nuestra guia,
Y serlo debe hasta el final reposo.
Así pues, en la mísera agonía
Que hoy á la patria sin piedad destroza,
Y áun en el seno de la angustia mia,
Mi alma, Nicasio, en tu amistad se goza,
Pura, cual siempre, de mundano dolo,
Y al recordar tu nombre se alboroza,
Hoy que te mira su consuelo solo
En la ciudad de Jaime y de Rodrigo [14],
Y que en el arte encantador de Apolo
El llanto escuchas de tu ausente amigo.

Sevilla, 1823.

[14] Valencia, en donde se habia refugiado D. Juan Nicasio Gallego.

A CONCHA [1],

EN SU CAIDA.

ROMANCE.

Por la playa de Sanlúcar,
Y á la vista de Jerez,
Á la merced de los fuegos
De un cuadralvo cordobes;
La que el Bétis en Sevilla
Miró gozosa nacer,
La que lleva un nombre mio
Y mi voluntad tambien;
Áun más bella que algun dia
Brilló Vénus al nacer,
Cortando blancas espumas
En nacarado bajel;

[1] La Excma. Sra. D.ª Concepcion Sandovál, hoy Marquesa de Vallgornera.

Áun más bella que Diana,
Las selvas corre tal vez
Tras las fieras fugitivas
Con polvoroso tropel;
Iba á gozar de unas fiestas,
Que debiera embellecer,
Como embellece á los cielos
El apolíneo dosel.
Insana furia arrebata
El fogoso palafren;
Y tascando el áureo freno,
Da por el campo al través,
Sin que dejase en la arena
Su estampa el herrado pié;
Y al viento dando las crines
Con indómita altivez,
La arrojó de los arzones,
Quedando al recio vaiven
Teñido de sangre el suelo,
Y el rostro de palidez;
Apagado de sus labios
El encendido clavel,
Marchito de sus mejillas
El fúlgido rosicler;

Y la desgarrada holanda
Fuera á su pudor infiel,
Si no cayese el cabello
Hasta cubrirla los piés.
  Á sus ayes, que pudieran
Las duras rocas romper,
Alzóse el Bétis, ornado
De espadañas y laurel.
  «Por ti tan sólo, prorumpe,
Llegara tierno á verter
Las lágrimas que en mis ojos
Aglomeradas se ven,
  »Hoy de sudor y de sangre
Cubierta tu hermosa tez,
Nublado de tus luceros
El bello resplandecer.
  »¡Que mis saludables plantas
Cierren la herida cruel,
Y mis balsámicas flores
Te restituyan el ser!
  »Pronto en la ciudad de Alcídes
Recobrada te veré;
Que amor te dará su venda
Para ceñirte la sien;

»Y con cánticos festivos
Despues te recibiré,
Cuando vuelvas de Sevilla
Las altas torres á ver;
»Y entoldaré de jazmines
El volcánico bajel,
Porque los rayos de Febo
No te lleguen á ofender.
»Huye de verte en mis ondas;
No quiera Flora tal vez
Que engalanes sus jardines,
Como el hermoso doncel.
»Al abrazarte los tuyos
Se colmarán de placer,
Y unidos con los extraños,
Te darán el parabien.
»En la puente de Triana
Verás mil luces arder,
Y empavesadas las naves
Que sobre mi espalda estén.
»Se reanimará á tus ojos
El hispalense pincel,
Y los vates sevillanos
Se sentirán conmover.

»Á las faldas de Pirene
Nuevas tuyas mandaré,
Para que tenga un consuelo
El desterrado del Ter.»
Adios, el Bétis la dijo
Hasta por tercera vez,
Y ella con dulce sonrisa
Pagó el saludo cortés.

Barcelona, 1824.

LA NOSTALGIA.

MADRIGAL.

Es inquieto vivir que no sintieron,
Ni en su destierro comprender pudieron,
Gentes felices; que índole ligera
Hace fácil amar tierra extranjera.
Es ansia de habitar bajo otro cielo,
Cuyo recuerdo de ternura y duelo
Nos llena el corazon; es fiebre lenta,
Que el patrio hogar en sueños nos presenta;
Y es padecer de un ánimo anhelante,
Que muere, sin morir, á cada instante.

AL PRIMER BUQUE DE VAPOR

QUE HIZO EL VIAJE DE CÁDIZ Á BARCELONA

en Noviembre de 1824.

ROMANCE.

Llega en buen hora, arrogante,
Volcanizado bajel,
Desde la ciudad de Alcídes
Al trono de Berenguer.
Abandonaste las costas
Que te miraron nacer,
Y los cantos de los bardos
Y los hijos de Morven.
Los vientos de Caledonia
De Fingal en el broquel
Sonaron enfurecidos
Al verte desparecer.
Saludaste de Pelayo
El enriscado dosel,

Del Santo Patron la tumba,
Y el dominio portugues.
  Viste la ciudad hermosa,
Donde el que supo vencer
Los leones de Numidia,
Las sierpes, en su niñez,
  Puso límites, que hollaron
Colon, Pizarro y Cortés,
Pero que términos fueron
Para el imperio frances.
  La antigua ciudad miraste,
De Flora grato verjel,
Y de Céres y Pomona
El afortunado Eden;
  La que en sus templos ostenta
El hispalense pincel,
Los sarracenos pendones,
Las águilas de Bailén;
  Donde el esforzado aliento
Del ínclito leonés,
Terror de la gente alarbe,
De la cristiana sosten,
  Reverenciando la sangre
Que un padre osara verter,

En nombre de Recaredo
Alzó el pendon de la fe.
Hoy de la gran Barcelona
Los muros llegas á ver,
Gloria de Aragon un dia
Y de un venturoso rey.
Mas ya de Jaime la sombra
Viene, orlada de laurel,
Y en letras de oro Valencia
Y Mallorca en su paves,
«Tú, dice, surcando mares,
Á Sevilla has de volver,
Y de la torre del Oro
Lanzarás el ancla al pié.
»Recuerda al tercer Fernando
Que horror nuestro brazo fué
De la gente descreida
Que tiene el Coran por ley;
»Que si cumplió de Pelayo
El pensamiento fiel,
Yo tambien del noble Arista
El heredado deber;
»Que si en Úbeda y Baeza
Rindió á la morisma infiel,

Y si coronó en Sevilla
La victoria de Jaen,
  »Yo, congregando las huestes
En los campos de Teruel,
Del Cid la ciudad perdida
Al enemigo arranqué.
  »Trasmitimos nuestras glorias
Á Fernando y á Isabel;
Guardó el leon sus castillos
Y mis barras á la vez.
  »Di que conmigo sus votos
Eleve al Eterno Ser,
Porque gocen nuestros pueblos
De nuestras glorias la prez;
  »Porque el Rey que en ambos tronos
Señor de España se ve,
De inmarcesible corona
Se adorne la excelsa sien;
  »Donde á la frondosa rama,
Que emblema de triunfos es,
Se enlace la santa oliva
De la concordia y el bien.
  »Acátenla nuestros hijos,
Y desde el Bétis al Ter

Haya tan sólo españoles,
Así como sólo un rey.»
Esto dijo el rey Don Jaime;
Y al levar ancla el bajel,
Volvióse la augusta sombra
Al santuario de Poblet.

1824.

Á MI SEÑORA

D.ª MARIA DE LA CONCEPCION ORTIZ

DE SANDOVAL DE CÓRDOVA.

SONETO.

Ya corre ufano á celebrar tu aurora
Inmenso pueblo en la imperial Sevilla,
Ya el sacro altar esplendoroso brilla,
Ya retumba la bóveda sonora;
Ya el astro luminar alumbra y dora
El ancho puente y la opulenta orilla;
Ya en tu alcázar, de Sando de Castilla
La negra banda el pabellon decora.
¿Por qué surcar el seno de Anfitrite,
Y atras dejando á Gades Eritrea,
Correr á ti la suerte no permite!
Mas cuando impere bienhechora Astrea,
Si es que mis votos sínceros admite,
Sólo tu vista mi ventura sea.

Barcelona, 1825.

A CONCHA,

EN CONTESTACION

AL RECIBO DE SU CUADRO DEL JUICIO DE PÁRIS.

SONETO.

De olímpico festin á la esplendente
Nupcial antorcha, ante el divino coro
Rueda la codiciada poma de oro,
Que ofrece á la beldad premio fulgente.
Vénus, Juno y Minerva de repente
Claman, depuesto el divinal decoro:
«Es mio, es mio el célico tesoro;
Nadie en belleza competirme intente.»
Rindió por fin la prenda apetecida
Al brillo de la diosa de Citera
El troyano garzon, pastor del Ida.
Ay, Concha! si el que rige la alta esfera,
Páris me hiciese en la cuestion reñida,
¿De quién la poma, sino tuya, fuera?

Barcelona, 1825.

A LA INDUSTRIA Y A LAS ARTES.

ODA.[1]

¿Quién con fierro templado
Rompe los senos de la indócil tierra?
¿Quién los frutos de Céres abundantes
En las trojes agrícolas encierra?
¿Quién con preso raudal engargantado,
Ó con aspa que rueda libre viento,
Pulveriza la miés apetecida,
Que sirve al hombre de alimento y vida?
¿Quién en vastos talleres fabricantes
Labra el vellon de tímida cordera,
En invernada cándido decoro
De la ardiente ribera
Que Tajo baña con sus aguas de oro?
¿Quién del Guadalaviar ó del Segura

[1] Escrita con motivo de la segunda exposicion de los productos de la Industria Española en 1828.

En las campiñas fértiles tejiendo
Sutiles hebras, que entre pompa verde
Débil insecto con la vida pierde,
Dará fúlgida gala á la hermosura,
Ó bien del templo y del dorado trono
Tapizará la artesonada altura?
¿Quién en la opuesta occidental arena
Con las inmensas moles encendidas,
Do el aire envuelto en vaporosa nube
Hasta los cielos ondeando sube,
En las entrañas de la tierra hundidas
Las aguas lanza de la rica vena,
Que en la orilla del golfo Mejicano,
Y cabe el Orinoco y Madalena,
Rinde el metal que compra al africano?
¿Quién arrollando el espumante encono
Del insondable piélago en las proras,
Lleva del Septentrion al Mediodía
Los frutos de las artes bienhechoras?
La industria sola, pues, gloria del hombre,
Que con asiduo afan y dicha tanta
Á la ruda materia se adelanta.
Madre, en fin, de las artes, supo un dia,
Animando los mágicos pinceles,

Dar glorioso renombre
Al claro genio del ilustre Apéles,
Y en el mármol tambien frígido y bronco
Fama eterna al cincel de Praxitéles.
El Pórtico Ateniense, el Vaticano,
Y las que el Nilo con susurro ronco
Pirámides acata portentosas,
Triunfos del genio son, que con su mano
Las artes alcanzaron venturosas.
Á ellas debió la lira suspirada,
Que á las furias calmaba, el trace Orfeo,
Y el cantor de Ilïon la heróica trompa,
Que hizo inmortal al hijo de Peleo.
La púrpura de Tiro celebrada,
Que ornó del Tíber la imperante pompa;
La desprendida toca ensangrentada,
Que á Píramo cubrió de amargo duelo;
Y el de mi amąda, en fin, diáfano velo,
Que más sus gracias indulgente encubre,
Que efímera, fosfórea y vacilante
Leve nube á la ninfa de Taumante,
Con laborioso afan y generosas
Los cedieron las artes industriosas.
Los yunques gimen, los martillos suenan,

Artes y ciencias; y si fiero, insano,
Eolo enfrena los vientos con su mano,
Para lanzar las quillas navegantes
La firme voluntad nos basta sólo,
Encendiendo las fraguas de Vulcano.
Ilustres hijos de la patria mia!
Si en noble afan la industria fabricante
Vuestros esfuerzos y constancia guia,
Entre la niebla que levanta gualda
Del opulento Támesis la espalda,
Anclada de Albīon la mercadante
Prora, oprimiendo las bullentes olas,
Renunciará á las costas españolas;
Y, el alto y enriscado Pirineo,
Cerrando el paso al extranjero lujo,
Libres las artes nacionales veo
De su falaz y pernicioso influjo.
Entonce España mirará gozosa
El acabar de males tan prolijos,
Y en dulce union á sus discordes hijos...
Cuando Genil y Darro, revolviendo
En sus aguas marlotas y alquiceles,
Fecundaban los ínclitos laureles
Que en su risueña y apacible orilla,

Feliz, audaz, constante, generosa,
Ciñó la heroica Reina de Castilla;
En medio de los triunfos belicosos
La bienhechora industria floreciendo
Por cuanto el cetro de Isabel domina,
En mercados abundan ostentosos
Nieva, Toledo, Búrgos y Medina.
Rico era, en fin, el castellano suelo;
Y áun de Anahuac el águila imperante,
Incógnita á Colon, libre en su vuelo,
Guardaba el cetro y empuñaba el rayo,
Y el astro de los Incas fulminante
No alumbraba á los hijos de Pelayo.
Aléjese del mal la niebla densa,
Que la aurora del bien gozar impida,
Y artes y ciencias, con brillante egida
De la ignorancia el ímpetu parando,
Al recibir la régia recompensa,
Eternicen al séptimo Fernando.

A LA EXCMA. SRA. MARQUESA DE SANTA CRUZ,

REMITIÉNDOLA UN ROMANCE EPITALÁMICO

PARA SU HIJA D.ª FERNANDA SILVA Y GIRON.

EPÍSTOLA.

Vibre el amor las cuerdas de mi lira,
Pues tú, madre feliz y cariñosa,
Eres el númen que á mi pecho inspira,
Hoy que miras con alma jubilosa
De Himeneo la antorcha en tus salones
Tercera vez brillar esplendorosa.
Ya con júbilo igual dos infanzones[1],
Cuyos nombres la ibera monarquía
Recuerda entre sus ínclitos varones,
En esa ara inmortal vistes un dia
Á tus hijas jurar constancia pura,
Y que el cielo sus votos bendecia.

[1] El Marqués de Villafranca y el de Alcañices.

¡Cuánto gozo al mirar, por tu ventura,
La corona nupcial en tu Fernanda
Cándida ornar su virginal dulzura,
En tanto que con voz humilde y blanda,
Ántes de consentir al nudo santo,
La bendicion materna te demanda!
Musas divinas, inflamad mi canto!
De mi lira vibrad las cuerdas de oro;
Que tan plácida union merece tanto.
Mis versos inspirad. Cuando mi lloro
Y mi amorosa cítara enlutada
Acompañaban mi cantar sonoro,
Me inspirasteis tambien... Mas ora, orlada
De frescas flores, seguirá mi acento,
Por el cariño fraternal templada;
Pues en amor y divinal contento
Himnos festivos tu mansion resuena,
Que veces mil los reproduce el viento.
Así encendida al júbilo mi vena,
De Apolo siente el fuego soberano,
Y en ecos dulces venturosa suena.
Ya que á la faz del pueblo carpetano
Ornan tu alcázar hoy mirtos flotantes,
Y tu hija entrega la anhelada mano...

Cuál el tiempo corrió! ¡Si áun no distantes
De Fernanda los juegos infantiles
Me recuerdan las armas relumbrantes!
Que en la temprana flor de sus abriles,
Y cuando apénas anunciar podia
Los futuros donaires juveniles,
Con belicoso ardor la patria mia,
Á las voces de España y de Fernando,
Su libertad y el Trono defendia.
En vano doble, á la amistad faltando
El feliz domador del Tibre y Rheno,
Y un carro de laureles abrumando,
Puso en balanza, de insolencia lleno,
Contra nuestro valor en la campaña
La antigua espada del valiente Breno;
Porque para arrostrar su altiva saña
Y rechazar su ejército arrogante,
No faltaron Camilos en España.
Rauda entónces la fama resonante
Do quier la hazaña ibérica retumba;
Ármase, en fin, la Europa vacilante.
Así tan gran coloso se derrumba;
Y porque al ancho mar la gloria quede,
Isla su cuna fué, su asilo y tumba.

¡Cuánto mi pecho á los recuerdos cede
De los pasados bélicos ardores,
Y arrebatarse involuntario puede!
Mas ¿qué mucho, si en vez de alegres flores,
Palmas guerreras daba á la hermosura
En el risueño altar de los amores!
Blandiendo sin cesar el asta dura
Que el pabellon de la española gente
En la flámula trémula figura;
Sobre el bridon revuelto, que impaciente,
El viento rompe, la madeja ondea,
El freno tasca, el acicate siente,
Pasó mi juventud... ¡Nunca yo vea
Más sangre ni discordia! y ¡no infelice
De nuestros hijos la existencia sea!
Y si el cielo mis súplicas bendice,
Otro tiempo concédales, piadoso,
Ménos heroico, pero más felice.
Este es el voto tierno, venturoso,
Que por Fernanda, con sensible anhelo,
Mi corazon respira cariñoso.
Nunca el genio del mal logre en su vuelo
Turbar las dichas que en su seno guarda;
Nunca el error la cubra con su velo.

Esa antorcha nupcial se ostente y arda,
Y la Parca hácia el tálamo reciente
Camine incierta, temerosa y tarda.
Padres dichosos, con risueña frente
El grato parabien os doy en tanto...
—Y á vuestra hija feliz, bella, inocente,
Con nuevo acento acabaré mi canto.

1829.

ROMANCE EPITALÁMICO.

No, Fernanda, tus cabellos,
Ni tus labios carmesíes,
Ni tus luceros hermosos,
Ni tus alegres matices;
Ni tu donairoso talle
Que liston ligero ciñe,
Ni tu seno torneado
Que pura túnica viste;
Ni la planta voladora
Que luces en los festines,
Ni de Tebaldo y Arsáces
Los cánticos que repites;
Ni las sabrosas palabras
De tu plática apacible,
Ni tampoco de tu mente
Los destellos varoniles;
Mas las virtudes que juntas
En tu tierno pecho viven,

Son, entre tantos hechizos,
Los que en Madrid te distinguen.
  Al publicarlos la fama,
Los vientos hiriendo libres,
No es mucho que de mi lira
Las doradas cuerdas vibren.
  Yo vi los primeros pasos
De tus años infantiles,
Defendida tu inocencia
Por las murallas de Alcídes;
  Cuando numerosas huestes
Del Dueño del Sena y Tíber
Rompieron del Pirineo
Los desamparados lindes.
  Volaron aquellos dias;
En gracia y virtud creciste,
Para que te amen los hombres,
Y las mujeres te envidien.
  Te ostentastes entre todas,
Con tus donaires gentiles,
Cual luce sobre tu pecho
El diamante y amatiste;
  Cual en cielo nebuloso,
Con sus cambiantes, el íris;

Cual fresca flor odorante
En los amenos pensiles;
  Cual áureo laurel de Baco
En las otoñales vides,
Cual embanderada nave
En la concha de Anfitrite.
  Y si la fulgente poma
Que tres deidades compiten,
Ante tus plantas rodando,
La nupcial estancia mide,
  Álzala; que *á la más bella*
El grabado mote dice;
Y no del garzon troyano,
Sino de Amor, la recibe.
  Ora que al altar te acercas
Con cándida frente humilde,
Y que modesta humedeces
De tu rostro los carmines;
  Cuando en voz callada y dulce
Un sí ruboroso dices,
Ántes besando la mano
Paterna, que te bendice;
  Cuando al júbilo y la pompa
Que en estas bodas presiden,

Se animan ya tus abuelos
En los labrados tapices,
Es cuando de tus virtudes
El justo premio recibes,
Y el afortunado esposo
Nuevas venturas concibe.
Concíbalas, que bien puede;
Gócelas amante y firme;
Que en su favor la fortuna
Pára la rueda movible.
Como paloma entre arrullos,
Que al pichon unida vive,
Como pomposo en las aguas
Bate las alas el cisne;
Así contenta y ufana
Goces la vida felice,
Y nunca del mal los dardos
Puedan, mi Fernanda, herirte.
Y cuando en vástagos tiernos
Logre tu amor repetirse,
Las delicias maternales
Naturaleza te brinde.
Mires tus hijos, si acuden
Á los bélicos clarines,

Dar nuevo lustre á su patria
Del fiero Marte en las lides;
   Témis, cediendo en sus manos
La balanza incorruptible,
Si en los escaños curules
Visten las togas civiles;
   Si las ciencias bienhechoras
En su templo los reciben,
Los límites ensanchando
De su recinto sublime;
   Y si las musas encienden
Su ingenio armónico y libre,
Con el vate mantüano
Y con el cantor de Aquíles,
   En la cumbre de Helicona,
Á par de entrambos, los mires...
Y en tanto, dulce Fernanda,
Hoy mi parabien admite
   Entre músicas alegres,
Entre vítores felices,
Entre el tropel de las danzas,
Entre el calor de los bríndis.

1820.

A LA EXCMA. SRA. D.ª FERNANDA DE SILVA,

CONDESA DE CORRES.

SONETO.

Hoy la antorcha nupcial por vez primera
De tu esposo feliz alumbra el dia
En que saliendo de la nada umbría,
Miró del sol la lumbre placentera.
Por más que la fortuna lisonjera
Sobre su cuna cándida sonría,
¿Quién, oh Fernanda! presagiar podia
Que el Dios vendado su ventura hiciera?
Sí, que el arpon que ardientes le asestaron
Tus ojos, y que negros y sutiles
Tus cabellos, cual arco, le lanzaron,
No emponzoñado con falacias viles,
El noble corazon le traspasaron,
Cual la lanza benéfica de Aquíles.

1830.

Á S. M. LA REINA

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON.

ODA EPITALÁMICA.

Llega al trono español, ninfa gallarda,
Que de la falda del Vesubio ardiente
Mi dulce patria jubilosa aguarda
Con la nupcial antorcha refulgente.
Brinda dichas sin fin al régio Esposo;
Y cuando bajo el solio esplendoroso
El fuego del amor arder se vea,
Enlazada á los lauros de Mavorte
La docta oliva de Minerva sea.

Entre el tropel de la ostentosa Corte
El gozo popular sincero brilla;
Entrambos mares con festivas olas
Saludan en las costas españolas
La Reina de Aragon y de Castilla;

Y al pié de los fragosos Pirineos
El ibero leon, con fuerte garra,
Las águilas del Sena por trofeos
Muestra entre las cadenas de Navarra.

Empero el parche redoblante atruena
El ancha playa y la espaciosa calle;
Del bronce el eco retumbante corre
Por cerro y vega, y la ribera y valle.
En la empinada torre
El rimbombante tímpano vibrado
Responde al ruido militar; el viento
Con vítores herido,
Alzados al zafíreo firmamento,
Anuncia ya el arribo apetecido.

Ya la Reina llegó. ¡Vedla luciente
Sobre el carro triunfal de los amores,
La sien orlada de gayadas flores!
El Diciembre no pudo
Marchitar su frescor; Amor en Gnido
Guardólas fiel para adornar su frente:
Tal como el Númen tutelar de España,
Contra extranjero mando,

Entre el furor de los combates rudo
Guardó el cetro español para Fernando.

Sube al trono feliz, sube, Cristina;
Que no sólo el amor te lo concede;
Trono es tuyo tambien: él fué la cuna
Donde nació por próspera fortuna
Un genio bienhechor... Musa divina!
Al recordar de Cárlos la memoria,
Al admirar su inmarcesible gloria,
Ya ocupando el ibero capitolio,
Ya afirmando de Nápoles el solio;
Como anuncio feliz miro, Cristina,
Vengas del trono que ocupó primero,
Á ceñir la corona
Que ciñera tambien Cárlos Tercero.

Áun se escucha con eco sonoroso
Por los campos de España el grato nombre
Del hijo de Felipe el Animoso;
Áun recuerdan su fama esclarecida
Las rotas sierras, las abiertas fuentes,
Artes y ciencias, arsenales, puentes...
Y áun la ninfa del Ebro, envanecida,

Á su raudal queriendo dar renombre,
Repite en sus armónicos cantares
Que con su augusto cetro poderoso
Mandó Cárlos juntar entrambos mares.

Tambien, Señora, en conyugal ternura
Unida al Dueño de tu ebúrnea mano
Por el sensible iman de la hermosura,
Genio del bien serás. Hija de reyes,
Que sus yelmos ornaron
Con la cruz de Pelayo y roja cinta;
Esposa de mi Rey, eres tú sola
La que el amor y el público alborozo
Reina aclaman de España y española.

Cuando por vez primera
Tu inocente mirada
Pudo gozar la celestial lumbrera,
Caserta de sus plácidos verjeles
Las flores te brindó; la régia mano
De un español excelso Soberano
Sus pensiles formó con los laureles
Que en abierta campaña
Ganó dos veces para honor de España.

Cuando apénas tu infancia placentera
El son articulado comprendia,
Ya el nombre de Toledo
En tus oidos resonar debia:
Nombre de la ciudad que Tajo undoso
Baña con linfas de cristal luciente,
Y en donde fué templada
Aquella espada célebre española,
De la enemiga gente
Terror en Garellano y Cerinola.
En torno de Parténope do quiera
Suena el nombre español, y en la vecina
Isla, que asilo de tu infancia fuera,
Si no del leon las garras,
Entalladas se miran en sus muros,
Con fama eterna, de Aragon las barras.

Del pueblo, oh Reina! que su amor te ofrece,
Igual al sol de su abrasado clima,
El ardimiento impávido parece.
Ya de los Alpes la riscosa cima,
Y el Escalda y el Soma atravesando;
Ya la salobre espuma
Arrostrando guerrero

Contra el alto poder de Motezuma;
Ya el astro de los Incas eclipsando,
Le vió gloriosa España
La trompa de la fama fatigando.

Aun á mi fantasía
Aparecen en tierra derribados
Los muros de Gerona,
De Zaragoza ardidos y aplomados
Los febles techos, los cañones broncos
Suplir el Bruch con horadados troncos,
Correr las raudas ruedas de Belona
El fértil suelo de la patria mia
Desde Calpe á Moncayo,
Insepultas las víctimas de Mayo.

Mas ¿por qué recordar la noche oscura,
Cuando luce feliz el claro dia?
¿Por qué trocar la lira jubilosa,
Cuyas cuerdas Amor pulsar se via,
Por la trompa de Marte pavorosa?
Cual ufano tambien barca ligera
Argonauta feliz rige festivo,
Bordeando la orilla placentera,

Y si al recuerdo del valor se inflama,
Agitando los remos surcadores,
De improviso se engolfa en mar altivo;
Así mi musa, que en tu honor y fama
Sólo cantar debia
Amores y venturas,
Ardiendo en fuego santo
De patrio amor, arrebató su canto.

Logra, Cristina, en fin, que entre ternuras
Con pronta mano te conceda el cielo
Que las astures cumbres
El fruto de tu amor príncipe aclamen,
Dulce esperanza de mi patrio suelo.
Presto del sol las lumbres
Mire yo esclarecer el dulce dia
En que tu augusto Esposo
Le abrace cariñoso,
Y que al mirar, gozando, en su semblante
La robustez viril ó la belleza
Dignas del trono que fundó Pelayo
Y que extendió Isabel al mar de Atlante;
Agotando en tu seno su terneza,
Oigas decir al padre venturoso,

Con llanto de alegría:
«Fuiste, Cristina, la ventura mia.»

Sí, yo lo anuncio: la ventura suya
Y la nuestra serás. Al Himeneo
Ya la oliva pacífica le entregas,
Y España toda recorrer le veo.
Vuela, Númen feliz; la voz divina
De union y paz ansiadas [1]
En el nombre resuenan de Cristina;
Pues si á Cristina nombras,
De las víctimas mismas sepultadas
Aplacarás las irritadas sombras.

1829.

[1] Alude á la amnistía anunciada entónces, y dada más tarde.

AL MARISCAL GÉRARD,

CON OCASION DE LA TOMA DE AMBÉRES.

SONETO.

ÁUN la color entre carmin y gualda
De Antuerpia el fuerte militar corona,
Y la célebre enseña brabanzona
Áun no refleja el navegable Escalda.
Surcan cien naves su anchurosa espalda,
Suelta en los palos la flotante lona,
Y bandera de union franco-bretona
Á sus cofas altísimas enfalda.
Rinde la plaza con marcial falange
Que bate en brecha con tronantes moles,
Y la belga nacion glorioso salva.
Así, venciendo al Príncipe de Orange
Con aguerridos tercios españoles,
Ganó fama inmortal el Duque de Alba.

1830.

EL LLANTO CONYUGAL,

en la muerte

DE LA EXCMA. SRA. DOÑA MARIA DE LA PIEDAD ROCA DE TOGORES,

ESPOSA DEL AUTOR.

ODA.

No es un sueño. Oh dolor! La huesa fria
Estéril riega ya mi amargo lloro,
Donde en silencio sepulcral reposa
Una mujer que áun en la tumba adoro.
Estos hondos gemidos
Que exhala el alma mia
Con lúgubre clamor, la temblorosa
Voz que no forma apénas
Dolientes ayes, con perenne llanto,
Pruebas darán de mi mortal quebranto.
¡Ay, que el más dulce, irresistible hechizo
Del hombre es la mujer! Naturaleza
Nunca pudo formar un pecho humano
Insensible al poder de la belleza;
Y cuando, por ventura,
El ingenio y bondad dan nuevo brillo

Al refulgente sol de la hermosura;
Cuando el amor con cándida ternura
Subyuga el corazon; cuando Himeneo
Alumbra con su antorcha placentera
El lazo conyugal, de amor trofeo;
Cuando de union feliz vástago hermoso
Renace el mismo amor, todo dulzura
Nos brinda sin igual; mas si atrevida
La muerte despiadada
Hunde en la tumba la consorte amada,
Todo es llanto y dolor, y la honda herida
Que cual fiero puñal desgarra el pecho,
En el límite estrecho
Del sepulcro, y no más, remedio alcanza;
Porque no acaba el mal que no consiente
Ni el soñado placer de la esperanza.
¡Cuánto recuerda mi angustiada mente
El venturoso dia
Que la juré mi amor, juró ser mia!
Sólo amor la ofrecí; que del paterno
Estado, presa de ambicion extraña,
Sólo pude salvar un noble acero
Para hacer frente al invasor de España,
Y un lozano bridon, fiel compañero

De mis duras fatigas,
En que, á los ecos del clarin guerrero,
Cansado y polvoroso
De combatir las huestes enemigas,
Al ara conyugal corrí gozoso.
No las sacras antorchas reflejaron
Mármol bruñido y regios artesones,
Sino el hierro marcial de los pendones
Que en la patria defensa tremolaron.
De un bondadoso agricultor el lecho
Fué el tálamo nupcial; sirvió mi espada
De espejo á la beldad que el alma llora,
Y en amor y valor mi pecho ardia...
Campos famosos de la antigua Baza!
Eternos sois en la memoria mia![1]
Yo recuerdo tambien en mi agonía
Cuando un fruto precioso
Amor me concedió, que ora inocente
Es un ángel del Ser Omnipotente.
No ménos vivo píntase en mi idea
Aquel momento de placer sublime,
En que la luz febea

[1] Esta estrofa es de rigurosa verdad histórica; véase la *Noticia Biográfica*.

La amable niña que en mis brazos gime
Vió por primera vez. Un caro hermano,
Hermano por amor,[2] la presentaba
Al raudal de salud que sacra mano
Sobre su tierna frente derramaba.
Ay! ¡cuán graciosa y bella
Miré á su madre renacer en ella!
«Prenda del corazon! cuando me ayudes
Á sostenerme en mi vejez amarga;
Cuando mi vida del penar escudes;
Cuando yo deje la mundana carga,
En el dia fatal en que, atrevida,
La muerte fiera la segur descarga;
Yo te bendeciré, y áun bendecida
Será tu prole, porque amarte pueda,
Como tú fuiste de mi amor querida[3].»
Tan tiernas voces resonó mi acento,
Cuando, cercano al Bétis espumoso,
Con tristes ayes fatigaba el viento...
Y á Nicasio... Tu nombre, dulce amigo,
Recuerda á mi tormento,

[2] Don Luis Roca de Togores, Conde de Pinohermoso.

[3] Versos sacados de una epístola del autor á su amigo D. Juan Nicasio Gallego, escrita en 1823.

Como augurio fatal, tu antiguo canto.
«Ántes la santa huella
Del tardo cenobita oprima el mio,
Que ver, oh Aspasia! tu sepulcro frio[1].»
Así clamaste con dolor y espanto
Cuando entre el ruido de Sidonia un dia
Mi lira oyendo en fúnebre quebranto,
Muerta juzgaste la ventura mia.
Ay, Nicasio! mi amigo! no lo dudo:
Despues del llanto fraternal, tu llanto
El primero será: mísera ofrenda
Que á la hermosa bondad, hija del cielo,
Hacemos en la tumba,
Y de amor y amistad triste consuelo.
Mas este acerbo lloro

[1] En el año de 1816 compuso el Duque de Frias una *Elegía á la muerte del Duque de Fernandina.* Su citado amigo escribió poco despues otra al mismo asunto, en la cual, recelando que á los lamentos del autor pudiera haber dado ocasion alguna desgracia ocurrida en su familia, estampó los siguientes versos:

¿Será, mísero yo! que infausta estrella
Del nuevo fruto de su amor le prive,
Ó el sol hermoso, en cuya lumbre vive,
Llore eclipsado de su esposa bella?
Ántes la santa huella, etc.

Corra, y corra sin fin; que es nuestra gloria
Verterlo sin cesar, si tanto duelo
Es un digno homenaje á su memoria.
¿Quién ¡oh noche fatal, en que perdido
Miré mi dulce bien! podrá pintarte
Sin lúgubre pavor? Ni ¿qué torrente
De lágrinas amargas bastaria
Á expresar el dolor que el pecho siente!
«Murió! murió!»... Tan fúnebres acentos
De labio en labio vagan,
Resonando en mi hogar entre lamentos.
Confusos por sus ámbitos divagan
Mis deudos, mis amigos,
Mis domésticos fieles,
Del infortunio asolador testigos;
Y á la preciosa víctima llamando,
Van el horror y la afliccion doblando.
De angustia lleno y de terror sombrío,
En las tinieblas de la noche airada,
Esa hija de mi amor, ídolo mio,
Con mis brazos estrecho,
Para salvarla, á mi angustiado pecho;
Porque á mi vista, la segur alzada,
La inexorable furia aparecia,

Con el triunfo feroz encarnizada.
Oh tú, Númen del bien, **Piedad** hermosa!
Recibe mi dolor, santo tributo
Que á tu memoria el alma congojosa
Consagra con su amor; y el tierno fruto
De nuestra union felice,
Que mi cariño paternal bendice,
Con su ruego inocente
Del gran Dios de bondad logre dichosa
Te alumbre el sol de su adorable frente.
Cuando pregunte en mi mansion, llorando,
Por tí, mi caro bien, ni el vago viento
Mi voz repetirá, sino un suspiro
De la hija tierna que angustiado miro.
La carga del vivir en mí pesando,
Si la edad al dolor quizá resiste,
Veré los años fúnebres pasando,
De luto lleno y de congoja triste.
La edad!... Oh Dios! En la vejez penosa
Quién mi ayuda será? ¿Quién oficiosa
Podrá animar mi fatigado aliento?
¿Quién el plácido acento
Renovar en mi oido,
Que en él un tiempo resonar solia?

Y ¿quién los moribundos
Ojos en mi agonía
Última cerrará? Sólo la amada
Hija del corazon desventurada,
El nombre repitiendo de su madre,
Dará en el borde de la tumba helada
Dulce consuelo á su infelice padre.
Acércate á mi pecho, gloria mia,
Y á tu madre adorada
Juntos lloremos: su final aliento
Fué tuyo y mio, como el nuestro un dia
Será suyo tambien, cuando del mundo
Rotos los febles lazos,
Á entrambos cierre entre sus yertos brazos.
¡Tu apacible inocencia, amor querido,
No alcanza á conocer el bien perdido!
Para una jóven tierna, á quien prepara
El vicio seductor pérfida guerra,
Una madre es un ángel en la tierra.
Ven, hija, siguemé, y unidos demos
Una prueba de amor y de ternura
Á la que tanto recordar debemos.
De tu madre, ay de mí! los restos frios
Aqueste vaso cinerario guarda,

Y en su gótica espléndida capilla
Don Pedro de Velasco los aguarda.
Ayúdame; que carga tan preciosa
Tan tuya es como mia;
Y en el lúgubre dia
Que, honrando nuestros hijos la memoria
De sus abuelos, sobre el jaspe duro
La anual ofrenda por su eterna gloria
Á Dios presenten con acento puro;
Por tu madre infeliz, en dulce anhelo,
Sus tiernos votos alzarán al cielo.
Allí, en el templo santo,
Allí donde el poder antiguo brilla
De nuestros condestables de Castilla,
Es su digna mansion, ya que no puede
Nuestro amargo quebranto
Sino bañar la tumba con el llanto.
¡Oh tú, Señor, á quien el claro nombre
De mi linaje y mi opulencia debo,
Buen Conde de Haro, de alta nombradía!
Este yerto depósito sagrado
Admitirás en la congoja mia.
Yo te lo ruego, y cándida, inocente,
Esta prenda del alma con su lloro

Te lo ruega tambien. Son sus blasones
Los azulados veros que brillaron
En tus feudales célebres pendones.
Hija es mia, Señor. Hoy de su madre,
Que fué mi cara esposa,
Los despojos mortales te entregamos,
Que, como á Genio tutelar y padre,
En tu mismo sepulcro colocamos.
Sé tú su guarda fiel hasta que suene
La trompeta final, y el orbe entero
Al eco santo de pavor se llene.
¡Los restos son de la mujer hermosa
Que dió á luz á mi huérfana querida,
Y supo hacer mi suerte venturosa
En los mejores años de mi vida!

Madrid, 1830.

A LOS AUTORES

QUE ESCRIBIERON

LA CORONA FÚNEBRE DE LA DUQUESA DE FRIAS.

SONETO.

Cuando con lira de ébano doliente,
Musas de Iberia, acompañais mi lloro,
Á vuestro canto fúnebre sonoro
Brindo la gratitud que el alma siente.
Esa que lamentais, astro luciente
Que del sol no envidió los rayos de oro,
Como de gracias mil rico tesoro,
Fué de bondad inagotable fuente.
Plácida, sobre el áspero Apenino,
Rotos los gonces de la tumba duros,
La sombra os oye de Maron divino;
Y reflejada en los cristales puros
Que á Sunio rinde el piélago vecino,
La del cantor de los troyanos muros.

Madrid, 1830.

Á LA MUERTE

DEL

GENERAL DON JOSÉ DE ZAYAS.

CANTO FÚNEBRE.

Siempre sañuda la inflexible parca,
En su furor encarnizado, aleve,
Víctima suya preferente marca
Á quien honor y admiracion se debe;
Y si en la tumba la virtud encierra,
Por colmo de su pérfida victoria,
Nos deja la maldad sobre la tierra
Á manchar con sus crímenes la historia.

Mas ¿qué mucho que, insana y atrevida,
Siente do quier la abominable planta,
Y hunda en el seno del sepulcro frio
Con fácil triunfo la virtud, la gloria,
El honor y el saber? Cuando levanta
Su execrable segur, la envidia fiera,
En su falaz y ciego desvarío,
La designada víctima le ofrece,

Cual amansa la tímida cordera
Que en ara mitológica perece.

¡Oh tú, Bardo escocés, que ardiendo en gloria,
De la tumba de Pope a la de Homero
Corriste armado, y con tu voz divina
Las desparcidas sombras evocaste,
Honra de Maratón y Salamina!
¡Tú, malogrado Harold, que peregrino
Tras la oprimida libertad doquiera,
Saludaste en tu rápido camino
Los sanguinosos campos de la Albuera!
La cítara armoniosa, el plectro de oro
Cede a mi mano trémula y airada:
Arrancara a sus cuerdas al que lloro,
Héroe de aquella bélica jornada.

¡Qué importa si en mi canto no consigo
La fama popular que tú convidas.

La memorable jornada de la Albuera mereció una demostración solemne de las Cámaras españolas é inglesas, y que Lord Byron la celebrase en su *Child Harold*, canto 1.º, estrofa 43, expresando que en lo venidero sería el de la Albuera asunto digno de las canciones populares.

Y que mi acento al opresor indigne?
Ni el tímido pavor mi pecho enerva
Del bando rencoroso, ni mendigo
El favor de las turbas seducidas.
Denodado adalid, mártir insigne
De la calumnia sórdida, proterva,
Y de la libertad, mi dulce amigo
Tiene derecho al eco de las Musas:
Y ya que libre, inexorable, acusas
En tus cantos la infanda tiranía,
Enciende en tu furor el alma mia.

Mas ya escucho los ayes lastimeros
Y el sonar de las ondas turbulentas,
Hiriendo las hermosas, opulentas
Playas de Alcídes, y en el alta torre
El címbalo sonoro conmoviendo.
La triste fama por los vientos corre;
Y el caro nombre de mi ilustre amigo
Por los béticos campos repitiendo;
Salvando rauda la fragosa sierra;
Travesando los campos confinantes,
Gloria inmortal del inmortal Cervantes;
De Madrid en las calles anchurosas,

Que un tiempo fué de su valor testigo,
«Zayas murió,» do quiera resonando,
Recuerda á un tiempo el hijo de la guerra
Y el amigo del Séptimo Fernando.

Zayas[1], tu nombre vive
Y el galardon de tu virtud recibe,
Por más que un bando, en su delirio necio,
Quiera á tu fama, á tu valor y gloria,
Odioso dar su criminal desprecio.
Bien puede el hombre, armado contra el hombre,
Cubrir la tierra de dolor y llanto;
Y una faccion, en su feroz encono,
Sojuzgar el poder, mandar al trono;
Mas no la fuerza á la verdad amengua
Con vil calumnia y ponzoñosa lengua;
Y si entre hierros oprimida gime,
Sólo acusa en su férvido quebranto
La bárbara injusticia que la oprime.

No es estéril su queja; rauda cunde
Y cual fuego en aristas se difunde

[1] D. José de Zayas nació en la Habana, hácia el año de 1772.

En cuantos pechos los latidos sienten
De virtud y de honor: así tu nombre,
Guerrero ilustre, llevan á porfía
Los céfiros ligeros,
Por ser á tus amigos lisonjeros,
Á cuanto España dominaba un dia;
Y aunque la envidia pérfida se asombre,
Desde las playas de la hercúlea Gádes
Tu preclaro renombre
Retumbará en las zonas apartadas,
Donde en otras edades
Marcaron, ay! los términos iberos
Las fulmíneas espadas
De Cortés, de Gonzalo y de Cisneros.
¿Cuál será tan avara ni tan ciega,
Que á tu heroica memoria niegue el luto?
¿Á cuál de todas niega
Tu sangre generosa su tributo?

Ella, vírgen aún, corre y fecunda
El cristiano reducto en la precita,
Tembladora ciudad[3], guarida inmunda

[3] Cadete de menor edad desde 1783, se halló en el horrible terremoto de Orán, acaecido el 9 de Octubre de 1790, siendo

Del rapaz ismaelita;
Ella, bullendo en tus ardientes venas,
Te mueve á atravesar el mar Atlante[4]
En frágiles entenas,
Rompiendo las entrañas,
Para acudir al escuadron triunfante,
Al rico de tesoros Chimborazo;
Ella, brotando de tu armado brazo
Junto al Santo Patron de las Españas,
Regó los astilleros españoles[5],
Acometiendo las britanas tropas,
Que bajo sus mesanas y penoles
Hallan refugio en sus veleras popas.
Luego del Arno la risueña orilla,
La voz llevando del caudillo hispano,

á la sazon subteniente del regimiento de infantería de Asturias, y allí recibió la primera herida.

[4] Despues de hacer bizarramente la campaña del 93, emprendió dos viajes á América, en busca de caudales.

[5] Se halló de teniente de granaderos en la célebre defensa del Ferrol por el ilustre marino el general Moreno, en 26 de Agosto de 1800, combatiendo en primera línea, siendo en ella gravemente herido de bala de fusil en el brazo derecho, y cargando, en fin, á los ingleses, que, desbaratado su intento, se refugiaron á sus buques.

Te vió, y moviendo con marcial alarde
Las haces de Bitonto y Garellano.
Allí alzaste una Infanta de Castilla[6]
Hasta el solio períclito donde arde
El genio de los Médicis; y entónces,
Bajo el ítalo cielo,
De gloria y libertad sintió el anhelo
Tu corazon gallardo,
Viendo latir los mármoles y bronces
Que á la luz de ese amor forjara Grecia,
Los que en Roma copió genio bastardo,
Los que el Senado augusto de Venecia
Robó al furor de la tajante luna;
Y luégo en paso religioso y tardo
Mediste el ancha popular tribuna
Y los templos que guardan por trofeo
Tablas de Miguel Ángel y Leonardo,
Sarcófagos de Dante y Galileo.

Mas ¿qué nuevo rumor los aires hiende?

[6] En Diciembre de 1805, con el grado de sargento mayor, y con clase de primer ayudante del general O'Farril, pasó á la Toscana en la division que para apoyar á la Reina de Etruria ocupaba aquel país.

Cuál se propaga funeral gemido?
Una y otra nacion vencida extiende
El dócil cuello al dictador temido.
Y ¿tú tambien lo sufres, patria mia!
No, que forjas el rayo
De San Quintin, Parténope y Pavía;
Y cual yerta pradera
Tras recio temporal de primavera,
Europa surgirá de su desmayo
Al grito de las víctimas de Mayo.

En alas tú del genio de la guerra
Cruzas, fiel mensajero, el Bidasoa[7]
Á brindar al cautivo soberano
Cuanto de amor encierra
Mal comprimido el pueblo castellano,
Cuanto arde oculto vengador deseo
Del edetano golfo hasta Lisboa,
Y desde el Guadalete al Pirineo.

[7] Próxima ya á estallar la guerra de la Independencia, le eligió la Junta de Gobierno, presidida por el Infante D. Antonio, para conferenciar con el Rey Fernando en Bayona, y tomar su vénia y sus órdenes para el próximo levantamiento. Era á la sazon comandante del regimiento de la Princesa.

Ya tremolada la inmortal bandera,
Tú guardas la arrollada muchedumbre,
Cansando en vano de la fama el eco
En la sangrienta arena de Rioseco [8].
Luégo, trepando con teson ardiente
Del alto Ibor en la fragosa cumbre,
Luchabas firme con ardor bizarro [9],
Y en la que aparta, plácida corriente,
La cuna de Cortés y de Pizarro [10].

En la sangrienta lucha de Albuera [11],

[8] Restituido á España, y agregado en clase de mayor general de infantería al ejército de Cuesta, contribuyó poderosamente á la organizacion del mismo, y entre otras memorables jornadas, asistió á la de 14 de Julio de 1808, en Rioseco, logrando ascender á coronel, evitando su denuedo que, por la desunion de los caudillos y la impericia de sus bisoñas tropas, fuesen éstas del todo arrolladas.

[9] Destinado luégo al ejército de Extremadura, se halló mandando el regimiento infantería de Jaen en los combates ocurridos el 18 de Marzo en la orilla del rio y puerto de Ibor.

[10] Fué herido de bala de metralla en la sangrienta batalla de Medellin.

[11] Asistió en Extremadura á la gloriosa, tanto como sangrienta, batalla de la Albuera, por la cual le concedieron las Cortes un sable de honor.

Allí cuando dudosa la victoria
Niega el lauro á las huestes de Castilla [12],
El Congreso español les dió la gloria,
Cual dió el Senado lauro sin mancilla
Á las haces romanas,
Que rotas viera el vencedor de Cannas.

Tú de la márgen del oculto rio
Á la del Tajo aurífera ribera,
Con indómito brio
Lanzaste al invasor vencido y roto [13],
Y tu grito belígero retumba
Ya en el campo feraz de Talavera [14],

[12] Sufrió asimismo la rota de Medellin, despues de la cual las Cortes recompensaron al ejército vencido.

[13] Nombrado brigadier y jefe de la vanguardia del ejército, tuvo tantas escaramuzas como dias conservó tan honroso encargo; persiguiendo al ejército del mariscal Victor desde el Guadiana al Tajo, y sorprendiendo en los Aljuces, el 31 de Julio de 1809, el regimiento de dragones núm. 5, que fué completamente batido y destrozado.

[14] En la jornada de Talavera, del 22 de Julio de 1809, la caballería francesa, mandada personalmente por el general Latour Maubourg, fué batida por la nuestra, que se disponia á la accion que acaeció despues, en que Zayas encontró ocasion de ceñir con gloria la faja de general.

Ya en el gentil pinífero Chiclana[15],
Do agora encuentras tumba,
Y adonde te acordó público voto
Honorífica espada lisonjera.

Vencido ó vencedor, tu noble aliento
Abandonado el campo polvoroso
Nunca dejó; y el estandarte amado,
Siempre de gloria militar sediento,
Contra el soberbio galo belicoso
Fué por tu heróica mano tremolado.
No de otro modo en la inmortal Sagunto[16],
De tanta sangre generosa llena,
Caballero y caballo todo junto
Morder hiciste la empapada arena.
Contraria suerte en la ciudad hermosa
Que el Turia adorna en plácidos verjeles,
Te entrega al fin al bárbaro enemigo,

[15] Nombrado comandante general de la Isla, cooperó á la batalla de Chiclana ó de la Barrosa.

[16] Destinado despues Zayas al reino de Valencia, se halló en la batalla de Murviedro, combate de Mislata, etc., etc., hasta que, en 9 de Enero de 1812, cesaron, con la capitulacion de Valencia, sus trabajos militares.

Al par que tantos españoles fieles;
Mas recordando entónces que Rodrigo
Allí acabara su vejez cansada,
Tú depusiste en su desierta tumba
Tus verdes lauros y tu ardiente espada.

Oh! ¡cuán otro las cimas de Pirene
Tornas á ver con indefensa mano,
Cuando á merced del agresor triunfante
Do quier el bronce pavoroso zumba!
En el raudal del Sena ondisonante
Sólo tu esfuerzo impávido sostiene
Tu existencia infeliz, y de un tirano
Menospreciando la arrogancia necia,
Fiel á tu rey, entre cadenas gimes,
Moderno Atilio en la imperial Lutecia [17].

Nuncio de paz, publicas la victoria
Cuando gozoso el alazan oprimes,

[17] La mala fe del gobierno frances abrió á su constancia y lealtad otro nuevo género de prueba: así es que sufrió dos años de encierro en un calabozo de diez piés de diámetro, privado de toda comunicacion, y no pocas veces de abrigo y alimento.

Raudo como el aliento de la fama,
Y el Congreso español colmas de gloria,
Los dilatados términos cruzando
Con la alcanzada oliva que proclama
La libertad del Séptimo Fernando[18].

Del pueblo amado y de tu rey querido,
Las libertades patrias defendiendo
Y el trono con las leyes sosteniendo,
Ya terminabas tu inmortal carrera;
Pero la trompa de Mavorte fiera,
Concitando los íberos pendones,
Te llama á combatir: bando homicida
Guia ya los bisoños escuadrones
Del frances receloso, y con infanda
Risa, del fácil triunfo se alboroza,
Mientras el galo atónito demanda
Adónde están Bailén y Zaragoza.
Y ve á Cantabria ilusa, no vencida,
Y el Ebro y Guadarrama cruza impune,

[18] Destronado Napoleon, á Zayas cupo la gloria de venir á anunciar á las Cortes de la Nacion la libertad del Rey, como en otro tiempo habia anunciado al Monarca el inminente levantamiento de su pueblo.

Oh mengua! y apellida
Deslealtad el valor de tus legiones.
Mas no su vil calumnia te importune;
Que á aquel que guarda corazon inmune,
No vendido el acero,
Conciencia pura y voluntad robusta,
Cuando huella la patria el extranjero,
La causa nacional sola es la justa [1].

Ora, oh Musa! recuerda el ardimiento
Con que, su acero tutelar brillando,
Detuvo el rudo y pavoroso intento

[1] Colmado del respeto público, gozando los altos honores de la milicia, puesto que habia sido ascendido á teniente general desde el fin de la guerra, vivia satisfecho y contento, cuando en 1823 se anunció la invasion francesa. Adelantóse ésta fácilmente, recibida en todas partes por los enemigos del sistema constitucional; precedida por las facciones, que pululaban tiempos hacia por todas partes, entre ellas la de Bessières; tolerada, ó al ménos esquivada, por generales que retiraban del enemigo los cuerpos de ejército que tenian á sus órdenes; vista, en fin, con asombro, pero no con terror, por el Gobierno y las Cortes, que buscaron vanamente un refugio en las antiguas y conocidas murallas de Cádiz. Si Zayas, ajeno al calor de la política, no era de estos últimos, ménos podia contarse en el número de los primeros.

De audaz caudillo de enemigo bando.
La alta puerta que régia y ostentosa
Al vasto Circo matritense guia,
Forzada por la turba sediciosa,
Fácil entrada al agresor cedia.
El alarma guerrero en la campaña,
La codicia de un pueblo turbulento,
Del encono civil la cruda saña,
Todo anunciaba porvenir sangriento.
Oh tú, heroica Madrid! acaso hoy dia
Conservas en tus fábricas hermosas,
En tus templos, palacios y museos,
Joyas, tablas, estatuas prodigiosas,
De tu antiguo poder ricos trofeos,
Los frutos de las artes industriosas,
Tus riquezas en fin, porque su espada,
Al Jefe aventurero rechazando,
Atajó los vandálicos deseos,
La capital de España libertando [20].

[20] Recibió en Madrid el mando, que le correspondia por ausencia de Abisbal y de Castelldosrius, sin otra mision que la de contener el desórden de la muchedumbre : en tanto Bessières, que ya se hallaba á las inmediaciones de Madrid (copiamos á un historiador contemporáneo), manifestó á

Treguas, Musa, me da, que este es su crímen:
Por él jueces ilusos le condenan,
Y sus contrarios pérfidos le oprimen.
No bastan, ay! ni glorias ni laureles
Á contener la bárbara injusticia,

Zayas sus intenciones de entrar ántes que los franceses, puesto que les servia de vanguardia. Respondió el General que mediaba un convenio ó capitulacion con el General frances, ajustado por el Ayuntamiento de Madrid en 19 de Mayo de 1823; mas Bessières, sin tener en cuenta dicho obstáculo, se presentó con sus tropas y penetró por las calles de la capital, donde encontraron una viva resistencia en la guarnicion. Fué el choque violento y feroz; quedó el suelo sembrado de cadáveres. Hostigados los facciosos, y llevados por los nuestros hasta el Retiro, donde pensaban hacerse fuertes, tuvieron en fin que abandonar la capital, merced á las acertadas disposiciones de un jefe tan valiente y entendido como el general Zayas, y á la bizarría de las pocas tropas que estaban á sus órdenes. Al lado de los facciosos perecieron algunos paisanos, deseosos de tomar parte en el saqueo con que sin duda contaban; pues solo con este objeto se habian apresurado tanto á ganar por la mano á los franceses. Apuró con este motivo Zayas al general frances á que cuanto más ántes apresurase la entrada en la capital, para libertarla de este desastre. El 23 de Mayo se presentó en sus puertas el Príncipe Generalísimo, miéntras se retiraba por la parte opuesta el General español, acosado por la plebe, rabiosa por el botin que les habia quitado de las manos. (*San Miguel.*)

Cuando osan arrojar manos crueles
En la dócil balanza
El odioso puñal de la venganza[21].
Y no bastó que en pública justicia
El agresor, á quien opuesto bando
De fiel el nombre diera enloquecido,
De Molina en las sierras escabrosas,
En el cadalso al fin se hunda al olvido [22].

Paz á las tumbas. ¡ Héroe venerado,
Que en la estacion fragante y placentera
Que viste Flora con gentil guirnalda,
Y ántes que el aura plácida y ligera
La aurora adule entre carmin y gualda,
Ante las playas del hispano Alcídes,
Arena un tiempo de tus nobles lides,

[21] Este cívico servicio, el mayor en su clase sin duda que en su larga carrera militar pudo hacer el general Zayas, fué el principal motivo para que el Tribunal de purificacion, movido por el reaccionario espíritu de aquella época, le condenase.

[22] Despues de esto, Bessières, que, vencido por Zayas, aunque aclamado por la plebe, se habia puesto al frente de una faccion, fué derrotado en los montes de Molina, y ajusticiado inmediatamente no léjos del campo de sus correrías de 1823.

Diste improviso el postrimer aliento [23]!
Recibe ya mis lágrimas dolientes,
Tributo á la amistad: yo en mi quebranto,
De tu sepulcro sobre el jaspe duro
Vueltos mis ojos perenales fuentes,
Y en noble y tierno y compasivo llanto,
Cariño eterno á tu memoria juro.
Y si en los fieros campos de Belona
Blandí á tu lado el refulgente acero;
Hoy, que ya ciñes inmortal corona,
Mi humilde canto consagrarte quiero [24].
Débil consuelo de mi amarga pena,
Pobre holocausto al férvido entusiasmo,
Será el flébil quejido;
Mas cuando al son de bárbara cadena
El labio envilecido
Se abre sólo al rencor, se cierra al pasmo,

[23] Zayas, por una notable coincidencia, fué sorprendido por la muerte en el mismo Chiclana, teatro de sus gloriosos servicios, á consecuencia de los disgustos que le habia acarreado la ingratitud é injusticia de sus perseguidores.

[24] Digno canto, en verdad, del ilustre prócer castellano y del noble guerrero que en Tudela, Medellin, el puente del Arzobispo, Ocaña y Murviedro habia militado con él y compartido sus infortunios y sus victorias.

La envidia triunfa, y la procaz mentira
En el silencio la victoria funda,
Este solemne canto de mi lira
Su audacia enfrene y su maldad confunda.

A LA SRA. D.ª CONCEPCION SANDOVAL [1].

SONETO.

En medio de los plácidos verjeles,
Gala de esas orillas venturosas,
Descansan las cenizas belicosas
De un caudillo, alfombradas de laureles.
En nombre tú de sus amigos fieles,
Concha gentil, con manos generosas
Cólmalas tierna de fragantes rosas,
De jazmines, de violas y claveles.
Mas porque frescas rindan sus olores
Y vástagos de Marte á los altares,
Riega propicia sus pintadas flores
Cuando el agua benéfica dejares,
Bella cual la deidad de los amores
Pudo salir de los nativos mares.

[1] Se hallaba esta señora tomando baños en Chiclana, donde murió el general Zayas.

1831.

AL Sr. D. MARIANO ROCA DE TOGORES[1].

ROMANCE ENDECASÍLABO.

Por ti mi númen las doradas cuerdas,
Dulce Mariano, de su lira pulsa,
Porque á mi pecho el repetir tu nombre
Con el recuerdo del cariño adula,
En la antigua ciudad que el mar Tirreno
Ya con ondas pacíficas saluda,
Ó ya encrespando el proceloso golfo,
Al cielo arroja la albicante espuma;
Donde el árbol sagrado de Minerva
Opimas ramas abundoso cruza
Con las que en blanco azahar, bello, fragante,
Sus frutos salutíferos anuncian.
Á par que juzgo en la callada noche,
Al tibio rayo de argentada luna,
Las nobles sombras de Rodrigo y Jaime
Ver en las aguas reflejar del Turia;

[1] Hoy Marqués de Molins.

Absorto admiro á sus frondosos campos,
Que el desangrado manantial usurpan,
Sola dejar á los robustos puentes
La seca planta en su feraz llanura.
Aquí tambien el laborioso insecto
Con existencia efímera tributa
De la pompa oriental sutiles hebras,
Que en sus talleres unirá la industria.
Del sacro templo y del augusto trono
Tapizarán la artesonada altura
Lujosas sedas de matices varios,
Ó brocados que el oro y plata abultan.
Tersas, bellas, ligeras, ostentosas,
Aumentan el brillar de la hermosura;
Enseñas de belígeras naciones,
Con sus alas el viento las ondula.
Y aquí tambien del África abrasada
Las producciones por doquier abundan;
Que del moro invasor los descendientes
Áun conservan la agrícola cultura,
Ya sumergidos con afan penoso
En pardo fango de charcal tahulla,
Donde germina el sustancioso grano,
Sobrio alimento á su aptitud robusta;

Ya cultivando la morera verde
O del granado la sabrosa púrpura;
Ya el hacinado cáñamo tendiendo,
O ya ingertando las variadas frutas.
Entre el bosque olivífero la frente
Por la etérea region Sagunto encumbra,
Y los nombres de Roma y de Cartago
Áun en sus ruinas resonar se escuchan.
Sagunto! ¡Oh nombre que á mi pecho acuerda
Cuándo la lanza ponderosa y dura,
Para salvar á mi invadida patria,
Blandí constante en la pasada lucha!
Yo fuí testigo del esfuerzo noble
Con que los fieles combatir procuran,
Y cansado, vencido y polvoroso,
Estos acentos consagré á las Musas.

Donde la ruinosa planta
Sagunto antigua asegura,
Para las haces francesas
Fué propicia la fortuna.
Oh dia! ¡Qué de recuerdos
Á mi corazon angustian

Al contemplar tanta sangre
Allí vertida infecunda!
   Del sol los ardientes rayos
Sobre las armas deslumbran;
La noble, marcial pelea
El troton fogoso anuncia.
   Redoblantes atambores
Montes y valles retumban,
Y el ronco bronce estallando,
Áun en el piélago zumba.
   Las banderas á que Marte
Brindar debiera venturas,
En presagio lisonjero
El céfiro las adula.
   Ya la circundada plaza
Al cruel sitiador insulta,
Porque las amigas huestes
Mira marchar en su ayuda.
   Fueron... Belona sangrienta
La antorcha agita y alumbra,
Y en las filas españolas
Derrota y muerte promulga.
   Deshácense cual la arena
De ardiente y vasta llanura,

Alzada, arrojada al cielo,
Si los huracanes cruzan.
  Treguas al dolor! Mi númen
Seguir el canto rehusa,
Pues el lloro y los sollozos
Ya las palabras me anudan.

  Edetania region, tambien tu suelo
Con su corriente diáfana fecunda,
Y entre ricos verjeles se difunde,
El bienhechor y plácido Segura,
  Que en Guardamar sus recobradas ondas
Al insondable piélago tributa,
Celebrando sus náyades festivas
La verde pompa de Orihuela y Murcia.
  Oh caros nombres á mi triste pecho!
En vuestro suelo próspera fortuna
Brindó á mi amor la que en la tumba lloro,
Brindó á mi cuello la nupcial coyunda.
  Hermana bella de tu caro padre,
Que tambien, por mi mal, lloro en la tumba,
El lazo conyugal á un noble amigo
Con el cariño fraternal me junta.

Jamás el alba matinal risueña
Flor más lozana con su luz alumbra,
Ni Ribera, ni Juanes, ni Ribalta
Concibieron tan fúlgida hermosura.
Vióla nacer en el paterno alcázar
El feudal derruido Benejúzar[1],
Y crecieron sus gracias infantiles
En la oriolana márgen del Segura.
Allí, al mirarla por la vez primera,
Radiante como el sol que nos alumbra,
Admirando su gracia encantadora,
Eterno amor mi voluntad la jura.
Todo despareció cual humo leve,
Amores, esperanzas y venturas,
Para mi corazon, cuando su aliento
Rindió á la saña de la parca ruda.
Una prenda no más con sus halagos,
Vástago angelical de su dulzura,
Soportando mi mísera existencia,
Mis abundosas lágrimas enjuga.
Hoy á las aguas que gozosas vieron

[1] Pueblo del antiguo señorío de la casa de Pinohermoso, destruido por los terremotos de 1829.

De su madre mecer el áurea cuna,
Y en anchuroso golfo se dilatan,
Que aladas proras arrogantes surcan,
Mi solo bien y mi esperanza fio;
Y entre sus olas saludables busca
Vigorizar sus juveniles años,
Con justo afan, mi paternal ternura.
Cual la Diosa feliz de los amores
Logró nacer de vuestra blanca espuma,
Oh númenes del mar! mi cara prenda
Volvedme hermosa, placentera y pura.
Dos sepulcros mirar y una hija amada,
En cuyas venas sin cesar circula
Nuestra sangre, con vínculos estrechos
Siempre, Mariano, nuestras almas una.
Por tanto, yo mis fervorosos votos
Sublimo al cielo por las dichas tuyas,
Y que, en honra de España y tu linaje,
Suenen tus hechos en la edad futura.
Y ya que ardiente tu pasion guerrera
Manda que al campo belicoso acudas,
Y la hueste Real[1] para ti apronta

[1] La persona á quien estos versos se dirigen, habia solicitado entrar en la Guardia Real de caballería.

Bridon, espada, yelmo y armadura;
  Al frente de guerreros escuadrones
Marcha, cierra, combate, arrolla y triunfa,
Si extrangeros las armas españolas
Con necio orgullo en nuestro daño insultan.
  Mas hora que la paz con gratos dones
Rinde su culto á las sagradas musas,
Y que al templo de Herrera y Garcilaso
Las antorchas ibéricas alumbran;
  Cuando el raudal sonoro de Hipocrene
Con desusado júbilo murmura[1],
Y para el vencedor recientes lauros
En sus risueñas márgenes fecunda;
  Arrebata la trompa de Mavorte,
Porque con ella tus acentos cundan;
Que el Parnaso inmortal ansioso aguarda
Y España entera generosa escucha.

  Canta el famoso cerco de Zamora,
Y á Sancho dando el postrimer gemido,

[1] Alude al concurso abierto en aquella ocasion por la Academia Española, cuyo argumento era *el Cerco de Zamora*, en el cual obtuvo el premio el Baron de Bigüezal.

Lara retando á la faccion traidora,
Y huyendo el campo el pérfido Vellido;
Cómo al rumor la gente sitiadora
Arde en venganza por su rey querido,
Y á la Infanta en el muro, haciendo alarde
De ver salvado al matador cobarde.
 Y al de Vivar, que de traicion repara
Ser el cetro y diadema los despojos,
La visera calándose á la cara
Por encubrir el llanto de sus ojos,
Justo fuera tu verso celebrara,
Callando el sospechar de sus enojos,
Para que en alta voz público sea,
Cuando le oiga jurar Santa Gadea.
 Si el Senado español tu canto admira,
Y el general aplauso corresponde,
Tu noble triunfo sonará en mi lira
Al ver el lauro que tu frente esconde:
Así tambien al genio que le inspira
El celebrado Píndaro responde,
Cuando, el carro al troton doblando el lomo,
Se arrojaba el atleta al hipodromo.

1831.

ABENHAMAR, ó EL DESPECHO.

ROMANCE.

Sobre un arzon sin gualdrapa,
Montando un rodado tordo,
Por la tierra de Segovia,
Cubierto de sangre y polvo;
Con la toca desprendida,
Con los borceguíes flojos,
Con la marlota rasgada,
Y el alquicel sobre el hombro;
Triste Abenhámar camina,
Porque un cristiano animoso
Le hizo jurar que á la Infanta
Fuese á presentarse á Toro.
Un lance de amor motiva
Este desman lastimoso:
Mal concebidas sospechas
Por Nuño Vargas de Arroyo.

No tanto á su pecho oprime
Verse maltratado y solo,
El broquel hecho pedazos,
Mellado el alfange corvo,
Como el amargo recuerdo
De que va el Rey don Alfonso
Á poner cerco á Toledo,
Cruzando el Tajo espumoso;
Pues ve en menguante la luna
De aquel pabellon famoso
Que Tarif en Guadalete
Desplegó contra los godos.
En tanto que un verde bosque
Quiere cruzar por el fondo,
Para ocultar su camino
En el enramado toldo,
Y que la ferrada planta
Hunde el caballo en el lodo,
Oye una voz que le nombra
Con árabe acento bronco.
Entónces las dobles riendas
Acorta con pulso flojo,
Y el acicate separa
De los ijares del potro.

«Abenhámar, á Toledo
Acude, que sitia el godo,
Y fijar en su mezquita
Quiere la cruz, victorioso;
»Y en Santa Leocadia piensa
Congregar sus hombres doctos,
Para que el Jenil y el Darro
Le rindan sus aguas de oro.
»Ya nuestras damas supone
Presa de su amor vicioso,
Apostatar nuestro rito
Para cubrirnos de oprobio.
»Quizá tu Jaira...—No sigas,»
Dice Abenhámar lloroso,
Pero de rabia saltando
De sus órbitas los ojos.
«Dame un broquel y una lanza,
Porque yo á Toledo corro
Más raudo que el Nilo inunda
Los campos, bramando ronco.
»Mi forzado juramento
Ante ti maldigo y rompo;
Primero es mi ley y Jaira
Que Nuño Vargas de Arroyo.

» —Aquí las armas recibe,
Repone Tarfe gozoso,
Que en las márgenes del Duero
Gané á Hernan Perez de Soto.»
Juran á Leon y Castilla
Entrambos venganza y odio,
Y camino de Toledo
Vuelven la rienda á los potros.
De sol á sol caminando,
Sin dar al afan reposo,
En los verdes cigarrales
Logran hallarse muy pronto.
Mas la lunada bandera
No ven en el muro añoso,
Ni del atabal escuchan
Retumbar los ecos broncos;
Porque en la empinada torre
El blanco estandarte y rojo
Tremola, y el viento zumba
Con los címbalos sonoros.
«Perdida está ya Toledo!»
Claman sus suspiros hondos.
«Ya no hay Toledo! repiten;
Ya la ganaron los godos!»

Pero Abenhámar prorumpe,
Bañada la faz en lloro:
«Adios, Tarfe, adios; al ménos,
Que no lo pierda yo todo.»
Se baja de los arzones,
Y abrazando cariñoso
Á su compañero, marcha,
Á trechos volviendo el rostro.
Ya en las cimas imperaba
El sol con sus rayos rojos,
Cuando á los muros se acerca
El acongojado moro.
De la puerta de Visagra
Bate tres veces el plomo,
Y otras tantas á los golpes
Se muestra el Alcaide sordo.
Desata la blanca toca,
Y al fresno herrado nudoso
La liga, y dice á los guardias
Que anhela hablar con Alfonso.
Entra por fin en Toledo,
Y al alcázar ostentoso,
Vendándole, le conducen,
Entre el público alborozo.

Con los lanros de la guerra,
El vencedor sobre el trono
Le recibe, y le permite
Rompa el silencio penoso.
«Rey feliz, Alá te guarde;
Yo aquí tu justicia invoco,
No cual inerme cautivo,
Sino como armado moro.
»En tu poder Jaira bella,
La de los azules ojos,
Gime su suerte cautiva,
Sin el conyugal apoyo.
»Entrégame lo que es mio;
Porque tan sagrados votos
Tan nobles son en Castilla
Cual lo son entre nosotros.
»—Sí, moro, llévate á Jaira,
Replicó el Rey generoso;
Mas de que á Sevilla llegues
Yo la condicion te pongo,
»Y que á Benhamet le digas
Padre de mi bien, que adoro,
Cuán ufano me glorío
De verme de Zaida esposo:

»Y así confirmarle puedes
Que los conyugales votos
Tan nobles son en Castilla
Cual lo son entre vosotros.»
No al Rey volviendo la espalda,
Y con paso respetoso,
Inclinando la cabeza,
Sale, colmado de gozo,
Abenhámar, y ancha calle
Para volver le hacen todos,
Pues mensajero le juzgan
De los andaluces moros.
Pasando por la mezquita,
Del arte y poder asombro,
Apiñada gente mira
En ademan jubiloso.
Llega á la puerta, y advierte
Que con oriental adorno,
Y en un báculo apoyado,
Se ostenta un prelado godo.
Y á una mora, á quien un velo
El talle la cubre airoso,
Sobre un acopado mármol
Desata las trenzas de oro.

El paso aviva, se acerca,
Y á Jaira conoce absorto,
Cuando ya el agua de Cristo
La corria por el rostro.
Huye la vista, y la plaza
De Zocodover, furioso,
Pasa veloz, cual el rayo
Cruza los etéreos globos.
Corre las revueltas calles,
Y á un muro almenado y tosco
Sube, y con voces pronuncia,
Que el Tajo resuena undoso :
«Abandona estas riberas,
Huye, Tarfe, estos contornos,
Que ya solo nos ofrecen
Ingratitudes y oprobios.
»Del Koran, pérfida, Jaira
Las sacras hojas ha roto,
Sin temer al gran Profeta,
Sin respetar á su esposo.
»Corre á Córdoba y Sevilla,
Y di que, perdido todo,
Allá en la mar de poniente
Hallarán mi frio tronco.»

Calla; y tendiendo los brazos,
Con desesperado arrojo
Al raudal se precipita,
Y suena el golpe en el fondo.
Flota el lívido cadáver
Sobre las aguas bien poco,
Pues la corriente le arrastra,
Y desaparece pronto.
Tarfe, mirando á su amigo
En el torrente impetuoso,
Maldice haberle encontrado
Sobre el camino de Toro;
Y marcha á unirse á los suyos,
Que entre Cazorla y el Pozo
Están agolpando gente
Para volver contra Alfonso.

Valencia, 1832.

NUESTRO SIGLO.

FRAGMENTO DE UN POEMA [1].

Siglo de confusion! Siglo de asombros!
Cuando, mediado mi vivir, se avanza
Á aumentar del sepulcro los escombros,
Tú sólo puedes inspirar mi canto;
Tuyo mi númen es, tuya mi lira,
Puesto que es tuyo el agitado aliento
Que mi existencia atónita respira.

Cuando mi tierno labio se expresaba
Con infantil acento, al rayo ardiente
Del sol que en Manzanares reflejaba,

[1] El autor habia continuado esta obra hasta poco ántes de su muerte. Sin embargo, de ella no queda más que el principio, habiendo desaparecido el resto, segun se cree, en un exceso de severidad crítica ó de devota abnegacion del mismo.

Ya vi correr al campo belicoso
La armada juventud; que extraña gente,
En son de triunfo y con marcial arreo,
Cruzar osaba el agrio Pirineo.
Mi oido entónces por la vez primera
Sus ecos percibió, cuando, al fogoso
Clamor de sedicion, faccion impía,
Libertad repitiendo
Con frenético ardor y pecho falso,
Al regio sucesor del Cuarto Enrique
Hizo espirar en hórrido cadalso.

Calmada, en fin, la anárquica violencia
Que á la Francia cubrió de sangre y lloro,
Un caudillo guerrero
Con sus victorias llena
De extranjeros pendones
La cúpula famosa,
Mauseolo de Vauban y de Turena.
Las cimas escarpadas,
Al peso abrumador de sus cañones,
Los encumbrados Alpes inclinaron;
Las germanas legiones
Huyeron á su vista, y hasta el solio

De los lombardos reyes
Llevó sus armas y extendió sus leyes.
La tricolor enseña triunfadora
En todo el Lacio tremoló, y en vano
El alado leon rugió en Venecia:
La toga senatoria
Y la insignia anular juntas cayeron
En el vecino golfo; la victoria,
Do quier llevando su rodante carro,
No halla en su marcha contrapuesto linde,
Y á la fuerza extranjera resistente
En la célebre Mantua encierra y rinde.

Mas ¿quién pudiera, al recordar tus hechos,
Funesto vencedor, dar al olvido
El memorable dia
En que al cantor del prófugo troyano
Homenaje de honor y nombradía
Tu venturoso ejército rendia!
Cien jóvenes hermosas,
Al dulce son de pastoril avena,
Con odorantes flores
Oliva y mirto y lauro, jubilosas,
Á la vez enlazando,

Y valientes guerreros saludando
Entre el tronar de roncos atambores
Al animado mármol de Virgilio,
Recordaban los campos, los pastores,
La cólera de Juno,
El protector tridente de Neptuno,
Á Turno al pié de su rival rendido,
Ingrato á Enéas y constante á Dido.

En breve el Vaticano
Sobre la Adriana mole absorto mira
Tremolar el pendon republicano.
El Monte sacro, la Tarpeya roca
No más prestan asilo
Al pueblo descendiente
De Bruto y de Camilo;
Florencia, Parma, Módena, Pavía
Abren sus puertas al campeon valiente,
Bélico honor de la moderna Galia,
Que en Campo Formio enlazará la oliva
Al noble lauro que le dió la Italia.

Con júbilo y asombro
Vióle llegar Lutecia,

Y ofrecerle, á la par de sus trofeos,
Portentos de las artes de la Grecia.

. . . .

. . . .

Contrario á la marítima Inglaterra,
Corre á llevar el genio de la guerra
Do la llama del sol abrasadora
De la base á la cúspide las dora.
Inútil fué su afan; que allí se ostenta
Protector estandarte;
Y en vano, en vano á Tolemaida asalta,
Porque, á la par de la Otomana luna,
De San Jorge la cruz tambien resalta.
Sálvase y cruza el mar, llega al Senado,
Ciudadano perjuro le confunde,
Y callan todos y obedecen todos.
Sólo un puñal la libertad defiende
En la márgen del Sena,
Con que á Bruto invocaba el corso Arena.

Impera, y vuelve al campo de Mavorte:
Sus esperanzas de salvar la cima
Que entre riscos sublima
El San Bernardo, murallar de nieve,

À su intrépido ardor vanas no fueron;
Que al relincho marcial de los bridones
Los piadosos varones
Sus fervorosos himnos suspendieron,
Temblando el templo y las erguidas peñas
Al ignoto estridor de las cureñas.
Augusta religion! más pura brillas
Que entre áureos artesones,
Bajo del condensado
Vapor, que nebuloso
Allí encapota el astro luminoso.
Austeros cenobitas, alejados
Del mundanal rüido,
De alma piedad y de virtud colmados,
Auxilio dan al yerto caminante,
Que sobre escarcha que abrasó la verde
Yerba al brotar en áspera montaña,
El rumbo ignora ó los senderos pierde.

Ya en la corriente pura
Del anchuroso Po vese brillando
La consular belígera armadura;
Y si, arrojado, al frente
De su hueste, cerrando,

De Lodi cruza el reforzado puente,
Hoy de Marengo su feliz victoria,
Derrocado el poder del Austria altiva,
Con nuevas palmas ensalzó su gloria.
Proclámase la paz; pronto su orgullo
La banda que le honró republicana
De su cuerpo desciñe,
Y la corona que rodó hasta el Sena,
Á su laureada frente osada ciñe;
Y ungido por la mano
Sagrada que arrojó del Capitolio,
De Francia sube el eminente solio.
Al Lacio vuelve, y su ambicion derriba
El arbol cisalpino,
De libertad emblema;
Y empuñando á la par cetro y estoque,
En la férrea diadema
Orgulloso estampó, de Lombardía:
Á Dios la debo; guay del que la toque!

Cual se irritan, subiéndose á la esfera,
Olas del mar, que ondisonante brama,
Y en encendida llama
Entre la niebla brilla

El rayo destructor, así á la orilla
Del Reno se adelantan
De dos imperios bélicas falanges,
Para humillar el águila que ostenta
Ambas coronas, y con fiera garra
El foso de Vincennes ensangrienta.
Acude al campo el adalid soberbio;
Y, su ambicion y trono
Librados al vigor de su pujanza,
Rápido cruza el caudaloso rio,
Y en los muros de Viena
Vence y dicta la ley á su albedrío.
Presto espera la paz; y nuevos lauros,
Para fama del águila del Sena,
Á la columna celebrada rinde,
De Ulma, de Elchingen, Austerlitz y Jena.

Los ojos vuelve á España... Oh musa mia!
¿Por qué vas á ofrecer á mi memoria
De tan proterva accion la alevosía?
Ni ¿quién puede, sin lágrimas ardientes,
Los males recordar que inicua guerra
En nuestro suelo derramó? Ni ¿cómo
Á fieros invasores

Dejar de aborrecer? Nuestros altares,
El virginal pudor, hollados fueron;
Y en el lecho nupcial, lecho de crímen.
Por su impúdica sed, con el sagrado
Vaso, que en copa bacanal trocaban,
Á su caudillo y opresor brindaban.
Nuestras ciudades vieron
Arder sus campos, derribar sus muros;
Y para más envilecer á España,
Y la ofensa feroz llevar á cabo,
El déspota imperial audaz pretende
Darla por Rey á su primer esclavo.
Yo jamás le acaté; siempre mi acero
Entre la hueste nacional brillando,
Nunca más patria conocí que á España,
Nunca más Rey que al Séptimo Fernando.
Oh Fernando, mi Rey! con sus pinceles
Recordará la historia
De tu nacion los ínclitos laureles;
Mas quizá la futura
Generacion, contando
Por los sucesos de amargura y gloria
La duracion de tu agitado mando,
En el lejano tiempo venidero,

Juzgará que reinaste un siglo entero.
Subiste al trono entre el aplauso noble
De una nacion valiente,
Que á las extrañas huestes agresoras,
Con bizarra osadía
Proclamando tu nombre,
De sobresalto y maldicion cubria.
Entonce el Tajo, tutelar de España,
De nuevo alzó la frente,
Y Rey te saludó; su voz augusta
El *adios* postrimero
Á Cárlos dió, y el pecho venerable,
Que en ondas baña de metal luciente,
Sumergió majestuoso en la corriente.

Empero, ay Dios! con pérfida malicia
Del Bidasoa en la arenosa playa,
Triunfando la injusticia,
La ambicion te aprisiona...
—Pero tu trono entre nosotros queda,
Tu cetro y tu corona.
Oh campos de Bailén! ¡Oh combatida,
Zaragoza inmortal! Las musas nunca
Vuestra fama alzarán con digno canto,

Ni la brillante gloria
Con que el pueblo español en arduas lides
Combatió, hasta el lejano Pirineo,
Desde las playas del famoso Alcídes.
Allí juntos se vieron,
Un nuevo fuero ibérico dictando,
Los que llamados por la Patria fueron;
Y por primera vez ante las aras
De la española Astrea
Dió la discordia su nefando grito,
Pronta á agitar la inextinguible tea.
Monstruo feroz! De entónces
Veinte veces y más la tierra gira
Del sol en torno en sus eternos gonces,
Y áun no ve el fin de su atizar funesto.
Empero nunca en nacional desdoro
Osó alzar su clamor; que inalterable,
Entre el aplauso del Cautivo Augusto,
Sonaba sin cesar en campo y foro
Guerra de muerte al invasor injusto!

Nada del Cónsul coronado llena
La insaciable ambicion. De la victoria
Contemplar no le basta por despojos

Banderas y pendones
Y el marchito esplendor de cien naciones.
No; que deshecho el nudo
Con que el amor en su naciente gloria
Ligó su corazon, á más aspira;
Y en tanto que suspira
La repudiada víctima, y refrena
Dentro del alma su mortal despecho,
Humilde paga á su vacante lecho
Feudo nupcial la estirpe de Lorena.

Con mayor esplendor no pudo un dia
El Macedon guerrero
Mostrar al Indo su triunfante acero,
Que Napoleon al frente
De innúmeras legiones
Llevaba sus pendones,
Cuando, al rayar el alba en la colina,
Formidable cruzaba el Beresina,
Para humillar el arrogante brio
Con que abatir intenta
El moscovita Czar su poderío.
Mas de la inmensa hueste
La flor, que amenazaba tierra y cielo,

Al clima, al plomo y al valor rendida,
Marchita cubre el aterido suelo.

En tanto que mi Patria en lid terrible
La afrenta inicua con valor vengaba,
En la India occidental extrañas gentes
Contra el trono español su voz alzaron;
Mas no los descendientes
De los que un tiempo el pabellon de pluma
Ante el cetro de Cárlos humillaron,
Que en fácil triunfo reparar anhelan
El baldon de Atahualpa y Motezuma;
Ni de los que animosos
Fijaron en tan bárbaras regiones
De Castilla los ínclitos pendones:
Los hijos son de los que ayer ansiosos
Sacó de España el lucro y la codicia.
Inaudita maldad! Fiera injusticia!
Vedlos, sedientos de venganza y oro,
Arrojarse al tesoro
Con afan por sus padres hacinado,
Cebar en ellos su execrable saña,
Cargar de hierro al indio amedrentado,
Gritar *victoria!* y maldecir á España.

¿Por qué el clamor de mi indignado acento
No os restituye el ánimo bizarro,
Cortés heroico, intrépido Pizarro!...
Perdona, oh Patria mia!
Que enmudece la voz, falta el aliento
Al contemplar tan negra alevosía.

El que la Europa entera contemplara
Limitado hemisferio
Á su mando despótico, renuncia
Por isla humilde su opulento imperio...
Cual leon, que forzando la cadena,
El hierro abrumador rugiendo rompe,
Y con la garra rápido revuelve
Del África la arena,
Y más feroz, ansiando la venganza,
Erizada la crin, al campo vuelve;
Así á su vez, á la ambicion cediendo
El destronado Emperador, su tropa
Audaz entrega á la velera popa
De barca mercadante;
Y en la orilla que holló, salvo del Nilo,
De nuevo arbora su pendon triunfante.
El entusiasmo y la traicion refuerza

La hueste aventurera, que animosa
El vasto suelo de la Francia corre;
Y desde el mar al Sena tiende el vuelo
El águila imperial de torre en torre.
Las régias lises de oro,
Arrojadas al suelo,
Prófugo Luis, con mísero desdoro
Mira la Europa entera...

. . . .
. . . .

A LAS NOBLES ARTES.

ODA [1].

Dos veces estos áureos artesones
La fama de Batilo resonaron, [2]
Cuando los ecos de su blanda lira
El triunfo de las artes celebraron.
Vate inmortal, á quien mi pecho admira!
Yo en la feliz ribera
Donde la ninfa del Heraldo mora,

[1] Leida, por indisposicion del autor, el 27 de Marzo de 1832, en la distribucion de premios de la Real Academia de San Fernando, por D. Mariano Roca de Togores, que hubo de atajar en ella algunos trozos, de órden del Rey, que se hallaba presente, muy aquejado é impaciente por sus dolencias.

[2] En los años de 1781 y 1787 D. Juan Melendez Valdés (conocido poéticamente por el nombre de Batilo) recitó dos odas en la Real Academia de San Fernando con el mismo motivo que la presente. Sabido es que las cenizas de tan célebre poeta descansan en el cementerio de Montpeller, capital del departamento del Hérault.

Quise elevar á tu renombre el canto;
Pero, deshecho en abundoso llanto...
Mi voz enmudeció. ¿Por qué las flores
Que el Tórmes baña con corriente fria,
Ó fértil brota el apacible Otea,
Sobre tu humilde losa
Verter no pude en tan amargo dia!
Así grato á tu sombra generosa
Mi tierno afan y mi dolor sería.

Mas hora, á tu recuerdo, enardecido
Mi númen, y al mirar en los salones
De esta insigne mansion, embellecido
De España con los ínclitos blasones
El trono de mi Rey, los estucados
Techos volver la ardiente llamarada
De mil antorchas, en ebúrneas sillas
Los próceres y doctos, la espaciosa
Puerta cegar la gente apresurada,
Y ornados de laureles
Á los que siguen las gloriosas huellas
De Vitruvio, de Fídias y de Apéles;
Con noble orgullo nacional provoco
La rival extranjera

Emulacion, y con anhelo santo,
Oh musa de Batilo! yo te invoco.

Sí, yo te invoco, sí; mas no mi canto,
Cual el ave de Jove, que remonta
Por la etérea region el raudo vuelo,
Y en las zafíreas bóvedas alzada,
Átomo mira, desdeñosa, el suelo,
Al alto Olimpo llegará... mas como
Tierna paloma, plácida, inocente,
Que breve línea rápida describe,
Y al nido vuelve del pichon amado,
En cuyo halago cariñoso vive:
Así mi númen volará; y su acento,
Que á ti y á España jubiloso brindo,
¡Ojalá pueda resonar dichoso
En la falda, y no más, del sacro Pindo!

No en la paz bienhechora
Más digno asunto ofrecerá la fama
Al elevado genio
Que en la délfica lumbre
Su corazon inflama.
Prodigios son del atrevido ingenio

El lienzo coloreado
Por felice pincel, la pesadumbre
Del bronco mármol desbastado al fierro
Del agudo cincel, las altas torres,
Los templos, los alcázares altivos...
Generosa Natura!
Tú, que fecundas el laurel honroso
Que orna del vencedor los estandartes,
Entrelaza una rama con la oliva,
Para premiar los triunfos de las artes.

¡Reyes, que humilde el universo honora,
Héroes, que alzais vuestro glorioso nombre
Al templo de la fama voladora!
Cuando los senos de la tumba obscura
Para siempre habiteis en leve polvo,
Del mundo en los anales
Se verán vuestros hechos inmortales;
Pero nunca animado
Vuestro ademan, ni el rostro donde un dia
Vuestra mente brilló, ni las hazañas
Arduas y generosas
Que os dieron nombradía,
Con visual impresion, ni en vuestras frentes

Los laureles de célebres campañas
Ó las coronas cívicas honrosas.
Sólo el artista, en afanar penoso,
Sombreando el lino ó desbastando el mármol,
Con ingenioso y noble poderío,
Podrá, cual fuisteis, á la edad futura
Presentar vuestra forma y vuestro brio.
En hablas diferentes
Siglos remotos y extranjeras gentes
Así os admirarán, porque fecundo
El genio de las artes bienhechoras
Es de la fama voz, lengua del mundo.
Angélica Isabel, honra de Hungría![5]
Tú, el armiñado manto
Y la augusta corona ennobleciendo,
Del mísero indigente
Vas la penuria á mitigar cuidosa.
Tu mano enjuga con afan clemente
La repugnante llaga
Que la dolencia abrió, y amargo llanto

[5] El cuadro de Santa Isabel, reina de Hungría, pintado por Murillo, perteneciente al hospital de la ciudad de Sevilla, y que hoy se halla en la Real Academia de San Fernando.

Vertiendo bondadosa,
El brillo empañas de tu tez de rosa.
¿Quién concebir podia
Que entre la régia pompa y la hermosura,
Fuera grato el mirar tanta agonía!
Oh magia del color, á cuánto alcanzas!
En árida llanura polvorosa
Contrarias huestes bélicas reparo
Con sus ferradas lanzas,
Y entre humo denso y nebuloso cielo
Cimas alzadas del lejano monte,
Cerrando el horizonte;
Y al golpe diestro del pincel valiente,
Miro animado á Spínola bondoso
Con la banda encarnada
Que Toledo formó de rica seda,
Apoyando su mano respetada
Sobre el rendido defensor de Breda [1].

Mas no sólo á los mágicos pinceles
De Murillo y Velazquez, ni al famoso
Urbino trasladando la amargura

[1] El cuadro de la Toma de Breda, pintado por Don Diego Velazquez, existente en el Real Museo.

Del mártir Dios bajo el pesado leño,
Cuando con ojos bondadosos mira
De bárbara falange el torvo ceño,
Caminando humildoso hácia la altura [5],
Fué dado los prodigios de natura,
Los grandes hechos recordar; agora
Novísima pintura
Al lienzo cubre con feliz arrojo
De sombra y de color; el mar profundo,
Naves aventureras,
Un ignorado mundo
Á nuestra vista están, y en la alta pron
De la velera capitana quilla
Con el pendon triunfante de Castilla
Saludando al Darien Vasco Balboa [6]...
América! Oh dolor! Discordia impía
Con saña inexorable
Agita las regiones que circunda
El atlántico piélago insondable.

[5] El cuadro del célebre Rafael de Urbino, titulado el Pasmo de Sicilia: hoy se halla en el mismo Real Museo.

[6] Vasco Balboa descubriendo el mar del Sur ha sido el asunto dado por la Academia para el primer premio de pintura.

¡Gentes que alzais incógnita bandera
Contra la madre Patria! en vano el mundo
De Colon, de Cortés y de Pizarro
Á España intenta arrebatar la gloria
De haber sido español; jamás las leyes,
Los ritos y costumbres que guardaron
Entre oro y plata y entre aroma y pluma
Los pueblos de Atahualpa y Motezuma,
Y vuestros mismos padres derribaron,
Restablecer podréis: ódio, venganza
Nos juraréis, cual pérfidos hermanos;
Y ya del indio esclavos ó señores,
Españoles seréis, no americanos [7].
Mas ahora y siempre el argonauta osado
Que del mar arrostrare los furores,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antípodas distantes,
Verá la cruz del Gólgota plantada,
Y escuchará la lengua de Cervantes.

Oh Nobles Artes! si al acento mio

[7] En este trozo Fernando VII, que jamás quiso consentir en el reconocimiento de los nuevos estados de América, no pudo contener las lágrimas y los aplausos.

Un patriótico ardor con fuego santo
Á nuevo rumbo arrebató su canto,
Benignas perdonad : vuestra cultura
Sólo bienes encierra, generosa,
Y símbolos de gloria ó de ventura.
Cuando el Genio feliz de la victoria
Con dos coronas adornó su frente,
No sólo con los bélicos despojos
Su nombre engrandeció; sus huestes fueron
Custodia que prodigios de las artes
Á la márgen del Sena condujeron.
Llevado sobre el arco de su gloria,
Miró asombrada la imperial Lutecia
El carro triunfador por los bridones
Que el Adriático mar debiera á Grecia [8].
Ese que colosal mármol admiro,
Donde con noble y bélico talante
Fuerte mancebo impávido sostiene
Á un anciano espirante,
Á quien la lanza polonesa ruda

[8] Los caballos de la iglesia de San Márcos de Venecia se hallaban arrastrando el carro de la Victoria sobre el arco de las Tullerías en tiempo del Emperador Napoleon. Estos caballos son de escultura griega.

Sanguinaria destroza,
Recuerda á Zaragoza; [9]
Y á esos que, en santo juramento unidos, [10]
Sobre el cañon se ostentan apoyados,
Los vió España nacer; con claro nombre
Viólos tambien morir; víctimas fueron
Que con su sangre al invasor impío
De eterna mengua y maldicion cubrieron.
Del Tíber en la márgen espumosa,
Y al pié del opulento Capitolio,
Dióles el arte vida por la mano
De un célebre español... ¡Allí debian
Con fama renacer! que allí la planta
Humana, cuando á caminar se atreve,
De dioses y héroes por do quier levanta
Yertas reliquias entre polvo leve.
Álvarez inmortal! tambien tu genio
En la ciudad de Rómulo famosa
Supo un tiempo brillar : la tumba umbría

[9] El grupo de escultura del malogrado D. José Álvarez, que se halla en el referido Museo.

[10] El grupo de escultura de D. Antonio Solá, representando á Daoiz y Velarde, que tambien existe en dicho Museo.

Hoy te cubre á mis ojos,
Mas no á la gloria de la patria mia.
En tanto tú, que con cincel brillante
De Velarde y Daoiz la imágen noble
Ofreces hoy á la inmortal España,
Trasládanos al Séptimo Fernando
Sobre el carro triunfal de la victoria
Las raudas aguas del Fluviá cruzando [1].
Así las Artes cumplirán el voto
De la nacion hispana,
Que á su cautivo Rey, vengado y libre,
Al pié de las murallas de Gerona
Corre á rendirle de la guerra el rayo
Vibrado por las víctimas de Mayo,
Y laureada le ciñe la corona.

Mas áun queda á mi canto el ardua empresa
De celebrar la noble Arquitectura,

[1] Veáse Toreno, lib. XXIV, tomo V, página 505, 1.ª edicion. Es notable la franqueza del poeta, que se atreve á recordar al Rey absoluto, en su trono mismo, una escena en que debió su libertad y su poder á la Nacion, y en que tuvo que recibir, á la par que los plácemes, las instrucciones de la Regencia Constitucional.

Que en sus medidas moles ponderosas
Las obras de las Artes generosas
Del tiempo guardan en la edad futura.
Corintia, egipcia, dórica, romana,
Sus formas diferentes
Maravillas del genio siempre fueron,
Y en sus recintos el valor, la gloria,
Las deidades y amor culto tuvieron.
Alzáronse los templos sacrosantos
Del cristiano fervor; vióse su planta
No dividida en circulares formas,
Ni sostener la inmensa pesadumbre
De cien columnas que en el alta frente
Apoyaban la esférica techumbre;
Con recios muros sobre asiento firme
Arteson prolongado soportando,
Y al pié del sacro altar puesto al oriente
El espacio simétrico ensanchando,
Recuerdo de la Cruz, signo glorioso
De redencion y amor, la forma dieron
Á los templos que alzaron
Los que al divino Mártir adoraron. [12]

[12] Descripcion de la arquitectura de los templos del Cristianismo.

No entre cimas fragosas se levanta
Con otra dimension la mole austera
De esa magna Basílica famosa,
Padron de San Quintin, gloria de Herrera. [13]
La prodigiosa mano
De Sanzio, de Jordan y de Ticiano
Su fama dilató, y allí Felipe,
Desde el monte vecino,
Á la fábrica inmensa impulso daba,
Y al Támesis y al Sena amenazaba.
Sus columnas, sus pórticos, sus muros,
Sus vastas galerías anchurosas,
El sonante cimborio, y el tesoro
De pintura inmortal que el cielo cubre
Del ancha escala y ponderoso coro;
El soberbio panteon, el régio alcázar,
Todo anuncia poder; mas no sus campos

[13] El monasterio del Escorial. En sus inmediaciones se halla un cerro algo elevado, donde existe un asiento de piedra, al que se llama la Silla de Felipe II, desde donde veia y apresuraba por sí mismo los progresos de la obra del convento. El verso

Y al Támesis y al Sena amenazaba,

se halla puesto para recordar la Invencible armada y la Liga.

De frescas flores se verán vestidos,
Ni raudales sonoros con sus linfas
El suelo fecundar: marmórea nieve
Sobre las agrias sierras, los silbidos
Del hórrido huracan que el cierzo ensaña,
Y el címbalo zumbando en la montaña,
Acompañan la pompa de los Reyes
Y el cortesano fausto : parda sombra,
Con regio cetro y púrpura adornada,
Por los claustros monásticos discurre;
Y en la Lonja espaciosa un eco en tanto
Con ronca voz resuena,
Al descogerse de la noche el manto,
Hasta que ya despuntan
Los matices del alba, repitiendo:
«El sepulcro y el trono aquí se juntan.»

Basta, oh Musa! no más, cese mi canto.
Pero esta humilde lira
No volverá á sonar: suspensa quede,
En estos ricos muros colocada,
Pues en honra del triunfo de las Artes
Fué por mi mano tímida pulsada.
Dadme una rama del laurel glorioso

Que vuestra sien, oh jóvenes! decora;
Que yo con ella adornaré mi frente,
Por noble premio á mi afanar honroso.
Si con régia bondad Cárlos Primero
Quiso alzar los pinceles á Ticiano;
Y en el lienzo que el mundo maravilla,
Á Velazquez tambien augusta mano
Pintar la roja espada de Castilla;[11]
Hoy con pompa mayor, desde su solio
Os recompensa nuestro gran Monarca,
Como Roma en el alto Capitolio
Coronaba las sienes de Petrarca.

[11] Hallándose Ticiano pintando delante de Cárlos V (Primero de España) se le cayeron los pinceles, y el César los levantó y se los puso en la mano.

En el cuadro de familia de Felipe IV, que existe en el Real Museo, el Rey mismo pintó la cruz de Santiago en el retrato de D. Diego Velazquez, que se halla en él, para recompensar su mérito, tan justamente celebrado.

A S. M. LA REINA,

QUE EN TRAJE ANDALUZ ASISTIÓ Á UNA CORRIDA DE TOROS.

SONETO.

Bella, gentil, amable, placentera,
Porque el circo español su pompa guarde,
Con el traje andaluz haciendo alarde,
Regocijas del Tajo la ribera.
Entre el bullir de turba vocinglera,
Animando al valiente y al cobarde,
El sol hermoso de tus ojos arde,
Y áun embravece á la acosada fiera.
Hijas del Bétis, que en arenas de oro
Undoso baña la imperial Sevilla,
De gracias mil encantador tesoro,
Vuestros donaires trasladando, brilla
Con majestad y nacional decoro
La memorable Reina de Castilla.

1832.

RASGO POÉTICO[1].

Hoy, que al brillar del astro refulgente
Que en carro rodador alumbra al mundo,
Á su Reina feliz España aclama
Ante las gradas de su trono augusto;
Al resonar de los templados címbalos
Que la piedad sobre las torres puso;
Al retumbar del estallante bronce
En el golfo vastísimo profundo;
Al tremolar del pabellon, emblema
De tantos grandes belicosos triunfos,
Y á los ecos del público alborozo,
Del grato dia de Cristina anuncio;
Así, noble ciudad, que en nuevo templo,
Á par que ofreces á las musas culto,
Á la adorada Esposa de Fernando,
Humilde rindes de tu amor tributo,

[1] Á la inauguracion del Nuevo Teatro de Valencia, abierto el dia de la Reina Cristina, año de 1832.

Estos acentos tímido consagro,
Sin que me anime lisonjero influjo,
Pues que no cabe en la verdad lisonja,
Ni doble engaño en el afecto puro.
La escena abierta, si seguir osamos
Del arte imitador trágico impulso,
Melpomene con magia encantadora
Ajustándose el clásico coturno,
Á Edipo nos recuerda maldecido,
Á Ilion volando al griego furibundo,
Á Andrómaca infeliz bañada en llanto,
Héroe en el Lacio al vencedor de Turno;
Manlio arrojado desde la alta roca,
Víctima Graco de feroz tumulto,
Cócles luchando en la embestida puente,
Á Roma opresa sublevando Bruto.
Nuestra Patria tambien con noble gloria
Siempre la palma del valor obtuvo:
¡Volved la vista á las cercanas ruinas,
Fama y blason de la inmortal Sagunto!
Ya por dos veces tremólar se vieron,
Ciudad insigne, en tus alzados muros
Las rojas cruces, y humillar triunfantes
Rodrigo y Jaime el agareno orgullo.

Pero á su vez, sin que al pudor ofenda
La sátira mordaz con dardo agudo,
Siempre guardando las urbanas leyes,
Siempre acatando los sociales nudos;
Talía con la máscara bufona
Para bien general enseña al vulgo,
Y, en otros rasgos, crítica condena
Errores varios y risibles usos.
La española comedia, enriquecida
Con el lírico adorno, un tiempo supo
Dar envidia á las musas extranjeras
Y á grandes genios señalarles rumbo.
Lope, Moreto y Calderon y Rojas
Y Solís y Alarcon dieron impulso
Á la ciencia teatral, siempre mostrando
Brillantes rasgos del ingenio suyo.
Amores, lances, dueñas y tapadas
Fáciles forman enredado nudo,
Que con las galas del idioma patrio
Y con númen armónico fecundo,
El público interes mueven constante
Del agolpado espectador concurso,
Hasta que el genio las lazadas rompe,
Feliz y diestro, cual formarlas pudo.

Apareció el ***Misántropo***, el ***Avaro***,
Y, á la voz general de un pueblo culto,
Ya la comedia urbana, despojada
De la lírica pompa, se introdujo.
Natural invencion, sencilla trama,
Huyendo siempre el divagar difuso,
Llegaron á ofrecer sobre la escena
De Talía festiva los alumnos.
La víctima de Sand [1], pintando siempre
El negro vicio con pincel adusto,
Nos hizo derramar amargo llanto,
Cual si calzase trágico coturno;
Y á despecho de aplausos numerosos
Poco su nueva escuela se sostuvo,
Y las sagradas musas lamentaron
De docto genio el voluntario abuso.
Entre el ruido espantoso de las armas
Y entre el hervir de las pasiones rudo,
Miró Europa nacer nuevos ingenios
Con soñados románticos absurdos.
No de la media edad copiar quisieron
Leyes, costumbres y feudales usos,

[1] Kotzebue.

Ni de Byron, ni Scott, ni de Göethe [1]
Fieles seguir el celebrado rumbo.
  Sombras, puñales, magas y prodigios,
Todo hacinado entre el tropel confuso
De augurios, maldiciones y venganzas,
Sorpresa sólo de ignorante vulgo,
  Invadieron el templo de Talía,
Que absorta viendo el temerario insulto,
Á par de Melpomene, sus adornos
Cubrió, afligida, con doliente luto.
  Euterpe entónces acudió bondosa,
Y con la lira encantadora pudo
De sus hermanas mitigar el llanto,
Y de escénicas glorias ser preludio.
  Dando nueva existencia á la armonía
Con mágico poder, vasto, profundo,
Logró el Cisne de Pésaro famoso [2]
Do quiera difundir su aplauso y gusto.
  En aquella mansion, donde reunidos
Beldad radiante y ostentoso lujo
Engrandecen la gloria de este dia
En numeroso y plácido concurso,

[1] Célebre poeta aleman de la escuela romántica.
[2] Rossini.

¡Ojalá puedan las sonoras musas,
Con su anhelado bienhechor influjo,
Al nacional ingenio aras alzando,
Romper felices su silencio mudo!
Lucir veamos por el patrio suelo,
En tantos genios de saber fecundo,
Los que en la selva olímpica anunciaron
Los áureos siglos de Platon y Augusto.
Sí lucirá; que al nombre de Cristina,
De dichas mil afortunado augurio,
Abiertas son las reforzadas puertas,
Crujiendo el gonce de metal robusto,
Entre el público aplauso y la alegría,
Y de los vivas al clamor confuso,
Del templo que á las ninfas del Parnaso
Abre Valencia en sus antiguos muros.
En tanto por sus plácidos verjeles
Miro á Mavorte con bizarro orgullo,
La bandera mostrando jubiloso,
Que desde el trono ibérico condujo.
El nombre de Cristina resaltando,
Á par las garras del Leon sañudo,
Sobre el bordado tafetan parece,
Cual relumbra del sol el rayo puro.

Tambien las barras de Aragon campean
En campo rojo de ovalado escudo,
Y aumentan los blasones de Castilla,
Y prendas son de venideros triunfos.
De vosotras, amables valencianas,
Que de gracias amor dotó profuso,
Á favor de los genios españoles
Humilde imploro el poderoso influjo.
Vosotras, que al rayar la blanca aurora,
Ó al mediar su carrera el astro diurno,
Raudas correis en el fogoso estío
Al encalmado piélago profundo;
Y que mirando vuestras formas bellas
Flotar del agua en los cristales puros,
Tétis bendice su cerúlea concha,
Neptuno os rinde su blason trisulco;
Y que al saltar en la arenosa playa
Con leve planta y con gentil impulso,
Vése cubrir á las mojadas trenzas
De vuestro talle el seductor desnudo;
Gallardas cual Diana entre la pompa
De fresca selva en el ardiente Julio,
Rivales de la Diosa de Citéres,
Envidia dais á la orgullosa Juno.

Vosotras sois las musas españolas,
Que en nuestro suelo bienhechor anuncio:
Bien podeis inspirar con vuestros ojos
Los acentos de Ovidio y de Tibulo,
Ó bien los cantos que con fama eterna
De Homero y de Maron repite el mundo,
Y áun evocar las generosas sombras
De sus marmóreos fúnebres sepulcros.
Si vosotras quereis, con vuestro imperio
Del ingenio español cierto es el triunfo;
Y asi, cual de Cristina el claro nombre
El voto universal aclama justo,
Y trasladan los mágicos pinceles
De vuestras gracias el feliz conjunto,
La gloria de las bellas valencianas
Puedan los siglos admirar futuros,
Como hoy admira el universo entero
Verde y frondoso el valladar fecundo,
Que á raya tiene en la cercana orilla
Al espumante carro de Neptuno.

Valencia, 1832.

ROMANCE MORISCO.

Junto á un enramado bosque
Que sonora fuente baña,
Y en cuyo centro descuella
Morisco opulento alcázar,
Para hablar á sus amores
Llega en la noche callada
Abenjerife, montado
Sobre una rápida alfana.
Zulema espera impaciente,
En su ajimez apoyada,
Cuando oye cesar el trote,
Y ve relucir las armas;
Porque á favor de la noche,
Que á los amantes ampara,
Templan con dulces coloquios
Sus fieles penas amargas.
Ella entónces bien quisiera
Darle los brazos por paga;

Mas ni el pudor lo permite,
Ni los hierros lo dejaran.
«Si aliento, la dice el moro,
Á ti te lo debe el alma;
Y si combato animoso,
Á ti te debo las gracias.
»Cuando me vide en el campo
Entre las cristianas lanzas,
Sólo por tornar á verte,
Para librarme pugnaba.
»Si mis heridas se cierran,
No es por benéfica planta,
Sino por no separarse
Sin decirte adios el alma.
»Y en fin...» La dama le dice:
«Cesa, cesa; que tus ansias,
Si son muchas en tu pecho,
En el mio son dobladas.»
Prosiguiera si su llanto,
Mezclado con las palabras,
Le dejasen, y el mancebo
De gozo y amor lloraba.
Mas la aurora en el oriente
Ya vierte jazmin y nácar,

Y al sonar de los suspiros
Gente se acerca á la dama.
El moro al corcel la rienda
Revuelve sin más tardanza,
Y cruza el espeso bosque,
Batiéndole las ijadas.
Cuelgan de su hombro derecho
Cordones verdes y plata,
Y en las enlazadas puntas
La tajante cimitarra.
Lleva en su mente á Zulema,
Fija en la cuja la lanza;
Vuelan sobre el alto almete
Las rojas plumas y blancas.
Llega á su campo, desmonta;
Sigue llorando á su amada,
Y ánsia que torne la noche,
Para que le hable y hablarla.

Valencia, 1832.

A LA Excma. Sra. MARQUESA DE MALPICA.

ROMANCE.

En la barca de Malpica
Sentado el barquero está
Sobre un rimero de cuerdas,
Mirando el claro raudal.
Anhela ver á su dueño,
Íris de ventura y paz,
Porque al solitario valle
Nueva vida venga á dar;
Y á la que, en ilustre lazo
De ternura conyugal,
Ve su hermosura cual rosa
En sus pimpollos brotar.
Sí; que la oliva de Pálas
Con su fruto os brinda ya,
Más frondosa que las vides
En su vigor otoñal.

Y ya el momento se acerca
Que jubiloso os verá
El fiel barquero en su barca,
Y en su castillo el lugar.
El castillo cuyos muros
Lame el Tajo siglos há,
Baluarte de Pimenteles,
En su dominio feudal.
Tal vez un tiempo, rivales
Del señor de Montalvan,
En los vecinos collados
Vieron su pendon flotar;
Mas hoy, que ya las calderas
De su blason comital
De vuestras conchas de plata
Se ven lucir á la par,
Sólo vínculos de sangre
Y de sincera amistad
Á dos linajes enlazan
De noble antiguo solar.
Volveréis á vuestras tierras,
Y con mil ramos saldrán
Á recibiros las gentes
De la comarca feraz.

Y un alcaide á vuestro encuentro
Presuroso acudirá
Á daros los parabienes,
De su respeto señal,
Y de su señor en nombre,
Cumpliendo su voluntad,
Á ofreceros cuanto valga
El Conde de Montalvan [1].

1832.

[1] Título y estado lindante con el de Malpica, é incorporado hoy á la casa de Frias.

PARA EL ALBUM DE MI HIJA.

ROMANCE [1].

Por complacerte, hija mia,
Y por si agradarte puedo,
Invoco las nueve hermanas
Y el favor del Dios de Délos.
Mas recelo de mi vena,
Pues tengo gastado el estro,
Á fuerza de andar en polvo
De pragmáticas y fueros.
Cavilaciones y penas
Me tienen seco el cerebro,
Y ni mi mente se inflama,
Ni se me agitan los nervios.
Vamos pues, y recordando
Mis cantares de otro tiempo,

[1] Único del autor en lenguaje festivo: admirable serenidad el hacerlo en aquellas circunstancias, y además por las costumbres domésticas que describe.

Para hacer sonar mi lira
En la mano tomo el plectro.
«Fruto de amor, si tus hermosos ojos
Inundan de placer el alma mia»...
Mia... mia... Acabó el númen,
Y consonante no encuentro,
Y eso que no es muy difícil
El empezar un soneto.
Venga Rengifo ó esotro
Vocabulario poético,
Que las prensas catalanas
Sudaron no há mucho tiempo.
Ni por esas; nada, nada.
Pues, Señor, el resto echemos;
Quiera Dios para bien sea.
Manuel [1], que suba Gallego [2].
Ahora del apuro salgo,
Porque mi amigo es maestro,
Y con solas dos palabras,
Ó cuatro ó cinco consejos,
Voy á complacer á mi hija,
Como si fuera un Homero.

[1] Su ayuda de cámara.
[2] D. Juan Nicasio, hospedado en su casa.

Mas ya viene.— «Amigo mio,
Con su favor de usted cuento,
»Porque Bernardina quiere
Que la componga unos versos
Para un álbum, que hasta ahora
Se halla libre del tintero.
»Dígame usted: ¿será oda,
Romance, trova, ovillejo,
Letrilla... pues no he podido
Ni tan siquiera un soneto?
»—Vamos, usted, Señor Duque,
Sin duda loco se ha vuelto,
Pensando en escribir coplas
Cuando se hunde el universo.
»El cólera está en Sevilla,
Las gentes vienen huyendo,
Y yo me marcho muy pronto,
Porque apestarme no quiero.
»Tiemblo[1] más que un azogado,
Porque tengo mucho miedo
Al Señor Cólera-morbo;
Y así, no estoy para versos.

[1] D. Juan Nicasio padecia una convulsion continua en el pulso.

»—Tiene usted razon, amigo;
Mas otras cosas tenemos,
Que, aunque dolencias no sean,
En lo malo no son ménos.
»Mire usted esa jarana
De Don Miguel y Don Pedro;
Porque la guerra civil
Tambien es contagio añejo.
»Si, lo que Dios no permita,
Sucede un lance funesto...
Ya me entiende usted... entónces
Sabe Dios lo que veremos.
»Puede que todo se vuelva
Peor que merienda de negros,
Y unos habrán de ser malos,
Y otros habrán de ser buenos.
»Entónces alguna cosa
Hemos de ser, no hay remedio;
Quizá acertarla podamos,
Y errarla tambien podemos.
»Si tenemos mala suerte,
Volvemos á los destierros,
Y á dar fama á nuestro nombre
Por civiles sufrimientos.

»—Ánimo, amigo, suframos...
—Váyase usted al infierno;
Que yo no quiero sufrir
Ni un arañazo en un dedo.
»Yo quiero morir tan sólo
Admirando el monumento
De Sevilla, y conservando
De mi cabildo los diezmos.
»Yo me marcho ántes que venga
Á Madrid el caballero
Que nos trajo á nuestra España
Ó Don Miguel ó Don Pedro.
»—Con que, al fin, usted ¿no quiere
Ayudarme á hacer los versos
Que con tanto afan me pide
La hija que tanto quiero?»
Pues ya ves, hija querida,
Que no cumplo tus deseos,
Porque no quiere ayudarme
Don Juan Nicasio Gallego.

A CASTAÑOS,

NOMBRADO POR LA REINA CRISTINA PRESIDENTE DEL ESTAMENTO DE PRÓCERES.

SONETO.

Si cortando la puente de Triana,
Y el muro de Sevilla penetrando,
Triunfante un rey del agareno bando,
Humilló la potencia musulmana;
Tú la hueste altanera galicana
Entre la sierra y Bétis arrollando,
En las sienes del Séptimo Fernando
Glorioso afirmas la diadema hispana.
Vencedor de Bailén, pues siglo de oro
Hoy en el mando de Cristina asoma,
Poniendo fin á la discordia y lloro;
En la silla curul asiento toma;
Porque Fabio tambien honraba el foro,
Sus libertades conservando á Roma.

1834.

EL SIGLO XIX.

SONETO.

No el humano linaje siempre injusto
Á la ciencia y valor niega la gloria,
Ni recorre los fastos de la historia
Con envidia mordaz ó ceño adusto.
Así, rindiendo un homenaje justo
Del Ática y de Roma á la memoria,
Repetimos cual propia vanagloria:
«Siglo de Periclés, siglo de Augusto.»
Oh venidera edad! Nosotros vimos
Á la fama inmortal con cien renombres
Ensalzar á los héroes que aplaudimos;
Pero nunca jamás sus claros nombres
Á nuestro siglo celebrado dimos,
Porque el siglo es más grande que los hombres.

1834.

A MI HIJA BERNARDINA.

TROVAS.

Vive feliz, hija mia,
Y nunca la suerte dura
Te acongoje,
Ni jamás en este dia,
De placer y de ventura
Te despoje;

Pues hoy por la vez primera,
Del amor en dulce lecho,
La luz viste,
Y hermosa cual la lumbrera
Del sol, á mi tierno pecho
Pareciste.

Yo, venturoso testigo,
Al mirarte, hija preciosa,
Mi delicia,
Con el alma te bendigo,
Y tu madre jubilosa
Te acaricia.

¡Cómo los tiempos, oh cielo,
Mostrándome sus enojos,
Se mudaron!
Y ¡con cuál amargo duelo
En lloro mis tristes ojos
Se bañaron!

Ay! por más que yo te mire
Gozar venturosa estrella
Y envidiada,
Miéntras el pecho respire,
Lloraré á tu madre bella
Sepultada.

Aunque ya la edad madura,
Á toda pasion ardiente
Pone calma,
No la paternal ternura
Límite alguno consiente
En mi alma.

Sí, que el hombre, al ver sus años
Correr en males prolijos,
Desfallece;
Mas nunca en los desengaños,
Para el amor de los hijos
Desmerece.

1836.

DON JUAN DE LANUZA,

JUSTICIA DE ARAGON.

SUCESOS DE LOS DIAS 19 Y 20 DE DICIEMBRE DE 1591.

LEYENDA DRAMÁTICA.

El corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Ántes que la rodilla al poderoso.
RIOJA.

En el silencio de la noche umbría,
Airada Zaragoza, alza la frente,
Y á usanza de Aragon, con vocería,
Prorumpe en fin la sublevada gente :

« Vivan los fueros!
Viva Aragon!
Viva el Justicia!
Viva Aragon!

» Prelados y Ricos-homes,
Ermúneo brazo infanzon,
Hoy el pendon levantamos
De los fueros de Aragon.

»Publíquense los pregones,
Con el fuero de la Union,
Convocando á la defensa
De los fueros de Aragon.

»Vivan los fueros!
Viva Aragon!
Viva el Justicia!
Viva Aragon!

»Que truenen los arcabuces,
Los mosquetes y el cañon,
Pues vuelve el Rey de Castilla
Sus armas contra Aragon.
»Para que la Santa Vírgen
Proteja nuestra intencion,
En el Pilar tremolemos
La bandera de Aragon.

»Vivan los fueros!
Viva Aragon!
Viva el Justicia!
Viva Aragon!»

Así cundia el popular tumulto
En la noble esforzada Zaragoza,
Al despuntar en el rosado oriente
El fresco albor de la vecina aurora.

Mas luégo el humo de tronantes armas
Al sol los rayos luminares roba,
Y los volteados címbalos sonoros
Con su rimbombe á la ciudad asordan.
Á la defensa general acuden
Los que en los campos comarcanos moran;
Campos que al Ebro, al Gállego y al Huerva
Deben la gala de su verde pompa.
Sobre alta pica una bandera gualda
Al libre viento el tafetan desdobla;
Sobre él las armas de Aragon campean,
Y este mote tambien en letras rojas:

« Hagan fuero á António Perez,
De la Manifestacion,
Porque sólo á los herejes
Los prende la Inquisicion. »

La voz y mando de la alzada gente
Don Juan de Luna denodado toma,
Noble infanzon, cuya ascendencia ilustran
Del reino de Aragon antiguas glorias.
Chambergo traje militar vistiendo,
Negras labores su casaca adornan,
Y, fiel recuerdo de la amada ausente,
Banda de Flándes cubre su valona.

«Viva Don Juan de Luna!» proclamaban
Los que bizarros á la lid se aprontan,
Y con armas las calles y las plazas
Discurren de la augusta Zaragoza.
Á tanta agitacion, á estruendo tanto
Lanuza acude con firmeza honrosa,
Y el pundonor aragones y brio
Con noble ardor en sus mejillas brotan.

DON JUAN DE LUNA.

Justicia de Aragon, un contrafuero
Nos hace el Rey, y su remedio clama
Con justa indignacion el reino entero.
Del patrio amor la belicosa llama
Hoy como nunca en nuestros pechos arde,
Y nuestro aliento y corazon inflama.
Si en vaga duda ó timidez cobarde
Hoy á la suerte el triunfo se dejara,
Para vencer, mañana fuera tarde.
¿No basta que la paz se perturbara
Por largas y sañudas disensiones,
Que la discordia en Ribagorza alzara;
Ni que alzasen opuestas pretensiones

Del Rey, de los señores y vasallos
En Ariza y Ayerbe turbaciones;
Ni que osado Almenara injustos fallos
Hoy demande en la corte del Justicia
Sobre fueros que el Rey juró guardallos;
Ni que á Perez, con pérfida malicia,
La Manifestacion negarse quiera,
Del Santo Tribunal por la injusticia?...
Pero no basta, no... Gente guerrera
Don Alonso de Vargas acaudilla,
Y al Reino invade ya fuerza extranjera.
Si al poder sucumbimos de Castilla,
Verá Aragon sus fueros conculcados,
Zaragoza el cadalso de Padilla...

DON JUAN DE LANUZA.

¡El cadalso? Jamás! Ni nunca hollados
Nuestros fueros serán; que á la defensa
Pueblos enteros correrán armados!...
Quizá Castilla temeraria piensa
Que el brazo aragones hallará inerme;
Que Zaragoza aguardará indefensa;
Que el pundonor en nuestros pechos duerme,

Que doblaremos la cerviz al yugo
Para que campos y ciudades yerme.
Pues ya que armarse á su altiveza plugo,
Muéstrenos en la lid la noble espada,
No la infame cuchilla del verdugo!...
Oid, aragoneses! Fuerza armada,
De Don Diego de Heredia puesta al mando,
Del paso de Alagon guarda la entrada.
El foral de la Union célebre bando
Publicado está ya, y en nuestros muros
Se van torres y puertas artillando.
¡Salven los fueros nuestros brazos duros,
Armados con espadas y arcabuces!
Los hijos de Aragon nunca perjuros
Vieron del sol resplandecer las luces.

Nuevo tumulto á la mansion acorre
Del Marqués de Almenara y le aprisiona;
Y mal herido por la airada gente,
Rindió su aliento y su altivez odiosa.
Los de la Magdalena y de San Pablo,
Gritando *Greuge!* impávidos se arrojan

Sobre la Aljafería, cuyas puertas
Á su furia tenaz cayeron rotas.
Salvan á Antonio Perez, y su triunfo
Con fuertes voces por do quier pregonan,
Y señalando á la bandera gualda,
Cantan el mote de las letras rojas :

«Hagan fuero á Antonio Perez
De la Manifestacion,
Porque sólo á los herejes
Los prende la Inquisicion.»

Al ancho, antiguo y prolongado Coso,
Todos armados, con valor se agolpan,
Y en las fenestras la hermosura agita
El blanco lino y las rizadas tocas.
En los torreados muros suena el bronce,
El eco zumba de guerrera trompa,
El fogoso bridon la crin extiende,
El sol refleja en las bruñidas cotas.
Sobre un fuerte alazan, que en la carrera
Menuda braja en derredor arroja,
Llega Diego de Heredia, salpicada
De lodo y sangre la armadura toda.
Con un bilbilitano capacete
Su frente cubre y su cabeza adorna,

Con su blason el refulgente escudo,
Con su cruz de San Juan la doble cota.
   Ciñe espada tudesca, suspendida
Del ancho cinturon con ricas borlas,
Por no deber á toledano acero
Contra Castilla su defensa propia.

DON DIEGO DE HEREDIA.

   Valientes hijos de Aragon, la suerte
Contraria sobre el campo de batalla
Hoy me quiso negar gloriosa muerte;
   Empero vil temor no me avasalla,
Porque el honor la infamia no consiente,
Ni ante el poder de los malvados calla.
   Para ganar la defendible puente
Que enlaza del Jalon ambas riberas,
Llevaba yo mi denodada gente;
   Las barras en escudos y cimeras,
La Virgen del Pilar en los pendones
Y la cruz de Alcoraz en las banderas.
   Godofre Bardají, con dos cañones,
Impávido marchaba á la vanguarda,
Ayerbe comandaba los peones,

El altivo contrario nos aguarda,
Gritando en alta voz : «Viva Castilla!»
Y apostando en la puente una bombarda.
Nuestro valor al enemigo humilla;
La bombarda ganamos y la puente,
Y roto el tercio fué de Bobadilla.
Péro Mejía, capitan valiente,
Experto militar en sus consejos,
Que ornara en Flándes con laurel su frente,
Con fuerte tropa de soldados viejos
De Pleitas y Grisen cruzó los vados,
De la menguante luna á los reflejos;
Y así, dos tercios de Aragon cortados
Fueron, y su auxiliar artillería
Y sesenta jinetes desmontados.
Al frente de su fiel caballería
Don Alonso de Vargas nuestro centro
Cerraba con intrépida osadía.
La dura carga del primer encuentro
Cien mosqueteros con su fuego atajan,
Parapetados de la puente dentro;
Empero al peso abrumador se rajan
Sus recias tablas, y al crecido rio
Nuestros soldados entre ruinas bajan.

Todo fué perdicion... Al noble brio
El pavor sucedió... Nuestros contrarios
Pasaron el raudal á su albedrío;
Y siguiendo sus planes temerarios,
Llenos de orgullo y de feroz falacia,
Ya se aproximan por caminos varios...
Pedro Fuertes aquí!...

PEDRO FUERTES.

Nueva desgracia!
Ya son dueñas las tropas de Castilla
Del Cármen, del Portillo y Santa Engracia.

DON JUAN DE LANUZA.

Nunca el valor aragones se humilla!
Por la puente de piedra, por el vado,
Vamos del Ebro á la encontrada orilla.
El estandarte de Aragon alzado,
Será nuestra defensa la montaña...

DIONISIO PEREZ.

No hay salvacion!... ¡El Ebro, desbordado,
Cubre la puente, inunda la campaña!...

Ya dentro la ciudad, los atambores
De las tropas del Rey marcha redoblan,
Y al hórrido estridor de las cureñas
Los hombres callan, las mujeres lloran.
Don Alonso de Vargas en su pecho
Ostenta del Patron la insignia roja,
Los blasones de España en las enseñas,
El Toison con las cruces de Borgoña;
Y cubierto el escudo de las barras
Con negro tafetan, como traidoras...
Injuria indigna al fuero de Sobrarbe!
Anuncio infame de venganza odiosa!
Ordena los cañones en el Coso,
Al Justicia y parciales aprisiona,
Al Reino desafuera por un bando,
Y este cartel en la ciudad pregona:

«Mañana se cortará la cabeza en la plaza pública de Zaragoza al Justicia de Aragon D. Juan de Lanuza, por haber hecho levantamiento de gentes contra el Rey nuestro Señor. — D. Alonso de Vargas.»

Entre el espanto de las gentes mudo
Tendió la noche sus opacas sombras,
Para la sed de la venganza larga,
Para la vida de Lanuza corta.

Y con feral, aterrador orgullo,
La del dominador mano opresora
Alzó un cadalso, de los fueros tumba,
Donde la sangre aragonesa corra.

Y á Don Juan de Lanuza le condena
En público á sufrir muerte afrentosa,
Sin prueba, en el papel, de su delito,
Sin preguntarle una palabra sola.

Dorando el sol los altos chapiteles
Que á la Salduba célebre coronan,
Y al reflejar de sus radiantes luces
Del Ebro patrio en las hinchadas ondas;

Guarneciendo sus calles y sus plazas
Las armas de las huestes invasoras,
Al pié de la cureña el botafuego,
El guerrero clarin puesto en la boca;

Con grillos en los piés, llevado en ruedas,
Á las que paño funeral entoldan,
Marcha el Justicia, con serena frente,
Bajo el rigor de castellana escolta.

Áun de su rostro el tiempo y la desgracia
El rosado matiz no descoloran,
Áun su apuesto ademan guarda firmeza,
Áun su noble valor constancia honrosa.

Por muestra del dolor, con negra gasa
Cubierta lleva la heredada toga,
Pues la reciente pérdida de un padre
Su filial corazon recuerda y llora.
Pregunta sin cesar modestamente
Cuál era la ocasion de su deshonra,
Porqué moria, en fin; y contestado
Por Fray Pedro Leonardo de Argensola
Que por sus culpas Dios lo permitia;
Que lo mandaba el Rey y era oportuno...
Lanuza interrumpió: «Yo lo decia
Por ver si puedo disculpar á alguno.»
Tales fueron las últimas palabras
Del Justicia infeliz, de Aragon gloria!...
«Hoy debemos morir como cristianos,»
Tambien dijo en Castilla una alma heróica...

. . . .

. . . .

Musas de Iberia, celebrad sus nombres!...
Cuando la libertad fué defendida
Con puro y patrio amor por dignos hombres,
Y se vió por los déspotas vencida,
Con honra sucumbió! Cuando la hollaron
Los hombres ambiciosos, turbulentos,

Que con violencias el mandar ganaron,
Siempre de orgullo y de rencor sedientos;
  Dueños ya del poder, haciendo ultraje
Al pueblo sufridor, sin gloria alguna,
Llamaron libertad al vasallaje
Impuesto por su audacia ó su fortuna.
  Empero, oh libertad! hay pueblo noble
Que ni extranjera usurpacion consiente,
Ni duro imperio de ambicion innoble;
Pues alzándose fiero, armipotente,
Con justo empeño y bélica pujanza
Hace triunfar sus fueros con su lanza!

1837.

A LA MEMORIA DE BELLINI.

SONETO.

DUERME en la paz, y que la tierra, leve,
Al esparcirse de la huesa encima,
Tu yerto tronco inanimado oprima
Cual fué, oh Bellini! tu existencia breve.
Al recordarte Euterpe, se conmueve,
Y en sus ayes tu nombre se sublima,
Aunque de Flora la estacion opima
No por seis lustros tu vivir renueve.
Tú, que en cándido error de sueño vago[1]
Salvar pudiste el conyugal decoro,
Y dar á Ines encantador halago[2];
Tú, que de Norma armonizaste el lloro...
Triunfo de amor entre civil estrago
Fué tu postrero cántico sonoro[3].

[1] La Sonnámbula.
[2] La Straniera.
[3] Los Puritanos.

EL NACIMIENTO DEL MARQUÉS DEL VISO.

EPÍSTOLA.

SEGUNDA vez el infantil gemido
Cabe tu seno maternal se escucha.
Recibe el parabien : de madre el nombre
Te da segunda vez naturaleza.
En la que cubre tu mejilla hermosa
Mórbida palidez, en la improvisa
Lágrima del penar que la humedece,
Miro, entre el gozo que mi pecho inunda,
La blanca rosa del verjel florido
Por cristalina fuente salpicada...
Mas ¿qué fragor en la espaciosa rua
Oigo ya resonar! Rápido calce,
Á cuyo impulso el pavimento tiembla,
Anuncia ya, del pórtico alejándose,
La suntuosa carroza que al sagrado
Templo conduce al inocente niño,
Que del primer error la culpa llora.

Error amargo, que heredó naciendo!
Mas no solo el Jordan guarda en su márgen
El agua del perdon; que Dios clemente,
Para salvar al hombre, por do quiera
El raudal extendió; las aguas todas
Son fuentes de salud, íris dichoso
De paz entre la cólera del cielo
Y la heredada originaria culpa.

Con firme planta y con afan gozoso,
Por la curiosa turba atravesando,
Al venerable templo me encamino;
Y llego á par que la apiñada gente
El atrio llena, y con sonoros vivas
La pompa anuncia que se acerca. ¡Todo,
Todo es solemne en tan solemne dia!
Todo es grandioso allí. Suntuosos trenes,
Ricas libreas, nobles escuderos,
Damas cubiertas con brocados de oro,
Listadas bandas, que anchurosas cruzan,
De los magnates decorando el pecho.
El halda bautismal rica guarnece
Labrado encaje, en cuyo campo brillan
Unidos los heráldicos blasones

De Córdoba y Bazán, á par que adorna
El capillo sutil blanca azucena,
Símbolo hermoso de inocencia pura.

En medio á tanta pompa, un venerable
Anciano se adelanta, á quien decora
Manto sacerdotal: la mano extiende
Sobre el cándido infante, y con los ojos
Fijos en la alta Cruz, fuente do nace
El raudal de la gracia, en tono augusto
Las preces salutíferas pronuncia
Con uncion evangélica. «Señora,
Tú que diste á la luz esa que bella
Sobre el lecho nupcial ora descansa
De su reciente padecer, y madre
Dos veces hoy del que en tus brazos gime
Bien te puedes llamar, llega y renuncia
Al imperio satánico en su nombre,
Y al engañoso mundo: al acopado
Mármol, de gracia bienhechora fuente,
Acércate con fe.» Mas ya vertida
Por el rostro infantil, miro corriendo
El agua milagrosa, que le torna
Hasta el nativo Eden de nuestros padres.

Salud y paz, santificado niño!
Y cuando raye tu razon, ¡dichosos
Tiempos llegues á ver! fija la rueda
De la fortuna en tu ventura quede.
Seis lustros há que despiadado genio
Con peso abrumador de crudos males
Sobre el suelo español su planta afirma.
Vemos brillar la alegre primavera,
Arder el sol en el fogoso estío,
Mostrar la vid su pampanosa gala,
Y al rigor invernal parar la fuente;
Mas no entre el horizonte nebuloso,
Que nuestra humana comprension ofusca,
De ansiada paz la jubilosa oliva
Podemos descubrir. Tu gracia imploro,
Niño inocente, si á mi acento humilde,
Que hoy sólo es para tí, dolientes ecos,
Gemidos de afliccion el pecho envia.

Vuelve al paterno hogar, ángel humano;
Que allí la hermosa que tu vuelta aguarda,
Entre el placer de sus caricias dulces,
Dentro de ti derramará gozosa
De su cariño maternal la fuente.

Mas ya á tu padre arrebatarte veo
Del albo seno de tu amante madre,
Y por do quier con júbilo te lleva
Como en pompa triunfal, y á todos dice :
«Mirad! miradle!» y te bendicen todos,
Ya por las gracias de tu rostro lindo,
Ya porque en ellas resaltar parece
De tu preclaro orígen la semblanza.

Álvaro, sé feliz: yo, prosternado
Ante el mártir del Gólgota, que muere
Enclavado en la Cruz, por tus venturas
Ferviente rogaré. Tus tiernos padres
Sus bendiciones te darán, que nunca
Sabrás harto apreciar: nada en el mundo
Es más sincero, firme, generoso
Que el amor paternal : corren los años,
La ancianidad nuestras pasiones calma;
Mas el paterno amor nunca envejece.

Tambien yo puedo cariñosos hijos
Á mi seno estrechar : si la ardua senda
De la santa virtud seguir los veo,
Los amaré cual hoy; si el corrompido

Mundo, lanzando su hálito de muerte,
Les inspira el error, yo los perdono;
Y sólo suyo mi postrer suspiro
Será, cuando al Señor rinda yo el alma.

1840.

LA MUERTE DE FELIPE SEGUNDO.[1]

ODA.

Númen de la verdad, mi canto inspira!
Si en mis alegres años
Con ardor juvenil pulsé la lira,
Y el brillo seductor de la hermosura
Mi estro y mi corazon inflamar pudo;
Si al eco noble del clarin guerrero,
Con ademan sañudo,
De San Quintin en la sangrienta arena
Blandí animoso el toledano acero;
Si, con la sangre de mis venas tinto,
En mi fiel arcabuz tronó la muerte
Sobre el antiguo golfo de Corinto;
Léjos del mundo, y de sus pompas léjos,
Habitador del claustro solitario,
De Felipe el Prudente alto renombre,

[1] Composicion premiada, en los juegos florales de 1842, por el Liceo Artístico y Literario de Madrid.

Ofrenda de piedad, regio santuario,
Hoy de las musas el favor imploro;
Cual mi santo Doctor, que yo venero,
En su retiro austero,
Aunque anegado en penitente lloro,
Del genio admirador, tambien solia
De Augusto recordar el siglo de oro.
Suene mi voz, difúndase mi acento
Por cuanto baña el sol y el mar abarca,
Y ante el áureo ataud donde la Parca
Ya las cenizas de mi Rey encierra,
De la envidia á despecho y la mentira,
Númen de la verdad, mi canto inspira!

Áun alumbrando el sol el agria sierra,
Y el Héspero rayando en occidente,
Al santo monasterio se encamina,
Con innúmero pueblo y marcha lenta,
Régia carroza, que entre palmas de oro,
En su imperial las águilas sustenta.
«El Rey! el Rey!» la muchedumbre clama,
Con fieles vivas fatigando el viento;
Los címbalos repican en las torres,
Y ensordece el cimborio agigantado,

La inmensa lonja, el colosal convento.
El Rey, un tiempo admiracion del mundo,
Cercano á dar el postrimer aliento,
En brazos de sus monjes apoyado,
Desciende y cruza con penosa planta
El monástico pórtico sagrado.
Negro chapeo con rizada pluma,
Vuelta hácia un lado, su cabeza cubre;
Un morado gaban lleva vestido,
De armiños blancos aforrado el cuello,
Y de un rico cordon de roja seda
El vellon de Borgoña suspendido,
Á par de una medalla, que sellada
Del Pescador bajo el anillo santo,
El Romano Pontífice le diera
Por parabien del triunfo de Lepanto.
Póstrase ante el altar que alzara un dia,
Cuando de San Quintin el lauro honroso
Enlazaba glorioso
Á la rendida espada de Pavía;
Y un ay lanzando triste y lastimero,
Entre el llanto que brota de sus ojos,
Con acento süave
Fervorosa plegaria al cielo eleva,

Que repite en su bóveda sonora
Del vasto templo la crucera nave.

FELIPE SEGUNDO.

Eterno Dios! Señor Omnipotente!
Hoy más que nunca en tu bondad confio,
Pues mi vida acabar el alma siente.
Todo brillar de humano poderío,
Por más que su esplendor al mundo asombre,
Es leve polvo en el sepulcro umbrío.
Dios de bondad! al invocar tu nombre,
Cuando yo el fin de mi existencia vea,
La cruz que fué martirio del Dios-Hombre,
Que cruz de redencion para mí sea!
Dios eterno!... Señor!...

Un sudor frio
El eco de la voz heló en sus labios,
Un súbito temblor sus miembros mueve,
Y cuajadas las lágrimas se agolpan
Á sus mejillas pálidas de nieve.
Cuatro escuderos con afan ansioso
Y celo fiel al lecho le conducen,
Y allí el reposo su penar mitiga,

Y allí el saber humano
La bienhechora ciencia le prodiga.

Mas ay! que siempre es vano
Á la muerte atajar en su carrera!...
Y el augusto doliente
Su aliento postrimer lanzar espera,
Y clavados los ojos en el cielo,
Su alma cristiana, de esperanza llena,
Recibe humilde el divinal consuelo
Del santo pan de la Sagrada Cena.
Cual ola que, espumante,
En su diurnal oscilacion extiende
Por la vecina playa
El anchuroso mar, zona del orbe,
Y en cristal dilatado convertida,
No bien al sol refleja,
Cuando la blanda arena se la absorbe;
Así tambien la vida
Desde el solio eminente,
Desde la humilde choza desvalida,
Arrastrada del tiempo en la corriente
Por una fuerza oculta,
En la insondable tumba se sepulta.

Extraña agitacion, tristes clamores
En el palacio de Felipe cunden,
Que por el claustro y poblacion á un tiempo
Con angustiados ayes se difunden.
«Dios inmortal! á nuestro Rey conserva!
Lo ruega España, y nuestra Iglesia Santa
Te lo ruega tambien. Áun orgullosa
Se obstina en el error la gente impía,
Que, á la impostura y crímen avezada,
Junta la rebelion con la herejía.»
Inútil suplicar! El labio yerto
De la confusa gente,
Entre suspiros y afligido lloro,
Sólo acierta á decir: «El Rey ha muerto.»

En magnífico féretro, adornado
De seda carmesí y argentería,
Con auríferas puntas tachonado,
Y el cetro y la corona,
De régia potestad emblema y fuero,
Esculpidos de bronce en el testero,
Los restos de mi Rey guardados yacen.
La pompa funeral suntuosa llega,
Con tardo paso y numerosa gente,

Á la alta puerta, cuyo duro gonce
Al Monarca, señor del pueblo ibero,
Dos veces, y no más, entrar consiente[1];
Y un escudero real con fuerte mano
Hiere tres veces su robusto bronce.
De lo interior del pórtico se escucha
Responder una voz grave: «Quién llama?
—Para el Prior, contesta el escudero,
Traigo un pliego del Rey.—Entrad,» le dice
Con voz humilde un cenobita austero.
Pronto la fiel comunidad desciende
Al patio de los Reyes anchuroso,
Y pronto son abiertas
Del recinto monástico las puertas.

Con armas pavonadas
Y una bandera, en cuyo centro brilla
El blason de Castilla,
Un heraldo, presente
El mensaje del Rey, así lo anuncia:

[1] Hay en el Escorial una puerta designada para que los Reyes de España hagan su primera entrada solemne en el templo, despues de subir al trono, la cual no se vuelve á abrir sino para que éntre su cadáver.

«Don Felipe Tercero,
Nuestro Rey y Señor, á vos encarga,
Reverendo Prior, que al Rey, su padre,
Que en santa gloria está, deis sepultura...
—El Rey lo manda? entrad», sólo repite
El monje venerable.
Marchas suenan los roncos atambores,
Marchas suenan los bélicos clarines,
Y al peso y retemblar de la armadura
El fogoso alazan el freno tasca,
Y enciende el pedernal con la herradura.

La régia pompa lentamente avanza,
Y el santo templo llena congojosa,
En tanto que en un túmulo elevado
El sarcófago fúnebre aparece,
De los nobles Monteros de Espinosa
Por el debido esfuerzo colocado.
Las armas de Aragon y de Castilla,
Las árabes cadenas de Navarra[3],

[3] Las cadenas del escudo de Navarra representan las que cercaban y fortalecian la tienda real de los moros en la célebre batalla de Las Navas, por haber sido las tropas del

Las columnas de Alcídes,
Del sañudo leon la altiva garra,
Las quinas y las águilas se ostentan
En negro paño recamado de oro,
Que al eminente túmulo ennoblece;
Y con el regio manto coronado,
El cetro de dos mundos resplandece.
Un pabellon, formado
De pendones rendidos,
Por la cruz de Lepanto dominado,
La gloria anuncia del marcial trofeo,
Y en el suelo arrojado
El Alcoran de Alí... La numerosa
Corte vestida de doliente luto,
Los Grandes y Prelados reunidos,
El reinante Monarca...
Todo es grande y solemne
En tan dignos y justos funerales;
Y para aumento de la pompa augusta,
En dos opuestas filas divididos,
Sirven de armados guardas

Rey de Navarra las primeras que consiguieron romperlas y apoderarse de los reales enemigos.

Cuarenta mosqueteros españoles
Y cuarenta flamencas alabardas.
Himnos y preces sobre el alto coro
Las elevadas bóvedas resuenan
De la iglesia ostentosa,
Y un docto monje con pausada planta
Á la cátedra santa
De la verdad se eleva,
Y al resplandor de fúnebres blandones,
Que dan al templo pálido celaje,
Entre el silencio de las gentes mudo,
Con grave acento y con ternura, pudo
Tributar á su Rey este homenaje:

«Ved esa pompa, oh grandes de la tierra!
Mirad el fin de nuestra vida breve!
Esa urna cineraria sólo encierra
De Felipe Segundo el polvo leve.
Prudente en paz y respetable en guerra,
Honrar España su memoria debe,
Y por su salvacion la Iglesia Santa
Himnos y preces fervorosa canta.

»Si el cielo el alta inspiracion me diera
Que hizo inmortal al orador de Aquino,
Ó si en este lugar me concediera
Su docta ciencia y su decir divino,
Quizás entónces reanimado fuera
En ese augusto túmulo vecino,
Para ventura de la hispana gente,
El despojo mortal del Rey Prudente.

»Si en honra y bien de la nacion judía
En las Sagradas Escrituras leo
Que al pueblo de Israel defendió un dia
El religioso Júdas Macabeo;
De la reciente pérfida herejía
Tambien á España defendida veo,
Haciendo frente al luterano bando
Del Católico Rey el justo mando.

»Mas ay! que, débil el acento mio,
No puede sublimarse á tanta altura,
Para hablar del cristiano poderío
Con que Felipe gobernar procura,
Ni cuál resiste al heresiarca impío
Con fe constante, vigorosa y pura,
Sin que un rayo de luz baje del cielo
Á herir mi frente y alumbrar mi celo.

»La Vírgen celestial que á la serpiente
Holló en Belen con poderosa planta,
Que es de bondad inagotable fuente
Y hermosa y pura y mediadora y santa,
Madre inmortal de la cristiana gente
Y madre del Dios mártir sacrosanta,
Porque su amparo y proteccion logremos,
Con el ángel Gabriel invocaremos.

Et repulsi sunt inimici ejus præ timore ejus, et omnes operarii iniquitatis conturbati sunt: et directa est salus in manu ejus.

MACHAB., lib. 1, cap. 3°, v. 6

»Cansado de reinar Cárlos Primero,
Desciñe de su frente la corona,
Y por un claustro solitario, austero,
Las mundanas grandezas abandona:
Con renombre de célebre guerrero
La fama militar le galardona,
Pues con las armas imponiendo leyes,
Fué honor de España, admiracion de reyes.

»Al trono de la vasta monarquía
Que siempre en su carrera el sol alumbra,
El Rey que vemos en la tumba fria,
Por la renuncia paternal, se encumbra;
Mas á quien lleva la virtud por guia
Nunca del mando el esplendor deslumbra;
Que la gloria del mundo es sombra vana,
Y frágil barro la existencia humana.

»Santa doctrina! ¡Máxima sublime,
No olvidada jamás del Rey Prudente,
Que nunca al pueblo con su cetro oprime,
Ni desoye el clamor del inocente;
Que el desenfreno criminal reprime
Con el castigo que la ley consiente,
Y vela porque el oro ó la malicia
No perviertan la voz de la justicia!

»Nunca juntos tan célebres varones
El honor español miró afamado,
De ciencia y de virtud y de blasones,
Como en su justo paternal reinado:
Magistrados, prelados, campeones,
Todos gozan renombre respetado...
Mas del trono á los fúlgidos destellos,
Se ve más grande el Rey que todos ellos.

»No hay que olvidar que á la guerrera gloria
Esta suntuosa fundacion debemos,
Y que de San Quintin por la victoria,
Aquí prodigios de las artes vemos;
Ni que hoy su nombre en la futura historia
Con esta excelsa pompa aumentaremos,
Como que su esplendor se ostenta y brilla
En la del mundo octava maravilla.

»Del final porvenir alzando el velo
En la techumbre del grandioso coro,
El pincel de Cambiazzo anima el cielo
Con etéreo fulgor y nubes de oro:
El canto que entonó piadoso celo
Vuelve, y retumba el arteson sonoro,
Presagio fiel del eco tremebundo
Que el término fatal anuncie al mundo.

»Áun te miro, oh mi Rey! en la escabrosa
Cima sentado del vecino monte,
Cortando esta basílica famosa
Á tu vista la luz del horizonte;
Y en medio de su fábrica ostentosa,
Porque tu docta fama te remonte,
Sobre su forma y construccion severa
Dar gloria al arte, inspiracion á Herrera.

»Sagrada Religion! Tú en algun dia,
Con el signo del Gólgota en la mano,
Que sólo un Dios santificar podia
Muriendo en él por el linaje humano,
Humillando la falsa idolatría
Y dominando al alto Vaticano,
Tú hiciste con tu luz en todas partes
Al Cristianismo genio de las artes.

»Mas ¿cómo, ante la tumba que presente
Tengo á mis ojos, olvidar pudiera
El triunfo que en el piélago inclemente
Nuestra bizarra flota consiguiera!
¿Quién hay que, al recordar al Rey Prudente,
No recuerde tambien la rabia fiera
Del feroz musulman, que con espanto
Hundido su poder lloró en Lepanto!

»Con suelta vela y favorable viento,
Ostentando la cruz en la alta popa,
Y vivas elevando al firmamento
Sobre cubierta la marina tropa,
Surca atrevida el húmedo elemento
La armada fiel de la cristiana Europa,
Y deja de Corcira las riberas,
Llevando al golfo naves y galeras.

»En los palos las velas recogidas,
Y el ancla férrea fatigando el cable,
Las musulmanas proras reunidas
Aguardan con valor imperturbable;
Pero pronto á los vientos extendidas,
Y el áncora levada formidable,
En ordenada línea se colocan,
Y al combate mortífero provocan.
»Toda la gente en la cristiana armada
De popa á proa la cubierta encubre,
Y, por el Jóven de Austria levantada,
La redentora enseña se descubre
Con la divina imágen enclavada
Que el Santo Leño con su sangre cubre;
Y al ver la Cruz, ruidosa gritería
Se alza al cielo con voces de alegría.
»Eran de ver aquellos campeones,
En santa compuncion puestos de hinojos.
Repitiendo piadosas oraciones,
Mezcladas con el llanto de sus ojos;
Empero sus guerreros corazones
Brotando sangre, respirando enojos,
Ansian volar á la naval pelea,
Porque triunfar la Cruz el mundo vea.

»Viento contrario á la creyente flota
Viene á impulsar las naves otomanas,
Que, cambiado, las deja en su derrota,
Para la vela hinchar de las cristianas.
El mar ondisonante se alborota,
Y salpica banderas y mesanas,
Y de pólvora, en fin, un humo denso
Cubre con su vapor el golfo inmenso.
»Súbito aquella niebla pavorosa
Milagroso huracan arroja al lado
En que de Alí la escuadra poderosa
El combate sostiene encarnizado:
Don Alvaro Bazán, que la animosa
Reserva manda, acude acelerado,
Porque un error el otomano aprecia
Para rendir seis naves de Venecia.
»Enarbolando negras banderolas,
Y enhiesta en el baupres una cuchilla,
Rompiendo de la mar las crespas olas,
Siroco, el albanes, mueve su quilla.
Fuego por las abiertas portañolas
Lanza sobre las velas de Castilla;
Truena el cañon, el piélago retumba,
Y en la playa vecina el viento zumba.

»Mas Bazán á la nave emprendedora
La suya atraca, le barrena el casco,
Y pegándole fuego por la eslora,
Revienta cual durísimo peñasco...
Así fenece la guerrera prora
Celebrada en Esmirna y en Damasco
Por su estrella feliz en los combates
Cuando guardó las bocas del Eufrátes.

»El de Austria, con diez buques españoles,
De los contrarios el costado gana,
Y venablos y balas arrojóles
Desde su hermosa prora castellana;
Y enredando á los suyos los penoles
De la enemiga nave capitana,
Animado de bélico coraje,
Grita con fiero ardor: *Al abordaje!*

»Entónces salta al bordo contrapuesto
Con los suyos, armados de machetes,
Sin que contenga su arrojado arresto
El fuego de arcabuces y mosquetes:
Con firme obstinacion defiende el puesto
El turco con soldados y grumetes;
Corre la sangre y se desborda pronto,
En pos bajando á enrojecer el Ponto.

»Viendo Don Juan en la tenaz refriega
Que la palma triunfal incierta vaga,
Corre á la popa, y con audacia ciega
De Alí en el corazon hunde la daga;
Sobre el alcázar que la sangre riega,
Con el turco Sanjac el viento halaga[1],
Y exclama, lleno de arrogancia y gloria:
Viva la Religion! viva! Victoria!
»Á su voz en las naves y galeras,
Del otomano fiero vencedoras,
Se ostentan en los palos las banderas
Con palmas y coronas triunfadoras;
Y las vencidas gentes altaneras
Cruzan la mar con sus flotantes proras,
Llenas de asombro y de mortal cansancio,
Á llevar su terror hasta Bizancio.
»Fué del Prudente Rey el poderío
De moros y de herejes escarmiento,
Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,

[1] *Sanjac*, estandarte turco, venido de la Meca, ganado en la batalla de Lepanto, y presentado á Felipe II en el Escorial. (Cabrera, *Historia de Felipe II.*)

Gloria del trono, de la Iglesia brio,
Temido en Flándes, respetado en Trento;
Y, desde el mar de Luso á la Junquera,
Hubo un cetro, un altar y una bandera.
»Vosotros, los que, al túmulo cercanos,
El féretro guardais, abridlo luégo;
Y ante esos restos míseros humanos
La verdad me dará lengua de fuego:
Y no con los acentos cortesanos
La voz al viento vagaroso entrego,
Pues la cátedra santa se profana
Con falso aserto y con lisonja humana.
»Horrendo crímen, que la envidia pudo
Sólo inventar con fiera alevosía,
Más vil é infame que puñal agudo
Clavado en bienhechor á sangre fria,
De apoyo cierto y de razon desnudo,
Se atribuyó á Felipe con impía
Calumnia, que brotó suelo extranjero...
Crímen horrible, que expresar no quiero![5]

[5] Ya nadie ignora que la perversa índole del príncipe D. Cárlos, sus inteligencias clandestinas con los rebeldes de Flándes, y su tenaz empeño en atentar contra la vida de su padre, fueron las causas que obligaron á Felipe II á man-

»El jóven Cárlos, en la edad fogosa,
Las fieras fatigaba en la carrera;
El cierzo frio ó siesta calurosa
Nunca esquivaba su índole altanera...

darle prender y formarle causa criminal. Ocupados los papeles del Príncipe en el acto de su arresto, encargó el Rey su exámen á varios consejeros, presididos por el cardenal Espinosa, favorito del Monarca é Inquisidor general, de cuya última circunstancia se originó el error de que Cárlos habia sido juzgado por el Tribunal del Santo Oficio. Examinados los papeles del Príncipe, y dada cuenta al Rey del resultado, nombró S. M., para que formase y sustanciase el proceso, una comision, compuesta del cardenal Espinosa, del príncipe de Éboli, Rui Gomez de Silva, consejero de Estado, y del licenciado D. Diego Briviesca de Muñatones, del de Castilla; tomando el Rey á su cargo la presidencia. Entre tanto el Príncipe obraba en su prision como desesperado y fuera de juicio. Unos dias comia desmedidamente, otros no tomaba alimento alguno. Bebia con exceso agua de nieve, regaba su cama con ella, y tambien el pavimento de su cuarto, paseándose despues por él descalzo y desnudo; y, en suma, cometió tales excesos, que le acarrearon una grave enfermedad, y por último la muerte. De este suceso nacieron las calumnias inventadas por el Príncipe de Orange en el manifiesto que difundió por Europa, acogidas con ánsia por los escritores franceses, enemigos implacables de Felipe II, y exornadas con otros episodios de su fantasía por los novelistas y poetas.

Quizá lisonja astuta y codiciosa
Su loca sed de mando enardeciera;
Quė de ambicion los pérfidos engaños
Culpan de lento el curso de los años.

Verdad es que Felipe dijo al cardenal Espinosa y al Príncipe de Éboli, tratándose de los gravísimos delitos de estado que aparecian contra D. Cárlos, de los documentos insertos en el proceso, que si la ley le condenaba, « su corazon » le dictaba la dispensa; pero que su conciencia no se lo per» mitia, porque no esperaba que fuese para bien alguno de » la España; y por el contrario, creia que la mayor cala» midad del Reino seria tener un monarca sin instruccion, » talento, juicio ni virtud, lleno de vicios y pasiones, es» pecialmente la cólera y ferocidad sanguinaria: por lo cual, » á pesar del amor paternal y de la violencia que le costaba » un sacrificio tan terrible, consideraba forzoso el hacerlo » (dejar obrar á la ley), si se proseguia el proceso en re» gla; pero, atento á que el estado de la salud de su hijo » era tan infeliz, que se debia esperar su muerte natural » por efecto de sus desarreglos, consideraba por menor » mal descuidar un poco la curacion, condescendiendo á » cuantos apetitos tuviera el enfermo. » No hay duda en que estas palabras manifiestan un vivo deseo en el Rey de que su hijo falleciese de la enfermedad que le aquejaba, por considerar su muerte como el único medio de no verse en el doloroso apuro de luchar entre los sentimientos paternales y el deber de su conciencia, en caso de que la ley le condenase. Pero de este deseo al hecho de enve-

»Postra al Príncipe augusto fiebre ardiente
En el rigor del abrasado estío,
Y el término fatal llegar presiente,
Que abre los senos del sepulcro frio;

nenarle hay tal distancia, que fuera temeridad sospecharlo, careciendo de toda especie de datos en que fundar el juicio. Sólo la ojeriza mortal de los enemigos de Felipe pudiera arrojarse á dar por cierto un hecho tan atroz de parte de un padre, cuando éste, con plena seguridad de conciencia, hubiera logrado su intento por el ministerio de la ley.

Á esta fábula se agregó despues otra con ocasion de la muerte prematura de la Reina D.ª Isabel de Borbon, acaecida de resultas de un mal parto, á más de dos meses del fallecimiento del Príncipe. Supúsose tambien obra del Rey la muerte de esta señora, por haber descubierto relaciones amorosas de la misma con D. Cárlos; añadiendo, para dar más fuerza á la calumnia, que D.ª Isabel habia venido á casarse con el Príncipe, y que el viejo la obligó á que fuese su esposa. Un cuento tan oportuno para dar interes á un drama trágico, no es de extrañar que lo creyesen y adoptasen con afan los poetas, los cuales se detienen poco en apurar la verdad de los hechos, cuando ofrecen recursos al arte para producir el efecto que se proponen. Á fin de hacer ver lo absurdo de semejante novela, basta recordar que, por el art. 27 del tratado de Cambresis, celebrado en Abril de 1559, se acordó el casamiento de la princesa Isabel con el rey D. Felipe, y no con su hijo, el cual no llegaba á los catorce años de edad, siendo

Y á un religioso anciano y penitente,
Esforzando su voz, aliento y brio,
Pidió que santa absolucion le diera
Ántes que su alma al Hacedor rindiera.
»El padre Rey, con alma enternecida,
Y su semblante en lágrimas bañado,
Por entrada á las gentes escondida,
Y de solo un ujier acompañado,
Con mano temblorosa y extendida
Bendice al moribundo acongojado,
Y en voz quebrada y compasivo tono
Exclama : *Hijo infeliz! Yo te perdono* [6].

además mal conformado, pálido y enfermizo; y que el Rey, su padre, nacido en 21 de Mayo de 1527, tenia entónces treinta y dos años. Tal era *el viejo* que se apropió la novia de su gallardo y virtuoso primogénito, como le pintan los poetas.

Estos sucesos, puestos en el más alto punto de claridad por D. Juan Antonio Llorente, en su *Historia de la Inquisicion de España*, pueden leerse por extenso en el tomo VI de dicha obra, edicion de Barcelona, hecha en 1836.

[6] El príncipe D. Cárlos falleció el dia 24 de Julio de 1568, á las cuatro de la mañana. Felipe II, sin ser visto del Príncipe, le repitió la bendicion paternal, que ya le habia dado, á peticion suya, por medio de Fr. Diego de Chaves. El Rey extendió el brazo para bendecir á su hijo, entre los

»Esta es, oh mundo! la verdad entera:
No hay que escuchar á la impostura impía.
La voz de la verdad es duradera
Más que el eco de pérfida falsía.
Cuando del Duque de Alba la guerrera
Espada á los rebeldes combatia,
Hizo cundir por su marcial falange
Esa calumnia el Príncipe de Orange.

»¡Eterno Dios, que, en majestad vestido,
Das á los orbes rumbo y movimiento,
Que pones coto al mar embravecido,
Y refrenas el ímpetu del viento!
Tú, que del hombre á la maldad vendido
Sabes frustrar el atrevido intento;
Tú, que á las huestes por honor y gloria
Concedes el laurel de la victoria;

»Tú, que al pecho cristiano fortaleces
En las tribulaciones de la vida,
Y, bondadoso padre, te enterneces
Al invocarte el alma arrepentida;

hombros del Príncipe de Éboli y del Gran Prior de San Juan, que se hallaban en la cámara del Príncipe, encargados del cuidado de la persona de S. A., por órden de su augusto padre. (Llorente, en la *Historia* citada.)

Tú, que á tu santa Religion ofreces
Que, por tu fuerte brazo defendida,
No han de poder contra su dogma eterno
Prevalecer las puertas del infierno;
»Los ojos vuelve á la afligida España,
Que por su amado Rey lágrimas vierte,
Hoy, que vano saber al mundo engaña,
Y con villana astucia lo pervierte:
¡Inaudita maldad! ¡infame hazaña,
Sembrar do quiera destruccion y muerte,
Porque tremole la altivez impía
La bandera procaz de la herejía!
»Nunca, oh mi Dios! en nuestro patrio suelo
Germine la semilla venenosa,
Que tanto estrago y amargura y duelo
Del Reno esparce en la ribera umbrosa.
Como de Recaredo el santo celo
De Arrio venció la secta poderosa,
De España aleja la falaz doctrina,
Que ya cercanos reinos contamina.
»Que no miren mis ojos afligidos
Por tierra los católicos altares,
Ni sus santos ministros perseguidos,
Ni enmudecer sus preces tutelares,

Ni por el luterano destruidos
Estos santos monásticos hogares,
Ni del cisma espantoso los horrores
Aparten de su grey á los pastores.
»Ay! que el error su predominio extiende!
¿No veis que ya en su cuna no se encierra,
Y en sus tramas sofísticas comprende
Á la antigua cristiana Ingalaterra?...[1]
Tu brazo, oh Dios! á nuestra España tiende,
Para hacer al infierno cruda guerra:
Tú, sin dar á Satan tregua ni pausa,
Levántate, Señor, juzga tu causa.
»¡Oh Felipe, Tercero de este nombre,
Que hoy á tu padre en el sepulcro lloras!
Aumenta tu clarísimo renombre
Defendiendo la fe del Dios que adoras;
Que tu firmeza al universo asombre
Contra audaces doctrinas novadoras,
Y justifiques en tu augusto mando
Ser digno sucesor de San Fernando.
»Alma del Rey que inanimado miro!
Rey malogrado entre el comun lamento!

[1] Así se escribia esta palabra en el tiempo en que se supone predicado este sermon.

Rey que rendiste el último suspiro
Elevando tu vista al firmamento!
Ese estrellado globo de zafiro,
Del solio del Señor eterno asiento,
La gloria celestial gozar te vea.
Rogad, fieles, á Dios porque ASÍ SEA!»

Terminó el orador: con marcha grave
El fúnebre concurso se difunde
Del regio templo por la inmensa nave.
Las gradas del altar cuatro maceros
Y guardas y monteros
Suben, llevando el féretro ostentoso...
«Descanse en paz,» el cántico decia;
«Descanse en paz,» el eco repetia.
Y Felipe Segundo, ya en la tumba,
En silencio eternal, mudo testigo
De las pompas mundanas,
Y sordo á la verdad y á la lisonja,
Ni oye el triste clamor de las campanas,
Ni el tronar del cañon en la ancha lonja.

A CARLOS TERCERO

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

SONETO.

No ya sobre dos mundos tu corona
Afirma su poder y resplandece,
Ni respetada nuestra armada ofrece
Al libre viento su volante lona,
Ni la fama marcial nos galardona,
Ni el bélico laurel nos engrandece,
Cuando el bronce español sólo estremece
La tumba comital de Barcelona[1].
Y ¿esta es, oh Dios! aquella monarquía
Que su estandarte tremoló en Otumba,
En San Quintin, Parténope y Pavía?
Vélate, oh sombra! en tu gloriosa tumba,
Hoy que al rudo huracan de la anarquía
El trono de cien reyes se derrumba.

1842.

[1] Este soneto fué compuesto el 13 de Diciembre de 1842 cuando las tropas del Gobierno bombardeaban á Barcelona insurreccionada.

RECUERDO DE GLORIAS PASADAS,

CUANDO POR UN DECRETO SE QUISO CAMBIAR LA ESCARAPELA ESPAÑOLA.

SONETO.

Do quier Gonzalo su renombre aumenta
Siempre que ajusta el espaldar y gola,
Y grande en Garellano y Cerinola
La roja banda de su Rey ostenta.
Usándola en guerrera vestimenta
La imponente marcial hueste española,
Sobre Bitonto Montemar tremola
La augusta lis que nuestro escudo argenta.
Con ella cruzas la salobre espuma,
Oh noble España! y belicosa abarcas
Los tronos de Atahualpa y Motezuma.
Y entre el Alpe y la mar la huella marcas
De tu carro triunfal que al suelo abruma,
Dando á Roma [1] y á Nápoles monarcas.

[1] Cárlos I, Rey de Romanos. Cárlos III, Rey de Nápoles.

A DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA,

EN EL REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO.

SONETO.

En esos, hoy encantadores valles,
Sierras un dia y rústicos apriscos,
El cetro del poder abrió entre riscos
Parques floridos y frondosas calles.
Baña á sus ninfas los esbeltos talles
Raudal brotando en espumantes discos,
Por grupos bellos y altos obeliscos,
Émulos de la pompa de Versalles.
Cuando en la selva el ruiseñor modula
Festivo acento, y la nadante carpa
En pura fuente plácida circula;
Feliz cual prora que de Gádes zarpa
Para tu isla natal[1], celebra, oh Tula!
Ese Borbonio Eden, pulsando el arpa.

[1] La poetisa Señora Avellaneda es natural de la Habana.

EL REY SAN FERNANDO.

ODA.

Cuando del Bétis la flotante espalda
Fué con sangre española enrojecida,
Y al rimbombe leal de la Giralda
La basílica insigne estremecida;
Cuando un guerrero, ufano
Con audacia iracunda,
Cerraba el cerco á la imperial Sevilla,
Ciudad invicta de Isabel Segunda;
El Cabildo hispalense se postraba
Ante las gradas de un sepulcro santo;
Y un prelado á su frente,
Bañado el rostro en abundoso llanto,
Al cielo eleva su plegaria ardiente.
Zumba en las áureas bóvedas el eco
Al fulmíneo estallar del bronce hueco,
Que las naves altísimas atruena.
Crece el espanto, la congoja crece...

Sobre el trono dejó. Reina es de España,
Y su nombre Isabel.

EL REY.

Y ¿quién gobierna?
Quién es su guardador?

PRELADO.

El que acaudilla
La hueste sitiadora.
Todo es desolacion... y España alzada,
Doblar resiste el cuello á la coyunda
De una fortuna osada,
Y en nombre se arma de Isabel Segunda.

EL REY.

Juntad las Cortes y entregadla el cetro:
Ella el escollo de ambiciones sea,
Y sobre el trono que ocupé algun dia,
Ángel de paz se vea.
En edad juvenil sobre mis sienes
De Leon la corona vi asentada,
Y por materno amor otra corona
Á la herencia paterna entrelazada.

Las Cortes me juraron,
Los pueblos me acataron...
Armando el Moro en Córdoba y Sevilla,
Lara el Reino agitando,
Y la secta albigense amenazando,
Todo era contra mí...—y el cetro mio,
Sostenido por Dios Omnipotente,
Aumentó de Castilla el poderío.
Las falsas y ambiciosas intenciones,
Que en tiempos de inquietud alzan la frente,
Solo el regio poder las avasalla,
Y ante él vencida la altiveza, calla.

El Santo Rey cesó. Tras pausa breve
Su voz de nuevo resonó en la tumba,
Voz que en las altas bóvedas retumba :
«Juntad las Cortes y entregad el cetro
Á la régia Doncella;
Que yo en los cielos velaré por Ella.»

Ya obedecida estáis, sombra sagrada,
Y ansiada aurora de ventura brilla,
Pues la tierna Isabel reina en Castilla,
Como reinasteis vos, del pueblo amada.

Velad por Ella, sí; porque ese cetro,
Que con nuevo esplendor luce en la mano
De nuestra Reina augusta,
Contra quien la ambicion sus tiros lanza,
Es el ancla robusta
De que, en recia borrasca, el pueblo hispano
Fia su salvacion y su esperanza.

AL TAJO.

ODA.

Folgaba *el Rey Rodrigo*
Con la fermosa Cava en tu ribera,
Y le anunciaste, oh Tajo! su castigo,
De tus ondas sacando el pecho fuera.
Sobre esa arena, que en tus campos dora
El rayo luminar de Febo intonso,
Triunfar miraste de la hueste mora
Al héroe de Vivar y al Sexto Alfonso.
Y saludaste en tu feliz orilla
Aquel pendon que ufano reflejabas,
Enseña de Leon y de Castilla,
Que al tercer invasor venció en las Navas.
Siempre animaste á la española gente
Á nobles hechos, á ínclitas hazañas,
Y te mostraste hasta la edad presente
Cual númen tutelar de las Españas.

Sí; que cuando extranjera alevosía
Quiso imponernos hierros y coyunda,
Rey alzaste con noble valentía
Al Padre excelso de Isabel Segunda.
Mas un eco feliz, con voz sonora
Repitiendo «Isabel», el viento hiende,
La gala agita del jardin de Flora
Y las fluviales náyades suspende.
Con tanta dignidad, oh Reina augusta!
Llegue tu nombre al porvenir lejano,
Como del Tajo la corriente adusta
Lleva tu fama al golfo lusitano.
Firme en tu voluntad, oh Reina amada!
Muestra el cetro español al orbe entero,
Pues tu mano, Isabel, es tan preciada
Cual la espada de un rey justo y guerrero.
Dorado rio, que, en mullido lecho,
Del frondoso Aranjuez las flores meces,
Hasta que, en perlas nítidas deshecho,
En la bella cascada te enfureces:
Calma tu hinchada espuma turbulenta,
Pues ya cabe tu espalda cristalina,
Entre pompa triunfal, su planta asienta,
Vengada y grande, la inmortal Cristina.

Los templos del saber abrió su mano,
Á los proscritos el hogar volvióles,
Y regenta en el trono soberano,
Restableció los fueros españoles.
Ninfas del Tajo, que las trenzas de oro
Al viento dais, corriendo sus verjeles,
Sed nueva pompa al español decoro,
Dando á su planta palmas y laureles.
Y tú, rio de Laso, la cabeza
Ante el alcázar de Isabel levanta;
Que, libre España ya, con altiveza
Recientes glorias venturosa canta.
Romper un pueblo los impuestos lazos,
Lanzar del mando al infecundo encono,
Ver á su Reina en los maternos brazos,
Son triunfos de lealtad, triunfos del trono.

Aranjuez, 1844.

MI MUSA Y MI CORAZON.

A MI AMIGO D. JUAN NICASIO GALLEGO.

ROMANCE.

Desde los añosos muros,
Y entre las torres feudales
Que fueron de mis abuelos
Solaz, mansion y baluarte;
Ofreciéndose á mi vista
Montes, villas y lugares
De los célebres Toledos,
De la gran Toledo alcaides;
Anhelo, mi caro amigo,
El que mis versos alcancen
La aprobacion de las Musas,
La dicha de que te agraden.
Mas ¿cómo inflamar el estro
Que ilustra el canto del vate,
Cuando la mano resiste
Pulsar la lira süave,

Pues de mi antigua existencia
Sólo han venido á quedarme
Ambos ojos para el llanto,
El pecho para pesares?

Si para alegrar el mundo,
Luces vertiendo á millares,
Rompe el sol la noche umbría,
El sol para mí no nace.

Si con sus abiertas hojas
La rosa embalsama el aire;
Si desde el búcaro olores
Del clavel difunde el cáliz;

Si al rayar la blanca aurora,
Su canto ensayan las aves;
Si refleja el claro arroyo
Los verjeles de su márgen;

Si del árbol de Minerva
Se puebla el monte y el valle;
Si entre blanco azahar brotada,
Luce la poma fragante;

Para mí naturaleza,
Con sus galas admirables,
Ni embelesa mis sentidos
Ni da consuelo á mis males.

Ya me desdeñan las Musas,
Y bien pueden desdeñarme:
Eco en mi númen no tienen
Las fabulosas deidades.
Ni admiro por la Discordia
La olímpica paz turbarse,
Ni el lácteo raudal de Juno,
De la noche opaco esmalte;
Ni en las orillas del rio
La transformacion de Dafne,
Ni en la bóveda celeste
Á la ninfa de Taumante;
Ni húmedo del agua estigia
Á Aquíles invulnerable,
Ni lo inmortal desmintiendo,
La aguda flecha de Páris;
Ni Jove lanzando rayos
Contra los fieros Titanes...
Mas de Sísifo la pena,
Ó el afan de las Danaides,
Á los perdidos esfuerzos
Bien pudieran compararse,
Que el hombre á veces opone
Al infortunio implacable.

Otros tiempos, otras glorias,
Otro renombre durable,
En el libro del destino
Alcanzaron nuestros padres,
Cuando, en las manos valientes
De dos naciones rivales
La espada y el Evangelio,
El Alcoran y el alfanje,
En la Vega de Granada
La mora y cristiana sangre
Fecundaban de Castilla
Los laureles inmortales.
Fuera yo en aquellos tiempos!...
Y á par del Marques de Cádiz
Y á par del Conde de Cabra
Y del Marques de Comares,
Ostentara en mis pendones
Los veros de Condestable,
Que fueron en Tordesillas
De real palabra garantes.
Y resonando mi fama
En las presentes edades,
En Búrgos ya mis cenizas
Cubriera bruñido jaspe.

Mas hoy en este castillo
Que alzó entre peñas el arte,
Despiadada ausencia aflige
Á mi corazon de padre.
Cabe gótica fenestra,
De muro almenado parte,
Áun mellada por los tiros
De férreo dardo punzante,
Inmoble me halla la aurora
Cuando raya entre celajes,
Inmoble me halla la noche
Cuando sus nieblas esparce,
Mirando al Puerto del Pico
Con sus riscos elevarse,
Dando lágrimas al lienzo,
Dando á los vientos mis ayes.
Mas allá se halla Castilla,
Mas allá el Ebro espumante,
Mas allá se halla Pirene,
Mas allá el brillante Gabre,
Mas allá el ancho Garona,
Que saluda ondisonante
Á la ciudad de los Condes
Y de los juegos florales.

Gran ciudad! ¡Noble Tolosa,
Que en tus retorcidas calles,
En tu insigne capitolio,
En tus anchos bulevares,
Contemplas á la adorada
Hija, que lloro en la márgen
Del Tajo! feliz la torna
Cual á tus patrias beldades.
Ah! nunca Clemencia Isaura
Oyó más tiernos cantares
Que los que el amor anuncian,
Ó que la hermosura aplauden;
Mas no los que al pecho inspiran
Los afectos paternales,
Primer amor en el mundo,
Veraz, innato, inmutable.
Acércate, eburna lira,
Á mi pecho palpitante;
Vibren mis manos tus cuerdas,
Y mis trovas acompañes.
Mas no, Musa, deja el canto;
Que no hay corazon que baste
Ni á contener tanto lloro
Ni á llorar dolor tan grande.

No lleves tú mis acentos
Donde mis brazos no alcancen,
Ni llegue el son de mi canto
Donde no llegan mis ayes.
El recuerdo de mis dichas
¿Para qué evocar en balde,
Si el viento de mi infortunio
Se arrecia más cada instante?
Amor, juventud, esfuerzos
Patrios, lauros militares
Deshójanse cual las rosas
Marchitas del seco valle.
Somos vivos epitafios
Del poder de nuestros padres,
Y las filiales caricias
Son las honras funerales.
Mas ¿qué digo, hija adorada,
Si ausente á los patrios lares,
Ni áun este culto piadoso
Logra tu amor tributarme,
Ni puedes darme tus brazos,
Ni yo á mis brazos llegarte!
Que impalpable es el ausente
Como las sombras fugaces.

Tú, pues, Nicasio, mi amigo,
Ven algun consuelo á darme;
Que sólo tu amistad puede
Dulcificar mis pesares.

Escalona, 1848.

FIN.

INDICE.

Pág.

PRÓLOGO. v

NOTICIAS SOBRE LA VIDA Y OBRAS POÉTICAS DEL EXCMO. SR. DUQUE DE FRIAS. XIX

Á ENRIQUE PESTALOZZI, Oda. 1

Á CASINIO (D. Juan Nicasio Gallego), Epístola. 9

AL DUQUE DE WELLINGTON, Soneto. 21

Á LA TEMPRANA MUERTE DEL DUQUE DE FERNANDINA, Elegía. . . 23

Á LA MUERTE DE LA REINA D.ª MARÍA ISABEL DE BRAGANZA, Soneto. 29

GUZMÁN EN TARIFA, Romance epitalámico á la Sra. Duquesa de Medina-Sidonia. 31

LAS GRACIAS DE INÉS, Romance epitalámico á la Sra. Marquesa de Alcañices. 35

Á LA SRA. MARQUESA DE ALCAÑICES, Romance. 39

LA CONCHA DEL GUADALQUIVIR, Romance. 43

Á CONCHA EN SUS DIAS, Soneto. 47

Á D. ÁNGEL DE SAAVEDRA, Romance. 49

EL LLANTO DE UN PROSCRITO, Epístola. 55

Á CONCHA EN SU CAIDA, Romance. 65

LA NOSTALGIA, Madrigal. 71

AL PRIMER BUQUE DE VAPOR QUE HIZO EL VIAJE DE CÁDIZ Á BARCELONA, Romance. 73

Á LA SRA. D.ª MARÍA DE LA CONCEPCION ORTIZ DE SANDOVÁL DE CÓRDOVA, Soneto.. 79

Á CONCHA, Soneto. 81

Á LA INDUSTRIA Y Á LAS ARTES, Oda. 83

Á LA SRA. MARQUESA DE SANTA CRUZ, remitiéndola un romance epitalámico para su hija. 91

Pág.
Romance epitalámico. 97
Á la Sra. Condesa de Corres, Soneto.. 103
Á S. M. la Reina D.ª María Cristina de Borbon, Oda epitalámica. 105
Al Mariscal Gérard, Soneto. 113
El llanto conyugal, Oda. 115
Á los Autores que escribieron la corona fúnebre de la Duquesa de Frias, Soneto.. 125
Á la muerte del general D. José de Zayas, Canto fúnebre. . 127
Á la Sra. D.ª Concepcion Sandovál, Soneto. 147
Al Sr. D. Mariano Roca de Togores, Romance endecasílabo. 149
Abenhámar ó el despecho, Romance. 159
Nuestro siglo, Fragmento de un poema. 169
Á las Nobles Artes. 185
Á S. M. la Reina, Soneto. 201
Rasgo poético á la inauguracion del teatro de Valencia. . 203
Romance morisco. 211
Á la Sra. Marquesa de Malpica, Romance. 215
Para el álbum de mi hija, Romance.. 219
Á Castaños, Soneto. 225
El siglo xix, Soneto. 227
Á mi hija Bernardina, Trovas. 229
D. Juan de Lanuza, Leyenda dramática. 231
Á la memoria de Bellini, Soneto. 245
El nacimiento del Marqués del Viso, Epístola. 247
La muerte de Felipe II, Oda.. 253
Á Cárlos III, Soneto. 281
Recuerdo de glorias pasadas, Soneto. 283
Á D.ª Gertrudis Gomez de Avellaneda, Soneto. 285
El Rey S. Fernando, Oda. 287
Al Tajo, Oda. 293
Mi musa y mi corazon. Á mi amigo D. Juan Nicasio Gallego, Romance. 297

FIN DEL ÍNDICE.

